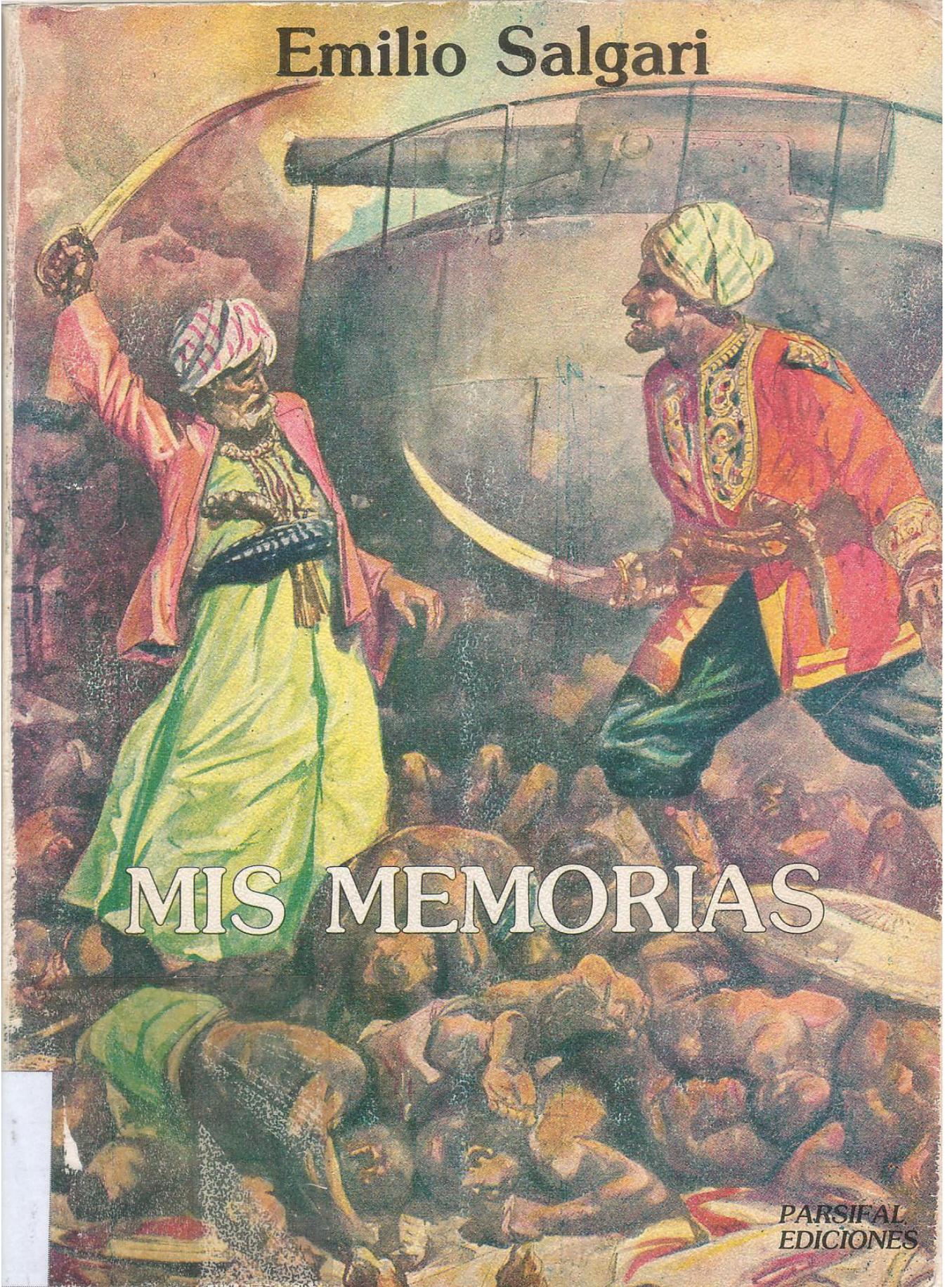


Emilio Salgari

MIS MEMORIAS

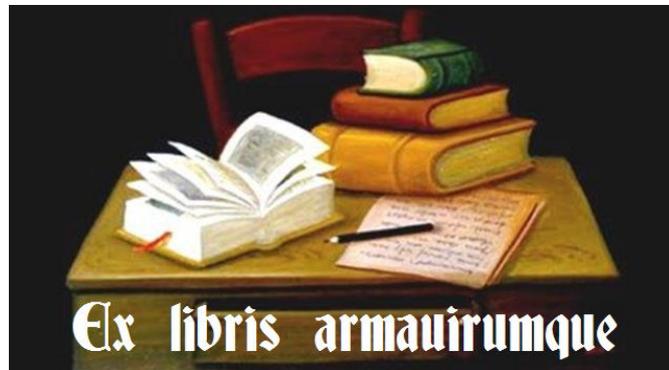
PARSIFAL
EDICIONES



Emilio Salgari

MIS MEMORIAS

Traducción Juan Oliva



PARSIFAL EDICIONES

Barcelona 1989

Título original:

Le mie memorie

1.^a edición: noviembre, 1989

© 1989, de esta edición

Parsifal Ediciones

Valseca, 39-3.º

08024 Barcelona

ISBN: 84-87265-07-3

Depósito Legal: B. 39.191-1989

Producción: Norial, s.a.

Río de Oro, 33 - 08034 Barcelona

El 25 de abril de 1911, en un bosque de la colina de Turín, Emilio Salgari se suicidaba de un modo horrible, desgarrándose con una navaja de afeitar el vientre y la garganta, a la manera del *harakiri* japonés: la locura, contra la que se había debatido en sus últimos años, había ganado la partida. En uno de sus bolsillos fue encontrado este último rencoroso y desesperado mensaje a su editor:

«A usted que se enriquece con mi piel, manteniendo a mi familia y a mí peor que en una semi-miseria, sólo le pido como compensación a los beneficios que le he dado a ganar, que pague mis funerales. Le saluda, destrozando la pluma.»

Emilio Salgari

Los lectores de Salgari encontrarán en estas memorias, el estilo, el ritmo y la fibra aventurera de sus mejores obras, sin embargo la falta de coordinación del tiempo que vivió con algunos pasajes, puede hacer suponer una invención en la historia real del personaje. ¿Son auténticas estas memorias? ¿Las habrá escrito otra pluma? El lector avisado podrá deducir los límites de su autenticidad.

Emilio Salgari nació el 25 de agosto de 1863 en Verona y murió suicidándose el 25 de abril de 1911 en Val S. Martino, cerca de Turín. Capitán de altura ya a los dieciocho años, vivió en el mar las aventuras más extraordinarias. Vuelto a Verona se dedicó al periodismo, actividad de la cual pasó pronto a la literatura novelesca. En 1896 hizo editar nuevamente en forma de volumen su primera novela —*Gli amori di un seluagio*, publicada en 1884 como folletín en la prensa local— bajo el título de *I misteri della jungla negra*. Las obras de nuestro autor obtuvieron pronto el decidido favor de un vasto público juvenil, tanto por la cinematográfica rapidez de la acción como por un panorámico y exótico fondo de animados tonos. De la vasta producción de Salgari cabe mencionar, además, *El Corsario Negro* (1899), *Los dos tigres* (1905). *La venganza de Sandokán* (1907), y *A la conquista de un viejo imperio* (1907).

INDICE

I	La primera de mis últimas páginas
II	La misteriosa influencia del pasado
III	¡La mar! ¡La mar!
IV	El «Italia Una»
V	Un juramento
VI	Una Julieta y dos Romeos
VII	El salto del tiburón
VIII	El «loco» de la balsa
IX	Combate a puñetazos
X	Sandokán
XI	Noviciado de pirata
XII	La miss de la fusta
XIII	¡Eva!
XIV	La selva de las acechanzas
XV	La sepultura en la selva
XVI	El secreto de Campoamor
XVII	El naufragio
XVIII	El «Bagh»
XIX	En el círculo de fuego
XX	«¡Sigue adelante, no te ocupes de mí!»
XXI	Retorno
XXII	Aventuras periodísticas
XXIII	Galeote de la pluma
<i>Epílogo</i>	
Los últimos años de mi existencia	

I

La primera de mis últimas páginas

Escribir las propias memorias, cuando las luces de la esperanza van amortiguándose, cuando ya no se está en condiciones de desear nada en la vida, cuando se está cansado por la labor realizada y por las luchas soportadas, no es cosa fácil ni agradable.

Sin embargo, en mi caso, la tarea adquiere la forma de una necesidad y de un deber. Y yo no intento substraerme a la obligación, porque deseo que mis hijos y cuantos me amaron y me conocieron a través de mis libros, saquen, de la sincera narración de mi extraña vida de aventuras, aquellas enseñanzas y aquella áspera voluntad de batallar, aquel deseo de aventuras y de gloria que yo quisiera estuviesen infundidos en el alma de todos los jóvenes italianos. *Mis memorias* serán, por eso, el coronamiento de toda mi obra: la síntesis, el epílogo.

Escribo estas líneas en una melancólica mañana de enero, mientras el cielo está gris y todo es gris en torno mío. Pero la constancia, para llevar a término este mi especie de testamento moral, no me faltará. Al menos así lo espero.

Se dice que algunos célebres escritores de libros de aventuras fueron, por una ironía que acaso no es tan rara como parece, hombres completamente sedentarios. El grandísimo Julio Verne, por ejemplo, según algunos, no había viajado más que alrededor... de su ciudad natal, de la cual era alcalde.

Por el contrario, yo he sacado siempre, más que de las bibliotecas, de mi experiencia personal, la sustancia de mis libros.

Fue la necesidad de desprenderme, por así decirlo, del frenesí de aventuras que todavía me poseía, lo que guió mi pluma: y así encontré, en el desarrollo novelesco de sucesos que verdaderamente sucedieron, una compensación a mi forzosa inmovilidad. No pudiendo ya correr por mares y continentes, lancé sobre el globo terráqueo a mis héroes y mis heroínas; y escribí, escribí, escribí hasta el punto en que el escribir, de remedio liberador se convirtió en una profesión. Peor: en una dolorosa profesión.

Heme aquí hoy, después de tantas luchas, después de haber publicado un montón de volúmenes, después de haber hecho la fortuna de, lo menos, dos editores, heme aquí frente a las más serias necesidades de la vida.

Heme aquí hoy obligado, para buscar un poco de azul, a recordar los lejanos días de mi mocedad.

La colina torinesa que distingo desde la ventana, está blanca de nieve; en mi estudio reina la sombra; oigo las voces de mis niños que se divierten ignorando... Un poco de fiebre me pone espanto en la carne... Sé que mañana se presentará el angustioso problema del durísimo pan cotidiano... El temor de que mi adorada consorte incube el germen de una insidiosa enfermedad, oprime mi corazón... Sin embargo, ¡misterio del alma humana...!, el recuerdo de mi agitada y violenta juventud me produce una extraña sensación de calor; una especie de embriaguez que me orgullece.

¿Orgulloso de qué...? ¡Bah! Acaso mi vida no ha sido inútil, acaso las aventuras de las

que fui protagonista, los jóvenes italianos hayan sacado, sacan y sacarán una enseñanza de energía, de heroísmo, de vida intensa... Acaso mi modesta y popular literatura no ha sido un sencillo y ocioso entretenimiento...

Este pensamiento me da fuerza para no sucumbir bajo las duras necesidades materiales y morales; me da fuerza para escribir mi último libro. Mi libro póstumo.

II

La misteriosa influencia del pasado

Nací en Verona, el 25 de septiembre de 1863, en una acomodada familia de Negrar-Valpolicella. Pero yo siempre he tenido la manía de haber nacido mucho tiempo antes.

El Salgari que fue fatalmente empujado a la más extraña vida aventurera nació seguramente antes.

Diré más: la idea de escribir novelas me aferró —es la palabra adecuada—, a guisa de consuelo y desahogo, cuando por la grave fiebre contraída en las florestas tropicales fui, a despecho mío, obligado a la vida sedentaria.

Mi padre, un comerciante de tejidos, solía decir que entre los recuerdos confusos de su mente aparecía con frecuencia una leyenda familiar que hacía descender a los Salgari de guerreros persas, uno de los cuales había llevado sus gestas hasta Venecia.

Un sabio en estudios heráldicos, me quiso convencer de que la leyenda era una realidad. Dejando en paz Persia y sus famosos guerreros, lo cierto es que mi madre descendía de una familia de bravísimos marinos dálmatas, que habían combatido por una noble causa en Dinamarca. Mi madre decía también que en mis facciones reconocía las de un heroico antepasado, que había realizado verdaderos milagros de valor. Y acaso la buena señora, inconscientemente, pensaba que yo sería la reencarnación del aventurero marino dálmata; y en las largas noches de invierno me hablaba de las grandes hazañas de mi abuelo, de sus viajes, de su entusiasmo por la liberación de los oprimidos; y entre tanto me miraba con afligida ternura.

En medio de la sencillez de sus narraciones, ella poseía el arte de hacer brillar la nota de valor y audacia.

Mi imaginación quedaba fuertemente impresionada por aquellos cuentos ingenuos y pintorescos; como lanzado por invisible mano sobre el vasto mundo, yo atravesaba montes y océanos, descubría nuevas tierras, tomaba parte en los más portentosos sucesos, en las más lejanas comarcas... Me abstraía de toda realidad cotidiana, no existían las paredes de nuestra casa; como el héroe de la novela de Wells, las atravesaba para volar sobre los mundos nuevos, en busca de las más emocionantes aventuras.

Sin percatarse de ello, mi madre preparaba así su destino y el mío.

Pero, acaso, ¿quién sabe?, aún sin estos cuentos yo habría igualmente sentido palpitar en mí el alma de mi inquieto antepasado.

El mar ejercía sobre mi espíritu una verdadera fascinación. No comprendía la posibilidad de otra vida que la del hombre que se confía a las ondas del océano, para ser llevado por el destino y por el huracán hacia inauditas empresas en tierras ignotas, donde todos los instintos ancestrales pueden encontrar su desahogo, donde se goza la embriaguez de la lucha contra los indómitos elementos de la naturaleza y donde la voluntad y la valentía son las únicas virtudes necesarias. Antes de ahora yo pensaba que un hombre no puede llamarse tal verdaderamente, sino después de haber salido de los lindes de la civilización, para espaciarse en los inmensos reinos de lo inexplorado. Me figuraba que todo el mundo estaba sin explorar y que todos los hombres tenían el deber de

lanzarse a la conquista de la tierra.

Y con estas ideas tempestuosas en el cerebro, me preguntaba a veces ingenuamente, qué harían en sus casitas, en las oscuras oficinas, en los ociosos cafés, tantos jóvenes Veroneses que perdían así el mejor tiempo de su vida, en lugar de lanzarse de cabeza en las aventuras de la tierra y del mar... Del mar especialmente. Porque estaba convencido de que todos los hombres tenían el deber de ser marinos.

Y ahora confesaré un deplorable defecto mío: no tenía ganas de estudiar. Fui un pésimo colegial. Los bancos de la escuela me parecieron siempre instrumento de tortura. No me gustaba hacer con mi pluma más que bosquejos y dibujos. Para el arte figurativo, tenía, sí, cierta disposición. Lo sabían bien mis cuadernos, mis libros de texto, los atlas, las paredes de mi casa, las maderas de las puertas; lo sabían hasta los puños de mis camisas; toda superficie blanca tenía para mí una sugestión irresistible, y me veía impelido a cubrirla con los más extraños dibujos. Naturalmente, eran siempre dibujos de escenas salvajes y marineras, en las cuales se desfogaba mi pasión romántica, trazando figuras de un realismo... fantástico.

Pero al indomable deseo de aventuras que me inflamaba, no siempre le bastaban los pacíficos e inocuos dibujos: y entonces me desfogaba... sobre las espaldas y las cabezas de mis compañeros de escuela.

Era el responsable sin discusión, de toda empresa que implicase algún riesgo.

Un buen anciano, maestro, me tomaba con frecuencia por el cogote y me decía una frase cuyo significado no comprendía.

— ¿Sabes, Emilio...? temo que tengas una enfermedad.

— ¿Yo? Me encuentro perfectamente.

— Pues, sin embargo, tú estás enfermo de una enfermedad incurable.

Me reía en la cara del venerable maestro, con la sana impertinencia de los muchachos que tienen salud incluso para vender.

— ¿De qué mal estoy enfermo, señor maestro?

El buen hombre daba unos golpecitos en su enorme tabaquera y clavándome dos ojillos que querían ser maliciosos me decía con tono un poco melodramático:

— Tú estás enfermo de... *donquijotismo*.

Estas palabras me las repetía de cuando en cuando, hasta demasiado frecuentemente, esto es, cuando debía castigarme porque me había puesto a la cabeza de alguna expedición guerrera, y numerosas cabezas de condiscípulos llevaban las señales de mi donquijotismo.

Aquella palabra me era entonces completamente ignorada porque no conocía siquiera la existencia del inmortal héroe de la locura generosa. Más tarde me convencí de que el viejo y buen maestro de escuela tenía en parte razón.

Un poco de la enfermedad de don Quijote se incubaba en el alma de todos los que aman las aventuras y que son arrastrados a combatir contra los molinos de viento y los odiosos monstruos de la realidad.

Pero, ¿es una enfermedad, de la cual se deba absolutamente curar?

No lo sé.

Todavía hoy, después de haber, sin ningún provecho material, dado algunas veces la vuelta alrededor del mundo, impulsado por la ilusión de descubrir siempre alguna cosa y

de salvar a alguien, todavía hoy pienso que un poco de donquijotismo no hace daño a la humanidad.

Después de todo, cuanto es bello, noble y generoso; acaso cuanto es verdaderamente espiritual y humano en la vida, tiene por impulso secreto la locura que lanzó al pobre hidalgo a combatir, débil y escuálido, contra tanto fingido gigante con el vientre lleno. Sí, es verdad: combatir a los fingidos gigantes es tonto: la gente seria se ríe de ello. Pero yo pienso también que combatir a los monstruos es una gimnasia útil, porque nos prepara a luchar contra los monstruos verdaderos, y cuando llega la ocasión nos encontramos en condiciones de poder darles una buena paliza.

Pero, para ser completamente sincero, debo convenir que no siempre era la defensa de alguno lo que me impulsaba a organizar batallas: muchas veces sentía la salvaje necesidad de combatir para dar desahogo al fuego interno que me devoraba, para calmar mi fiebre de aventuras, para acostumbrarme al peligro y a la violencia. Así, yo mismo comprendía que me convertía en un injusto perdonavidas; me identificaba, de vez en cuando, con el tipo odioso del prepotente, del pequeño don Rodrigo, que abusa del poder sobre los otros. Porque, en suma, como he dicho antes, yo era siempre el jefe en todas las guerrerías y todos me temían.

Y, desgraciadamente, la certidumbre de ser temido engendra con frecuencia en los muchachos un exagerado concepto de la propia fuerza y del propio valor.

Poco a poco, casi sin darse cuenta de ello, el niño, por naturaleza generoso, se cambia con frecuencia en déspota, especialmente si se convence de que la fortaleza de sus puños y el miedo de los otros le hacen dueño de la situación.

Afortunadamente, tenía en mi temperamento más de don Quijote que de don Rodrigo, y sabía detenerme a tiempo en el límite de la prepotencia. En muchas ocasiones, yo mismo, un poco humillado, iba a dar mis excusas a los desgraciados que habían probado la fuerza de mi brazo. Volvía a mí la humanidad de don Quijote.

Por aquel tiempo, sin haber oído nunca hablar del caballero inmortal, encontré... encontré una Dulcinea, que debía, sin culpa alguna por su parte, hacer nacer en mí uno de los más tenaces odios de mi vida: odio tan tenaz que, todavía hoy, alguna vez renace en mi espíritu.

¡Cómo en la vida los sucesos se encadenan inexplicablemente!

Si a la edad de doce años no me hubiese enamorado de una seductora inglesita, acaso no habría escrito la vida del más encarnizado enemigo de Inglaterra: Sandokán...

Y no habría escrito la historia de los piratas de Malasia.

Pero no anticipemos. Cuando se escriben las memorias de la propia vida, se experimenta una curiosa tendencia. Querriamos abolir el tiempo y la sucesión de los acontecimientos para contemplar nuestra existencia como en una vista panorámica.

Acaso al que se dedica a escribir sus propias memorias le pasa algo parecido al que va a morir o cree que va a morir.

En el momento en que entrevé, en su grave peligro, la muerte, instantáneamente se presenta a su mente toda la vida. En aquel segundo se resumen lúcida y nítidamente todos los episodios de la vida pasada.

¿Por qué? Con frecuencia me ha preguntado la razón de este extraño fenómeno, que

tantas veces experimenté. He pedido la explicación de ello a profesores de psicología. Nunca he logrado una respuesta satisfactoria.

Acaso la naturaleza nos hace revivir en aquel instante toda la vida, para apartarnos de la idea de perderla.

Yen, pequeña Dulcinea inglesa, ven: que vuelva a ver tu bellissimo perfil de diosa, tus ojos luminosos que penetraron con su esplendor en mi alma de niño inquieto y ansioso de maravillosas aventuras... Vuelve, todavía, ante mí, como viniste aquel lejano día en Verona, en el corso Porta Bórsari, donde por primera vez te vi y comprendí cómo el amor dominante, torturador, puede apoderarse del alma de un niño y hacerla sangrar atrocemente... Me encontraba con mi hermano en el Corso, cerca de nuestra tienda de tejidos. Ella pasó por delante de mí y me miró.

Todavía hoy no puedo sustraerme al divino hechizo de aquella mirada. Me pareció que repentinamente se formaba en torno de mí un halo de misteriosas vibraciones. Sentí que un escalofrío me recorría desde las raíces de los cabellos a las plantas de los pies y experimenté de improviso una extraña mezcla de alegría y de dolor, un vehemente deseo de gritar y de llorar... Aquel día sentí el formidable impulso de acometer cualquier empresa grande.

¡Ay de mí! No logré otra cosa que hacerme despedir de la casa de mi maestro, que había encontrado un poco excesivo mi donquijotismo: había abierto la cabeza a un desgraciado que osó reírse cuando le preguntaba si conocía a aquella muchacha que había pasado por delante de mí en el Corso.

La volví a ver otras veces e irremediablemente, al buscarla, me proponía con heroica simplicidad el raptarla. Era lo menos que podía hacer, dados mis instintos de gran corsario. Pero, a pesar mío, cuantas veces se ponía por delante, el raptado... era yo.

Era raptado por la más extática inmovilidad. Me quedaba incapaz de la menor acción y de la más inocente propuesta. El terrible soñador de las más heroicas aventuras quedaba como atacado de parálisis.

Un día vencí aquella parálisis. Balbucí: «Señorita...».

Me miró y sonrió; pero una espantosa figura de institutriz me dirigió, en el acto, una terrible mirada, con ojos donde, en aquellos instantes, leía toda la hosquedad de la rigidez inglesa. La horrenda mujer hizo apresurar el paso a la muchacha, la cual desapareció detrás de una esquina de la calle.

Desde aquel día, que señaló en mi vida una fecha decisiva, no volví a ver más a la bellissima niña que había levantado tal tumulto en mi corazón. Sí; Inglaterra me la raptaba, haciéndome verter las primeras lágrimas, verdaderamente amargas, de mi vida.

Inglaterra me arrebató mi Dulcinea, y creaba en mí un irreconciliable enemigo. Aquel odio nacido de un amor desgraciado, no me abandonó por muchos años. Lo hubiera sacrificado todo, con tal de provocar un nuevo bloqueo continental contra los ingleses, y este estúpido pensamiento continuó después asediándome la mente en los períodos de fiebres, cuando se piensa en las cosas más absurdas.

III

¡La mar! ¡La mar!

El amor por la bella inglesita, aunque precoz, ha sido uno de los sentimientos más hondos de mi vida.

En vano durante dos años busqué aturdirme por medio del estudio, que tenía completamente olvidado.

Fueron dos años de tormento y de inútil sacrificio de mi impetuosa naturaleza, porque no saqué de los estudios sino escaso fruto. Con toda la voluntad de que disponía, intenté sofocar en mí los impulsos que me empujaban a una vida de aventuras. Esto lo hacía para desvanecer en mi madre la sospecha, que en ella había nacido, de que la quería abandonar pronto.

La lucha conmigo fue vana.

El mar ejercía más que nunca su fascinación sobre mi endiablada fantasía. Sobre los libros garrapateaba navíos de todas hechuras y dimensiones, naufragios, borrascas, batallas marítimas, acorazados inmensos erizados de cañones y poblados de marineros...

Los pequeños ahorros que me era dado reunir, eran empleados en la adquisición de barcos en miniatura, que desmontaba y volvía a armar incesantemente, estudiando cada una de sus piezas y aprendiendo su nomenclatura con facilidad, porque todo lo relacionado con el mar lo aprendía sin trabajo.

Mi padre quería hacer de mí un comerciante y llegaron a ser ásperas alguna vez nuestras discusiones. Por fin respondí decisivamente: «¡Nunca seré comerciante!».

Debo convenir que en mi vida no pronuncié nunca una verdad más absoluta.

No he comerciado con los productos que durante mis viajes tuve ocasión de tener en mano, ni con mis libros, con los cuales he ganado un apuradísimo pan.

Mi imaginación, en tanto, se inflamaba cada vez más por la vida del mar, y para darle desahogo, me puse a escribir una novela. Era la historia de un nuevo Robinsón Crusoe...

Después he hecho la observación de que todos aquellos que se han dedicado a narrar aventuras de viajes, han comenzado por escribir la historia de Robinsón.

El libro de Defoe es, en efecto, el libro tipo de aventuras.

Y además, hay que decir que en el fondo del alma de cada muchacho dormita un pequeño Robinsón. Este hombre, que naufragando en una isla desierta consigue procurarse cuantas cosas necesita, sin ayuda de nadie, representa la aspiración de todo niño.

Mi libro gustó enormemente a los amigos, que, por otro lado, nunca hubieran osado encontrarlo estúpido por temor a mis... vigorosas protestas; pero pronto me convencí por mí mismo de haber escrito una fantástica bobada.

Me entregué entonces con entusiasmo a aprender esgrima y tuve éxito. Este ejercicio me calmó por poco tiempo: el mar me obsesionaba; en mi inflamada fantasía me veía viajando por todos los océanos, llegaba a ser un famoso capitán y volvía a encontrar a mi

inglesita, que se enamoraba perdidamente de mí.

La novela renacía en mi fantasía, lúcida y precisa.

Y en uno de los accesos más impetuosos de mi extraña lo-, cura, tuve el valor — ¡qué remordimiento ahora! — de hacer llorar a mi madre, pobre y santa mujer.

— Mamá — le dije bruscamente, mientras ella estaba entretenida en recoser un traje mío de ir a la escuela —, mamá, quiero entrar en la Marina.

Ella levantó sobre mí sus grandes y dulcísimos ojos, sin entenderme.

— ¿En la Marina?

— Sí, en la Marina... Quiero ser marino; quiero viajar por el mundo.

— ¡Tú...! — balbuceó mi madre dejando caer al suelo su labor.

— Y o, sí. ¡Y si me dais permiso tú y papá, para entrar en la Marina, bien; si no, me escaparé de casa!

Estas palabras apenaron profundamente a mi madre y gruesas lágrimas silenciosas resbalaron por sus pálidas mejillas. En aquel momento entró en la estancia mi hermano.

— ¿Por qué haces llorar a mamá?

— Porque quiero ser marino, ¿entiendes?, ¡marino a toda costa!

— Por mí, puedes empezar ahora mismo.

Y acompañó lentamente a mi madre, que comenzaba a sollozar, a salir de la habitación.

Cuando estuve solo, un impulso de emoción se apoderó de mí. Me sentía apretar la garganta. Los generosos instintos de mi naturaleza estaban a punto de dominarme. Me precipité a la puerta para gritar a mi madre:

— ¡No, mamá!, ¡no te abandonaré nunca!

Pero una fuerza misteriosa e invencible me detuvo. Permanecí en el umbral encorvado y acobardado, llorando también. En aquel momento me encontré cobarde.

¿Dónde había ido a parar toda mi energía?, ¿dónde mi arranque y mi audacia? Vencí la tentación después de larga lucha. No corrí hacia mi madre: tuve la cruel fuerza de resistir. ¿Hice bien?, ¿hice mal?, no lo sé. No he podido nunca dar respuesta a estas preguntas, que más adelante, en los momentos de las dos más dolorosas luchas, dirigí angustiosamente a mí mismo.

Al día siguiente, mi padre me llamó a su presencia y me dijo:

— Tu madre me lo ha dicho todo. Nosotros no impediremos tu pasión por el mar. ¿Quieres ir a correr mundo? ¿Quieres dejarnos? Pues bien, sea. Entrarás en la Marina, y esperemos que no tengas que arrepentirte.

Mis labios se entreabrieron para dar las gracias, pero se cerraron instantáneamente. Mi padre me había vuelto la espalda y se marchaba con la cabeza inclinada, con el rostro duro y ceñudo. Pero por un espejo pude ver que se enjugaba una lágrima.

Un mes después partía para el Instituto Náutico de Venecia.

Era feliz. Marchaba hacia la realización de mi sueño. Como por encanto, cesó en mí la antipatía por el estudio.

Me dediqué con ardor a aprender todo lo que podía servir para hacer de mí un terrible lobo de mar. Pero el estudio no consiguió corregir mi índole turbulenta ni sofocó mis impulsos de dominación.

También aquí no tardé en imponerme como jefe a mis compañeros de estudio: mi fuerza infundía a todos un gran respeto; pero más que mi fuerza, que no era excepcional, sobresalía el modo de imponer mi voluntad.

En este desesperado propósito de tener la razón siempre y por encima de todo reside, en mi opinión, el secreto de todo éxito en la vida. Yo entonces pensaba y obraba con la convicción de que la fuerza vale mientras se puede hacer creer a los demás que se posee. En cuanto esta ilusión cesa, cesa también nuestro prestigio. Mucho más tarde pude comprobar esa verdad, cuando, de la lucha contra los elementos salvajes, me vi obligado a pasar a la lucha contra los hombres civilizados: con los editores... por ejemplo. Pero éstos... ¡oh!, han sido siempre más fuertes que yo...

Pero en el colegio de náutica era muy temido y mi ardor había hecho nacer en todos la convicción de que me esperaba un gran porvenir. Si he de decir la verdad, era el primer convencido de ello. El porqué, es lo que no podría decir con precisión.

A los dieciocho años obtuve el ambicionado diploma de capitán de altura. Mi alegría fue inmensa.

En aquel tiempo, cuando estaba muy contento, distribuía puñetazos sin reparo. Para festejar mi título no encontré nada mejor que organizar una expedición contra los alumnos de estudios comerciales, cuya escuela estaba en el mismo edificio.

El pretexto no debía ser muy fundado, porque ni siquiera lo recuerdo. Como consecuencia personal de aquella memorable jornada, recibí un bien merecido bastonazo en la protuberancia derecha de la actividad metafísica —que hubiera dicho Manzoni—. Pero este santo garrotazo no sirvió siquiera para hacer nacer en mí alguna aptitud para la filosofía. Volví a Verona y abracé a mis progenitores, resignados ya a verme partir por el vasto mundo, en busca de aquellas aventuras que habrían, más que nunca, remachado en la mente de mi buen maestro la persuasión de que yo estaba enfermo de la enfermedad de don Quijote.

IV

El «Italia Una»

—¡Traigo en el bolsillo mi flamante diploma de capitán de altura! —exclamé triunfante, mientras los ojos me relucían de alegría.

Mi primo sonrió un poco irónicamente, ante esas palabras y me dijo:

—Perfectamente, Emilio: pero no te puedes hacer una barquilla con tu diploma y viajar sobre ella.

—¿Tú crees que no encontraré un barco que mandar y que no tendré una tripulación a mis órdenes? —pregunté.

Estábamos en un cafetín del puerto, en Venecia.

—Nada más fácil que encontrar un barco —dijo una voz con acento marcadamente germano.

Me volví.

El hombre que había pronunciado estas palabras, las cuales llegaban tan agradablemente a mi corazón, concluyó de beber un gran vaso de ron detrás de nosotros: después se puso en pie y se acercó a nuestra mesa.

Su aspecto me pareció menos agradable que su frase. Era un gigante de un metro noventa de alto, membrudo, de una complexión que no dejaba dudar de una fuerza hercúlea. Su rostro tenía algo de brutal y de poco tranquilizador. La nariz roja y verrugosa, denunciaba al borrachín, y los ojos pequeños y mortecinos denotaban al empedernido libertino.

—Soy el capitán Varak —dijo—, y me alegro de que tenga usted su diploma de capitán. ¿No ha navegado usted nunca?

—Nunca —respondí.

—¿No tiene usted miedo a la mar? —y se sentó enfrente observándome.

No respondí a esta pregunta, que juzgué estúpida.

El capitán Varak pareció satisfecho de su examen y comenzó a elogiar el *trabaccolo*¹ *Italia Una*, ofreciéndose a tomarme a bordo en calidad de segundo.

Y en una larga y algo deshilvanada conversación, alimentada por una botella de ron, que se había hecho traer, el capitán Varak hizo la animadora enumeración de las muchas ventajas de que gozaría entrando como segundo a bordo de su goleta.

—No podría usted iniciar mejor su carrera, jovencito. ¿Otro dedito de ron? Es bueno...

—No, gracias. No bebo ron.

—¿Bebe usted *gin*? —dijo dejando caer sobre la mesita su enorme y nudoso puño.

—No bebo licores... Mejor será que hablemos de su goleta, señor capitán.

El gigante rió, descubriendo un tesoro de perlas... negras. Parecía asombrado de que no bebiese. Evidentemente encontró esta deplorable abstinencia en abierto contraste con mi ardiente entusiasmo. Me dirigió una mirada de resignación y luego respondió:

—Perfectamente, ya beberá usted gin y otros mil diablos cuando dance el bañe de

1 Especie de goleta propia de la navegación de cabotaje en el Adriático.

San Vito... ¡Para navegar es preciso bailar y ya oirá usted qué música!

Y como para darme una prueba de la danza que había de sufrir, se levantó y con su gigantesca mole emprendió una serie de traspiés, que hicieron temblar el pavimento y tintinear las botellas del café. Después volvió a sentarse, riendo.

—Son movimientos inevitables que hacen digerir la carne ahumada y no estropean a los caballeros, ¿sabe usted...? Pero esto son bromas: hablemos en serio.

Se escanció otra botella de ron. Empecé a comprender que el capitán Varak necesitaba beber mucho ron para hablar en serio.

Mi primo, que asistía a la conversación, me lanzaba de vez en cuando miradas suplicantes, que querían decir: «Piénsalo antes de aceptar... Me parece que vas a congeniar muy mal con este lobo de mar... borracho de ron».

Pero yo no le acompañaba en su razonamiento interno. Vagamente pensaba que el destino me ponía enfrente de un gigante de la clase de aquellos de don Quijote. ¿No sería capaz, acaso, de combatir contra un gigante...? Por otra parte, el capitán Varak tenía algunos chispazos sentimentales que en el fondo denotaban en él alguna belleza de alma...

Además, ¿para qué reflexionar tanto? Tenía que comenzar mi carrera y no podía, en modo alguno, pretender encontrar en seguida el ave fénix de los capitanes...

La conclusión fue que acepté con entusiasmo.

El nombre de la goleta, *Italia Una*, sonaba como buen augurio a mi fantasía.

El capitán Varak, dando fondo a la botella de ron, se levantó. Me tendió su amplia mano peluda y me dijo:

—Señor Emilio, si le place a usted navegar en mi goleta, encontrará todo lo que necesita para llegar a ser un buen marino —hizo intención de marcharse y en seguida se paró—. Sepa usted que la alimentación será excelente y que marcharemos siempre del más perfecto acuerdo.

Y se marchó, después de que nos pusiéramos de acuerdo.

Apenas llegado a bordo, el capitán dio orden de zarpar.

La goleta no presentaba, a mi rápido examen, todas aquellas perfecciones que el capitán me había elogiado entre vaso y vaso de ron: a decir verdad, me pareció una mísera ratonera.

Pero, ¿qué me importaba esto?

En el momento de zarpar, me encontraba como si hubiera bebido todo el ron del capitán Varak. Estaba ebrio de alegría, pensando que se iniciaba mi carrera por mundos ignorados: estaba ebrio de salitre marino y de fantasía. Todo desapareció ante mis ojos atónitos: parientes, amigos, todo lo que amaba. No pensé en las lágrimas que seguramente derramaba mi madre. Un único pensamiento predominaba sobre todas mis impresiones: ¡zarpaba hacia el porvenir!

Intemperies, calores extenuantes, tempestades, naufragios, todo lo desafiaría con serenidad. Mi valor superaría todos los obstáculos. ¡Demostraría a todos los marineros quién era!

Mis ojos debían lanzar en aquellos momentos un extraño resplandor: mi rostro debía reflejar mi inmensa embriaguez interior. Mi persona debía vibrar de entusiasmo, porque un hombre me observaba con curiosidad y con una extraña expresión de compasión y de

burla.

Era el maestro del equipaje.

Le pregunté el motivo de aquella insistente observación.

El maestro no tardó en explicarse.

— ¡Pobrecillo — dijo —, en qué trampa ha caído!

— ¿Por qué?

— Porque podía usted haber caído mejor; pero peor, seguramente, no.

— Explícate: ¿acaso quieres decir que la goleta es una ratonera?

— El *Italia Una* es, después de todo, un barco como tantos otros... Oh, el mal no es ese... es el capitán.

— Bebe, ¿no es verdad?

— ¿Que si bebe? ¡Absorbe, hace estragos con los licores! Pero eso no es nada. ¡Es un hombre rudo y despótico, y ya verá usted cuánto va a pasar con él!

— ¿Verdad?

— Dentro de unos días volveremos a hablar de esto.

— ¡Pues bien, me alegro!

— ¿Alegre por hacer una vida de galeoto?

— Contento por afrontar los peligros, las fatigas, los desastres de la vida de mar — dije —; feliz también, si lo quieres saber, por afrontar eventualmente a ese gigante que tú llamas despótico. ¡A los déspotas, maestro, sé yo meterlos en cintura!

Debí seguramente pronunciar estas palabras con el acento que otras veces me había valido la admiración temerosa de mis condiscípulos, porque la sonrisa, un poco burlona del maestro, se desvaneció y fue sustituida por una cómica expresión de sorpresa.

Se encaminó a sus ocupaciones y yo quedé un momento solo, saboreando la alegría de mi pequeña victoria moral sobre el viejo marinero.

Pero he aquí que, de improviso, mi sensación de embriaguez por la conquista del mundo tomó un carácter esencialmente diverso. Me pareció que el mar giraba vertiginosamente a mi alrededor. Una horrible náusea me apretó la garganta, me dio un escalofrío y llenó mi frente de perlas de sudor frío.

«¿Qué es esto? — pensé — ¡No será el mareo...! ¡No me faltaría otra cosa!»

Era precisamente mareo, el mal de mar, que me sorprendía en el mismísimo momento de mi excitación lírica.

El destino me daba una primera lección de modestia. Un vuelco violento en el estómago, me hizo caer sobre cubierta en una grotesca contorsión.

¡Comenzaba bien la carrera de navegante!

Y he aquí que en aquel momento oí la risotada clamorosa del capitán Varak, que se me acercaba con los brazos cruzados, mirándome fijamente.

— Señor Emilio — dijo en tono sarcástico —, no hemos fijado en el contrato que el segundo debiera padecer de mareo...

No tuve ánimo para responder.

— Usted es un marinero de agua dulce — continuó —, ¡Nunca hubiera pensado traer a mi servicio una señorita!

Y el capitán reventaba de risa.

Entonces encontré en mí un resto de energía.

Le miré fieramente y dije de modo resuelto:

—¡Capitán, ya llegará el momento en que la señorita de agua dulce le haga ver de lo que es capaz!

—Perfectamente —gruñó el gigante—. Ya veremos sus futuras proezas. Hasta tanto, procure usted curarse pronto... Un poco de limón. ¡Hasta la vista!

Curé rápidamente, pocas horas después, a fuerza de limón y de buena voluntad.

Cuando llegamos a la vista de la costa istriana tenía apetito. Pero en seguida me di cuenta de que la cena no era proporcional el apetito.

Alguna durísima galleta, que habría humillado los dientes de un cocodrilo, cuatro pescados en salsa de guindillas de España y nada más.

—¿Y ésta es —murmuré— la espléndida alimentación que usted me prometió?

—¿Qué quiere usted, señor Emilio? —contestó el capitán Varak—, ¡estamos en alta mar y a bordo de un velero!

El maestro me lanzó una mirada que quería decir: «Ya ve usted cómo comienzan las desdichas...».

Aquella mirada quería decir también otra cosa: «Este sinvergüenza de capitán nos da una frugal cena, pero más tarde se tragará él solo las provisiones... de reserva».

El capitán Varak añadió:

—Señor Emilio, es usted muy afortunado. Ama usted la vida del mar y sus emociones. El cielo comienza a oscurecerse. El primer cuarto le toca hacerlo a usted. Mucha atención y vigilancia.

—Está muy bien, capitán —respondí.

Y entre mí pensé: «¡Esperemos que una ola inteligente le lleve con ella!».

El epíteto de «señorita» me había ofendido profundamente y esperaba la ocasión para devolvérselo.

Concluido mi turno, entré en el camarote que me había sido asignado. Pequeño, oscuro, atestado de cajas y de cordajes, me pareció horrible. Miré la litera melancólicamente.

—¡Idiota! —murmuré—. ¿Qué creías? ¿Qué ibas a encontrar un saloncito elegante? ¿Era ese tu heroísmo?

Mientras me desnudaba, advertí un olor nauseabundo del cual no tardé en descubrir la causa...

¡Una, dos, tres... diez... ciento... mil! Un verdadero ejército de cucarachas invadía mi camarote. Los horribles animaluchos desencadenaron mis instintos combativos. Tomé una actitud heroica, como si me hubiera encontrado enfrente de una irrupción de lobos hambrientos.

—Ya os haré ver quién soy yo —exclamé.

Y cogiendo una zapatilla, comencé una batalla que, en mi fantasía caldeada, llegaba a ser épica. Si mi buen anciano maestro de escuela me hubiese visto en aquel momento, de seguro le hubiera parecido un don Quijote. Las cucarachas se agrandaban desmesuradamente a mis ojos... ¡He aquí los gigantes, he aquí los monstruos de la fábula...!

Hice en ellos un estrago y me acosté, convencido de haber derrotado al negro ejército

de enemigos. Pero apenas me hube dormido, numerosas picaduras me despertaron.

— ¿No hemos terminado?

Me levanté y recomencé una nueva batalla que se prolongó hasta que un rayo de sol, desde la escotilla, llegó volando a mi camarote.

Oí una voz que chillaba:

— ¡Señor Emilio! Es el despertador...

Era el grumete dalmata Simón Budaine.

— ¡No me importa el despertador! —exclamé—. Quiero exterminar antes estos asquerosos animaluchos.

El grumete repitió la invitación desde la cubierta.

La noche casi insomne me había irritado. Tiré al grumete la zapatilla exterminadora, que blandía como Sansón lo hizo con la quijada de asno.

Oí un aullido casi feroz, seguido de un rosario de improperios en todas las lenguas del mundo.

En seguida comprendí lo que había ocurrido.

La zapatilla dirigida al grumete había dado en pleno rostro al capitán Varak, que bajaba hacia mi camarote.

Siguió otro aullido más terrible que el primero.

El capitán, al no comprender de dónde provenía el proyectil, había aferrado por el pecho al grumete.

— ¡Voy a tirarte al mar! —gritaba el gigante, levantando como una pluma al pobre Simón.

Me adelanté.

— Capitán, deje usted a ese muchacho..., que no tiene culpa. ¡Soy yo el que le ha tirado la zapatilla a la cara!

El capitán soltó al grumete, que echó a correr, y me miró con ferocidad.

— ¡Ah! ¿ha sido usted...? ¿No será una broma?

— No. He sido yo, efectivamente.

El capitán levantó uno de sus enormes puños.

Pero, en aquel momento, mis ojos debían tener una expresión insólita, porque el puño del gigante bajó lentamente.

— ¿Ha querido usted vengarse de lo de ayer? —preguntó con sordida voz.

— Capitán... la zapatilla no iba dirigida a usted, y le ruego me dispense —y le conté lo que había ocurrido.

— La falta de usted ha sido grave —gruñó por fin el capitán.

— Lo sé, y cualquier castigo que usted quiera imponerme... —y me interrumpí.

— Comprendido —dijo el capitán—, pero ningún castigo me quitará del rostro la zapatilla... ¡Oh! ¡Empieza usted bien su carrera, hijo mío!

— Capitán, en cuanto lleguemos a tierra, me castigaré yo mismo brindándole dos botellas de aguardiente...

Una sonrisa apareció en los labios del gigante.

La idea de las dos botellas había operado una rápida mutación en su estado de ánimo.

Me tendió la enorme mano velluda, que yo estreché sin excesivo entusiasmo.

—No hablemos más —dijo sonriendo— y vámonos a cubierta.

El lance de la zapatilla en el rostro del capitán había circulado entre la tripulación. Los veintisiete marineros que la componían esperaban verme estrangulado o devorado vivo por el iracundo bárbaro. Cuando, en cambio, nos vieron aparecer juntos, hablando afablemente, su sorpresa fue inmensa.

Y en esta sorpresa advertí también algo de admiración por mí.

Más tarde se me aproximó el maestro.

—¿Es verdad que ha tirado usted una zapatilla al rostro del capitán? —me preguntó con voz trémula de emoción.

—La cosa no es dudosa, porque las señales todavía son visibles.

—¿Y no le ha pataleado?

—Parece que no.

—¿No le ha maltratado?

Sonreí.

—¿Crees, acaso, que me dejo maltratar tan fácilmente? He mirado a vuestro capitán al blanco de los ojos. Y no le he dicho ni una palabra.

Pronuncié estas palabras con serena sencillez, pero su efecto fue grande e inmediato.

El maestro me creyó dotado de virtudes milagrosas.

—Usted tiene valor y sangre fría —dijo—. Nada le espanta y hará usted la más hermosa carrera de este mundo.

No es difícil conquistar prestigio sobre la gente baja.

Basta a veces prometer dos botellas de aguardiente para amasar la ferocidad de un hombre.

Un juramento

Navegábamos hacia Arsa.

El cielo iba oscureciéndose rápidamente. Gruesos y amenazadores nubarrones se adensaban sobre nuestra cabeza. Un furiosísimo aguacero se derramó sobre la goleta acompañado de furibundas bocanadas de viento. La violencia era tal, que un pedazo de cuerda me azotó violentamente la cara, haciéndome caer a tierra. Los relámpagos a cada instante alumbraban el mar con luces sangrientas y entonces se descubrían las grandes olas que se erizaban sobre la superficie del mar.

—¿Se baila? —gritó el capitán Varak—, Las damas a escoger; los caballeros a sus puestos —añadió.

Pero el tono de la voz revelaba que el gigante no se sentía muy seguro de sí mismo. Cuando los relámpagos iluminaban su cara, descubría en ella la expresión del terror. La tripulación también había perdido la sangre fría. Alguno rezaba, varios blasfemaban.

La furia de los elementos se hacía tremenda.

Una extraña alegría invadía mi alma...

¿Por qué? En aquel instante comprendía confusamente la razón de aquella alegría.

Y repetía, casi inconscientemente, las palabras que me habían ofendido: «Señorita... marinero de agua dulce».

El capitán, para ocultarse a sí mismo su propio terror, aullaba insultos y maldiciones. Me acerqué a él.

—Capitán —dije—, una señorita pregunta... si le puede ser útil.

El lobo de mar no contestó. Acaso no me había oído. Yo, en cambio, sentía sobre mi rostro el latigazo de la cuerda, que me parecía una bofetada del destino para multiplicar en mí las energías en el momento del supremo peligro.

—¡A mí el gobernalle! —grité—, ¡Buscaremos abrigo entre los escollos de Brion!

—Hágalo usted —respondió el capitán.

Y desapareció. Probablemente el gigante iba a pedir ayuda a una botella de ron.

Había asumido un arduo cometido. La vida de veintisiete hombres estaba en las manos de un novicio. Si mi gesto fallaba, estaba para siempre arruinado.

Un joven marinero, llamado Piero, pasó por mi lado. Era un mozalbete taciturno y melancólico y sus facciones transparentaban alguna nobleza, que siempre me había interesado.

—Julieta ruega en este momento por nosotros, señor Emilio. Ella salvará al *Italia Una*.

¿Qué significaban estas palabras? No era aquel el momento apropiado para descifrar un pequeño misterio de amor...

Pero las palabras de Piero me habían infundido una renovada seguridad. La ignota Julieta, que en aquel momento rogaba por nosotros, nos salvaría. Estaba seguro de ello.

Después de heroicos esfuerzos, sin perder nunca mi sangre fría, calándome de agua hasta los huesos, pude hacer escala entre los escollos de Brioni y el canal de Fasana, que distaba cerca de media milla.

El capitán Varak salió de su camarote con el rostro congestionado. Parecía contentísimo. Se me acercó un poco bamboleante, me tendió la mano y se echó a reír.

—¿Por qué se ríe? —pregunté.

—Porque le he hecho a usted una broma y ha salido muy bien de ella.

Yo no comprendía. Seguramente el hombrón estaba borracho y su cerebro no coordinaba bien.

—¿De qué broma habla usted?

—Querido señor Emilio, me he disfrazado de miedoso... y usted se lo ha tragado... ¡perfectamente! De ese modo le he puesto a prueba, dejando en su mano el mando. ¡Vive Dios, que me resulta usted buen marino!

Lo miré no prestando mucha fe a estas palabras.

¿Cómo? ¿El gigante quería hacerme creer que había representado la comedia del miedo?

¡Bueno! Pero fingí creerlo y, con un matiz de ironía que el capitán Varak percibió, exclamé:

—Ha hecho usted bien en ponerme a prueba, y le felicito por su habilidad diplomática. ¡Pero ha expuesto su goleta a un verdadero riesgo! ¿Y si la «señorita» llega a hacer «pifia»?

—Un presentimiento me decía que saldría usted adelante.

Después, para desviar la conversación:

—Ahora pasaremos un día en Brioni. ¿Se acordará usted de su promesa?

—¿Las dos botellas de aguardiente? Seguro: no se me han olvidado.

—Magnífico —y el gigante respiró satisfecho. Y hasta para demostrar la viveza de su espíritu, añadió—: Un día de escapatoria... nunca es perdido.

Pasamos un día entero en Brioni. Bebimos las dos botellas, y después el capitán ordenó poner la proa hacia Arsa.

Al pasar por el cabo Promontore, oí una sucesión de cañonazos.

—Capitán —dije—, ¿por qué disparan?

Varak respondió con un tono que revelaba cierto orgullo de raza:

—¡Son los fuertes imperiales que hacen ejercicio de tiro! ¡Mire usted allí!

Y apuntó con su enorme índice.

Monté mi catalejo y distinguí Pola, defendida por las islitas, y su arsenal. El ondear de la bandera amarilla y negra de Austria era una vista dolorosísima para mis ojos de muchacho veneciano. Me entristecí.

Vi reflejarse el mismo dolor en el semblante del joven marinero que durante la furiosa tempestad había, con dulce voz, evocado el nombre de una misteriosa Julieta.

Iguales pensamientos pasaban por nuestras mentes.

Pola, la formidable Pola, ¿no es, acaso, ciudad italiana? ¡Y apunta sus bocas de fuego contra la orilla hermana!

El capitán Varak se había puesto a silbar.

El joven marinero me miraba, como para hacerme comprender que aquellos silbidos eran, acaso, la respuesta irónica a cuanto bullía en nuestros cerebros.

Puse una mano en el hombro del joven marinero.

—Tú piensas lo mismo que pienso yo...

—Quizá, señor Emilio.

—Tú piensas que llegará un día en que ese pabellón imperial será sustituido por el tricolor.

—Estoy seguro de ello.

—¡Ah, bribón! —murmuró *so tío voce* el capitán Varak—, ¡está seguro!

—Y yo también lo estoy —dije en tono resuelto—, ¡tan seguro, que lo podría jurar, como, en efecto, lo juro!

—¡También yo lo juro! —repitió Piero.

El capitán Varak permaneció un poco en silencio. Evidentemente buscaba una réplica, pero no la encontró. Encontró solamente una estupidez que podía tomarse por un insulto para nosotros y para él. La frase fue ésta:

—El lobo de mar fue hecho capitán durante la dominación austríaca, en Venecia. —Y lo dijo alejándose y canturreando entre dientes—: ¡Hay un proverbio que dice: juramento de marinero...!

Y desapareció.

Cada cañonazo retumbaba en nuestro corazón como un insulto. Y a cada disparo, mentalmente, renovaba el juramento.

Por fin, el maldito cañón austríaco calló.

Piero se había sentado sobre un rollo de cuerdas con la cabeza entre las manos.

Yo le observaba en silencio.

El jovencito parecía presa de alguna pena.

Me acerqué a él.

—Piero, ¿quieres decirme por qué Julieta rogaba por nosotros la otra noche?

Piero levantó el rostro, que parecía inflamado.

—Rogaba por nosotros —contestó—, para que este barco no se estrellase contra algún escollo y nuestro amor terminase en una tragedia...

—¿Se puede saber quién es esa Julieta? ¿Acaso alguna santa patrona de los marineros? En ese caso, me declaro ignorante, porque hasta ahora no he sabido de su existencia.

Después de un breve silencio, el joven marinero se puso en pie y sonriendo con tristeza dijo:

—Mañana llegaremos al río Arsa, y supongo que allí haremos escala, ¿no es verdad?

—Sin duda... Ese oso de Varak piensa hacer allí un buen cargamento de carbón...

Pero tú no has contestado a mi pregunta.

—¿Que quién es Julieta? —murmuró turbado—. Es una santita.

—¿Precisamente?

—Una santita para mí... ¡Julieta es mi «amada»!

—¡Ah, picarón!

—Y si hacemos escala en Arsa... ¡la veré y sabré verdaderamente si la otra noche rogó por nosotros!

Y Piero se separó de mí precipitadamente.

Quedé hondamente absorto con el pensamiento de esta Julieta... O, al menos, quedé hondamente absorto con el pensamiento de otra Julieta: la rubita inglesita, cuya imagen no

se apartaba de mi corazón; la Dulcinea que Inglaterra me había raptado...

Navegamos un día y una noche entera y, finalmente, el *Italia Una* entraba en el Quarnero, tan temido por los marineros.

Continuamos la ruta hasta que la goleta embocó el río Arsa.

Encaramado en un palo, un marinero de la goleta agitaba un largo pedazo de vela con gestos de entusiasmo. Era Piero.

Hacía señales que nadie podía ver desde la colina.

«Pero quizá —pensé— los ojos del corazón tengan más alcance que cualquier instrumento óptico...»

VI

Una Julieta y dos Romeos

En Arsa, el capitán Varak tenía que cargar en la goleta una buena cantidad de carbón, operación que le ponía extraordinariamente alegre.

— Señor Emilio, estoy muy contento — me dijo.

— ¿Por qué, capitán?

— Querido mío, el *Italia Una* es una magnífica goleta que cuenta setenta y cinco toneladas de registro, pero puede cargar ciento noventa. Se ve que el constructor de esta nave era un asno completo. ¿No le parece?

A mí me parecía que el asno perfecto no era el constructor de la nave.

Pero no dije nada, porque deseaba darme un paseo por las montañas que ceñían al Arsa, durante los dos días que durase la carga. Pedí y obtuve el permiso y vagabundé por el monte.

No me esperaba asistir a una escena tan curiosa y conmovedora.

En un recodo de un umbroso sendero, llegó a mi oído una voz bien conocida.

Era la del marinero Piero, que también había obtenido una licencia para dar... un paseíto por los montes.

Me detuve: un frondoso arbusto me ocultaba la vista de los personajes del diálogo, pero no tardé en comprender quién era uno de los interlocutores.

— ¿No me querrás decir, Julieta, por qué te portas de ese modo? — interrogaba Piero.

— Pues, ¿cómo me porto? — rebatía una deliciosa voz femenina.

— De un modo que no me gusta. Presiento que durante mi ausencia ha ocurrido aquí alguna cosa. Dímelo, Julieta. ¿Qué ha ocurrido?

El diálogo tuvo una pausa. Siguió un silencio interrumpido por un rumor de besos y después algún sollozo.

De pronto, el llanto se hizo más fuerte. ¿Qué había sucedido?

Siguieron unas palabras afectuosas de Piero, que incitaban a la muchacha a hablar.

Ésta, al fin, dijo con voz entrecortada:

— Te lo diré todo: mi padre quiere que me case con el «Rojo»... Sin duda han tramado alguna cosa. Pero yo no quiero casarme con él. Antes hago cualquier locura...

— ¡No digas tonterías! Tú no te casarás con él, eso es todo.

— ¡Si tú supieses qué escenas! Cuando le dijeron que había arribado el *Italia Una*, mi padre se puso furioso y me encerró en casa. Después vino el «Rojo» y hablaron largamente. Yo aproveché para escapar...

Hubo otro silencio. Después Piero dijo:

— Tú no te casarás con él, Julieta... Pero ahora escucha...

De pronto no pude escuchar el diálogo, tanto menos cuanto que dos voces de hombres se iban acercando.

Estas voces debían impresionar mucho a los dos enamorados, porque oí una exclamación de despecho, después romper unas plantas y un precipitado pisoteo.

Entonces, dos hombres con el rostro congestionado, avanzaron hacia mí. El más viejo

tenía un aspecto violento y poco tranquilizador; el otro, mucho más joven, tenía la cara de un idiota: por el color del cabello y los rígidos bigotes, supuse que éste debía ser el segundo Romeo de la infeliz Julieta.

Evidentemente, el padre y el prometido impuesto estaban buscando a la muchacha.

Me había sentado en una cerca ruinosa.

Los dos se pararon con aire confuso, mientras les miraba con curiosidad.

El padre de Julieta me saludó y después me dijo con esfuerzo:

— ¿El señor pertenece seguramente al *Italia Una*?

— Soy el segundo de a bordo.

Los dos hombres se miraron titubeantes, sobre el modo más adecuado para incitarme a charlar.

— En la goleta creo que hay un marinero que se llama Piero — dijo el padre de la doncella.

— Sí... ¿Es hijo de usted?

— ¿Hijo mío...? No, pero... ¿Le ha dado usted una licencia?

— Yo no. Puede que se la haya dado el capitán Varak. ¿Por qué lo pregunta?

El padre no contestó pero el otro, con voz iracunda, dijo:

— ¿Por qué...?, porque... ¿Lo sé yo por qué...? ¡Qué sé yo por qué!

No supo decir otra cosa. Después, los dos hombres, como si hubieran descubierto alguna cosa en el valle, me saludaron apresuradamente y desaparecieron.

La escena me había divertido, pero después pensé en el pequeño drama de aquellos dos pobres amantes contrariados, y me abandoné a reflexiones melancólicas...

Para distraerme entré en una hostería de la montaña y pedí un buen almuerzo: sentía verdaderamente la necesidad de recompensarme de la pésima comida que me suministraba el capitán Varak. El claro vinillo me infundió una ligera alegría y entonces interrogué a la patrona. La buena mujer era muy locuaz y cuando empecé a hablarle de Julieta, estalló a reír con ganas.

— Es una locuela — dijo —. Podría pasarlo muy bien casándose con el «Rojo»... Sí, el «Rojo» es feo y tonto, pero está bien provisto de esto — y frotaba los dedos unos con otros, con el consabido gesto expresivo —. Pero Julieta dice que quiere a Piero... ¡Ja, ja! Podría pasarlo perfectamente, y, en cambio... Pero, ¿sabe usted? En el pueblo la tienen por un poco chiflada y nadie se extrañaría de verla hacer cualquier majadería.

Bajé al llano y busqué por las tabernas al pobre Piero. No lo encontré. En cambio vi, bien encarrilado hacia una de sus acostumbradas borracheras, al capitán Varak.

Me invitó a beber y después me habló del cargamento.

— Se lo repito, señor Emilio... son ciento noventa toneladas las que carga mi goleta.

— Pero, ¿dice usted eso en serio, señor capitán?

— ¿Cómo no? Vaya a verlo... y después me dirá si tengo motivo para estar contento.

Salí de la hostería y con toda precipitación corrí al barco.

— ¡Maestro, maestro! — grité.

— Aquí estoy, señor Emilio... ¿Qué pasa?

— El capitán debe haberse vuelto loco.

— ¡Creo que sí! ¿Qué quiere...? Nos ha obligado a meter carbón hasta en nuestros

camarotes...

—¡Vive Dios! —exclamé—. ¿Y cómo vamos a poder marchar adelante?

—Ya le dije, señor Emilio, que había caído en las peores manos de este mundo... ¡Quiere explotar de un modo imposible al *Italia Una*. No piensa más que en hacer dinero para ofrendárselo al dios Baco. Y no se puede ir contra su voluntad...

—Paciencia —exclamé—. Pero, si una buena borrasca nos sorprende y nuestro barco llega a correr peligro, ¡como hay Dios, que le tiro al mar!

—Haría un buen regalillo a los tiburones —añadió suavemente el maestro.

—¡Ya veremos cómo terminará!

En este punto apareció Piero delante de mí.

Tenía un aspecto extraño.

Le miré fijamente y, llevándole aparte, le pregunté por Julieta. Piero se mostró confuso y reservado.

Le repetí la conversación escuchada en la montaña.

—¿Cómo lo sabe usted, señor Emilio? —balbuceó abriendo mucho los ojos—. ¿Quién se lo ha dicho?

—Ese es mi secreto —respondí—. ¿Y Julieta ha vuelto a casa?

La confusión del mozalbeta llegó a su colmo.

—No... no ha vuelto a casa.

—¿Dónde ha ido? ¿A casa de algún pariente?

—Sí... eso es... Silencio, señor Emilio, que llega el capitán —y Piero desapareció.

Era, en efecto, Varak que voceaba:

—¡Maestro, leva el ancla y que Dios nos la depare buena!

Me precipité a la rueda del timón para poder maniobrar y procuré salir presto del puerto, que estaba obstruido por barcazas cargadas de carbón. El capitán me dijo:

—Atención, señor Emilio, que el mar está agitado; no vayamos a dar un trastazo con alguna carcasa.

—Capitán —exclamé—. ¿Cómo se va a poder navegar de esta manera? ¿No ve que hacemos agua a causa de tanta carga?

—¡Pero, vaya una agua!

—¿No podríamos tirar al mar un poco de carbón para aligerar algo la nave?

—¿Qué dice? El carbón es dinero y no tiro al agua mi dinero...

—¡Pues creo que nos veremos obligados a hacerlo!

—¡Adelante...! ¡Después de todo, el amo soy yo...! La goleta carga ciento noventa...

No había todavía terminado esta frase, cuando el *Italia Una* dio un bandazo endiablado y se echó sobre una banda, largando al mar algunas decenas de toneladas de carbón.

El capitán se puso a chillar como un osezno: parecía loco. El *Italia Una*, afortunadamente, había encallado, digo afortunadamente porque esta varadura evitó un desastre mayor.

Se echó a popa un anclote y se trabajó durante cuatro horas como condenados, para desencallar el barco.

Por fin conseguimos volver a ponernos en camino, pero la goleta avanzaba pesadamente, casi sumergida...

Yo estaba en un estado que daba compasión, completamente empapado en agua, sucio de carbón, parecía un negro de la Martinica... después del baño. ¿Dónde estaban las hermosas aventuras que había soñado?

Confieso que en aquel momento, al mirarme en mi espejito, me encontré sumamente ridículo. Recordé las comodidades de mi casa y pasó por mí el deseo de cortar aquella vida de infierno, volviendo, a la primera ocasión, junto a mis progenitores...

Pero ocurrió un hecho inesperado, que dio nuevo curso a mis pensamientos.

La noche era negra y el mar seguía alterado. Un viento poco favorable hacía presagiar la tempestad. Ya algún relámpago iluminaba el cielo. Iba a retirarme a mi camarote cuando una descarga de blasfemias hirió mi oído.

Inútil es decir que se trataba del capitán Varak.

Me dirigí al sitio de donde partían las blasfemias. Vi la sombra gigantesca del capitán que tenía prisionera a otra sombra frágil y pequeña... Me acerqué.

—¿Qué sucede, capitán? —pregunté.

—¡Sucede el fin del mundo, eso sucede! —dijo el capitán rechinando los dientes—. Venga usted aquí y haga hablar a este vagabundo.

Encendí una linterna que había en la pared, la tomé en la mano y la dirigí a la cara de la persona que el capitán Varak tenía prisionera.

Vi una carita llena de carbón, como la mía, y dos ojos que imploraban piedad.

El capitán se agachó, para mirar él también, y en seguida lanzó un ¡oh! de asombro. Yo hice otro tanto.

Indudablemente, aquel vagabundo... ¡era una vagabunda!

Una idea surgió en mi mente e iluminó en el acto la situación. Comprendí quién era aquel colega de la Martinica y no pude reprimir una carcajada.

—¡Cuando usted se ríe, señor Emilio, es que sabe de quién se trata! —dijo el capitán.

—Yo no sé nada —respondí siempre riendo—. Pero si este «morenito» quiere hablar... lo sabré.

—¡Es mudo como un pez! —aulló Varak—. ¡Qué estabas haciendo en aquel rincón cuando te he cogido, bribona?

—Rezaba —respondió con sencillez una voz femenina.

—¿Rezabas? ¿Quién te ha traído a mi goleta?

—¡Nadie! He venido yo sola.

—¡Vive Dios! ¡Aquí hay algún misterio! —exclamó de mal modo el capitán—. ¡Tú eres una mujer!

—¡Creo que sí...! —respondió con gracia el morenito.

—¡Una mujer entre mis marineros...! ¡Señor Emilio, reúna usted toda la tripulación!

Se dejó oír un principio de llanto. La mozuela se había echado a llorar.

—¿También lloros ahora? —dijo Varak—. En resumen, ¿qué resuelve, señor Emilio?

—¿Qué quiere que decida? Si hay una mujer a bordo, en la primera escala la desembarcaremos.

—Y si la agarro y la arrojo al mar, ¿qué me dirá?

—Digo que eso no puede ser. Yo respondo de esta muchacha.

—¿Usted responde? Luego, ¿usted la conoce?

—Sí y no.

La aventura había llegado al punto más delicado. Quería hacerme responsable para salvar al pobre Piero de la indignación del capitán.

Era preciso afrontar el problema sin perder un momento.

—Vamos a su camarote, capitán —dije.

—Vamos —respondió Varak, que me pareció se había amansado repentinamente.

Corrí a buscar a Piero. Le cogí por un brazo y lo arrastré conmigo.

Piero parecía anonadado.

—¡Julieta está aquí! —le dije.

—Lo sé —me contestó Piero.

Entramos en el camarote del capitán, el único que no estaba abarrotado de carbón.

Julieta tenía el ennegrecido rostro regado de lágrimas recientes. Vestida de mala manera con guñapos, tenía un aspecto conmovedor y cómico al mismo tiempo. No menos ridícula me pareció la figura del gigante, que estaba mirando con ojos estúpidos a la muchacha.

Cuando me vio entrar acompañado de Piero, el capitán desplegó todo su furor.

Parecía endemoniado.

—¿Eres tú el ganso que ha escondido a su gansa en la goleta? —gritaba.

La chica, entonces, como si de pronto hubiera reconquistado la locuacidad para acudir en defensa de su Romeo, pronunció un discurso conmovedor y concluyente:

—Señor capitán, no es verdad nada de eso: yo no soy su gansa. Soy su prometida, y eso es muy distinto. Mi padre quiere que sea la prometida del «Rojo», pero yo me rebelo. Mejor, como siempre he dicho, me tiro de cabeza por los escollos. Piero no quería que viniese aquí, pero no puedo dejarle marchar solo. Además, he dicho en su cara a mi padre y al «Rojo», que no volveré más a casa... Me he vestido así y me he escondido en la goleta; luego vino la noche tempestuosa y me puse a rezar por la salvación de todos... Pero Piero no tiene nada que ver en esto. He venido aquí contra su voluntad... ¡Capitán, no le castigue, porque no tiene culpa!

—¡Ahora va a resultar que quien tiene la culpa soy yo! —gritó Varak—. Pero, ¿no sabes que no puedo tenerte en la goleta, porque eso sería el fin del mundo? ¿Qué haremos señor Emilio? En la primera escala la entregaremos a la autoridad.

—Seguramente —dije, dirigiendo una mirada a Piero—. Es la única solución.

—Entre tanto —continuó Varak—, tú vuelves a esconderte en el carbón. No quiero que la tripulación llegue a saber una cosa semejante... Una mujer a bordo es una tragedia. Usted será responsable de todo, señor Emilio.

Convinimos en tener en secreto el curioso episodio, hasta llegar a Brindisi...

Y a Brindisi llegamos al día siguiente.

Apenas dado fondo, el capitán buscó a Julieta y a su Romeo, para dar cuenta a la autoridad...

Pero, con gran asombro del coloso, no se encontró ni la sombra de Julieta y de Romeo.

—¿Dónde han desaparecido esos dos?

Yo reprimí una sonrisa.

—No lo sé —respondí—, los he buscado por todos los rincones de la barca... Puede ser que se los haya comido algún tiburón...

El capitán me miró con desconfianza.

—Dígame la verdad. ¿Usted les ha facilitado la fuga?

—¡Ni por sueño! —respondí con firmeza.

—¡Pues no habrán volado!

—¿Por qué no...? El amor tiene alas... y además, he encontrado en el camarote de Piero este papelito: «Con mi paga, bébase algunas botellas a mi salud...».

El gigante sonrió groseramente: la idea de las botellas desvanecía la amargura de no volver a ver al «morenito». ¿De qué naturaleza era esta amargura?

No lo sé; pero siempre sospeché que el capitán Varak hubiera hecho gustoso un largo viaje en compañía de la pequeña Julieta...

Y ella habría corrido el riesgo de hacer aparecer un tercer Romeo...

¿Cómo terminó la curiosa aventura de los dos palomos?

La patrona de la hostería me había dicho que Julieta era capaz de hacer cualquier locura antes que casarse con el «Rojo».

Una locura la había cometido ya al vestirse de grumete y esconderse en la bodega de la goleta.

Cinco años después, la casualidad me volvió a llevar hacia aquellas tierras y quise otra vez recrearme por los montes de Arsa.

El recuerdo de Julieta y Romeo estaba todavía vivo en mis recuerdos y me dio deseo de volver a saber algo de ellos.

Hice una pequeña indagación en la hostería, bebiendo el buen vinillo de aquellas viñas.

Lo que averigüé fue de una gran desilusión, como tantas otras que componen la vida de un hombre, sea ésta aventurera o sedentaria.

Me dijeron que Julieta había vuelto bajo el techo paterno a los dos años de su fuga, porque el pobre Piero había muerto de tifus en un hospital, y que se casó con el otro Romeo, el odiado «Rojo», encantado de volver a verla.

La noticia no me quitó el apetito, pero me quitó las ganas de volver a ver al «morenito» que el capitán Varak había sorprendido en actitud de rezo por la salvación de la goleta de su Piero... ¡Mujeres, mujeres, eterno misterio!

VII

El salto del tiburón

En Brindisi descargamos el carbón, como Dios quiso. Toda la tripulación estaba negra por fuera... y por dentro. Por mi parte, necesité tres buenas horas para limpiarme y poderme presentar en la ciudad.

El capitán Varak, aunque siempre estaba borracho, era hábil en hacer buenos contratos. Así consiguió hacer uno buenísimo con un comerciante y la nave fue nuevamente cargada con granalla, barriles de vino y cajas de uvas pasas.

—Esta vez —dije al capitán—, no nos iremos al fondo.

—¿Por qué? —preguntó el capitán—, ¿Qué quiere usted decir?

Hice como si no hubiera oído y no respondí.

Pero si el capitán Varak hubiese sido más inteligente, habría completado mi observación de este modo: «Ahora que tenemos vino a bordo, no nos iremos al fondo, porque el capitán se encargará de ir aligerando la carga».

Levamos anclas, haciendo rumbo a Bari, y en este trozo de viaje fue cuando comprobé que los tiburones no saben calcular la trayectoria.

La aventura ahora me parece divertida, pero tuvo su momento trágico y mi vida corrió peligro.

Después de cargar la granalla, se hizo indispensable la vigilancia de la goleta.

Naturalmente, se arrojó al mar el fondo de la sentina, y como este fondo constituía un buen cebo, una enorme cantidad de peces seguían a nuestra nave.

El espectáculo era interesante y yo lo admiraba situado en el asta del bauprés.

De pronto los peces se hundieron de golpe, como obedeciendo a una voz de mando. Trataba de averiguar la causa de este curioso fenómeno, cuando tres o cuatro marineros gritaron a una:

—¡Señor Emilio..., cuidado!

Instintivamente, del asta del bauprés salté a la escala de cuerda que llevaba a la cofa. Una enorme masa negra rozó mi cuerpo.

Era un tiburón al que, indudablemente, le había parecido simpático.

Me había tomado por blanco, y doblándose como un muelle había logrado dar un notable salto fuera del agua. Si mi fulmineo movimiento no me hubiera puesto fuera de alcance, me habría despachado. En cambio, por una exageración de energía, el despachado fue él. El animalote, en la prisa por satisfacer su avidez de carne fresca, había dado el salto calculando mal la trayectoria y... vino a caer sobre cubierta. Allí sacudía grandes y furiosos coletazos, intentando volver de nuevo al agua.

Bajé precipitadamente a mi camarote para coger mi pistola, mientras toda la tripulación, alborotada, armada de hachas y cuchillos de maniobra, daba una batalla al monstruo.

El tiburón se defendía ferozmente con formidables sacudidas. Poco faltó para que una pierna del maestro sirviese para consolar los últimos instantes del pez fuera del agua... Le descargué encima mi arma, en el momento en que abría la boca voraz para morder al

maestro. El capitán, que también había intervenido en la lucha, me dijo:

—Ha escapado de buena, señor Emilio. Ya puede decir que ha nacido con buena estrella...

—No digo que no. Si el tiburón hubiera tomado bien sus medidas, ya estaría digerido a estas horas. ¡Pobre tiburón! ¡Nunca habría pensado en venir a terminar su vida sobre la cubierta del *Italia Una*!

—¡También los tiburones tienen su sino! —dijo a este punto filosóficamente el maestro, cargando su pipa.

Esta frase sacó a flote mis recuerdos románticos. Un poco en broma y un poco en serio, dije que no era improbable que en el estómago del tiburón se encontrase alguna cosa... no sé... el documento de un tesoro... algún secreto encerrado en una botella.

No hay gente más escéptica y al mismo tiempo más crédula que los marineros. En pocos instantes la tripulación estaba convencida de que el estómago del tiburón guardaba fortuna para todos... Cada uno tenía su historia que contar a propósito...

Dos marineros se dedicaron a abrir en canal al animalote. Pero, ¡ay de mí!, no encontramos más que peces que había engullido. Ni el menor indicio de tesoro...

—Sin embargo —dije—, este pobre tiburón ha hecho lo posible para prepararnos una sorpresa. La sorpresa era comerse a vuestro segundo.

El capitán Varak encontró muy espiritual mi observación, e hizo otra más espiritual todavía.

—El peligro librado merece un buen trago... que usted pagará, señor Emilio.

Al llegar a Bari mantuve, efectivamente, mi promesa. Estrujé mi bolsa, sin conseguir apagar la sed de aquel oso marino. La noche misma emprendimos el viaje de regreso, navegando con un calor sofocante.

No pude dormir. Las cucarachas me habían, decididamente, declarado la guerra y me atormentaban. Me puse a pasear por el puente fantaseando.

Acercándome a los barriles de vino embarcados, vi una sombra que se movía sobre uno de ellos.

Me acerqué dispuesto a aferrar al marinero por el cuello.

Una sombra inmensa se levantó. Era el capitán Varak. Con un hilo de voz, balbuceó:

—Por caridad, señor Emilio, no descubra esto a mis marineros porque tienen el vicio de beber y todos querrían imitarme...

—Han tragado estos días tanto polvo de carbón... —dije.

—Le recomiendo el mayor secreto y, en compensación, le ofrezco mojarle los labios.

Y me ofreció una paja para introducirla en uno de los barriles, donde, de antemano, el bribón había hecho un agujero con una barrena.

Acepté la oferta y me puse a sorber un óptimo vino, dejando, de cuando en cuando, el puesto a mi capitán.

Sorbiendo y charlando, volaron las horas. El buen vinillo me ponía el alma ligera y optimista. Las palabras del capitán Varak saltaban de un tema a otro y constituían la más extraña y pintoresca conversación que nunca había oído.

Aquel vulgar gigante tenía destellos de bondad y de ingenio verdaderamente curiosos. Me contó toda su vida a salto de gato, interrumpiéndose a cada momento, para sorber el vino por la cañita.

—Tenía diez años cuando huí de mi casa. Era grande y gordo como un buey... No diga usted nada de este manejo a los marineros: son una manada de leones... Y después, si no huyo de casa, la estrangulo como a una oca; la estrangulo... ¿Me cede usted el turno? Todavía un sorbo.

»¡Ah, corre como el ariete...! ¿A quién estrangulaba? La madrastra “der-teufel”, ¡qué demonio de madrastra! Por mí no la estrangulaba... por aquel desgraciado de mi padre... ¿Cree que mañana hará buen tiempo...? Seguramente buen tiempo... Pero a mi padre le mataba... El buen hombre no sabía defenderse... no bebía... ¡Si hubiera bebido, quién sabe...!

»En fin, ya ha muerto... Un día, la fiera me cerró el “buffet” en las narices... Pues sí, huí de casa por no estrangularla... Fui grumete... ¡Me he dado la gran vida! ¡Hasta he estado en poder de antropófagos! ¿Sabe usted...?

—No lo sabía... ¿Y no le encontraron a usted a su gusto?

—¡Ya lo creo! Estaba gordo y tierno, pero les hice huir... Acogoté a uno de un puñetazo... y eso los asustó... No puede imaginarse la fuerza que tenía entonces: una vez, unos pieles rojas me ataron a un árbol... Pues bien...

—¿Partió usted el árbol?

—¡Tras! Un esfuerzo y... el árbol, ¡zas!

—Le creo.

Estaba, en efecto, dispuesto a creerlo todo. El moscatel predispone el ánimo a la credulidad, lo mismo que a las fanfarronerías.

El capitán continuó narrando las aventuras más extraordinarias: yo continué bebiendo... hasta que fuimos sorprendidos por el marinero dálmata, Bazán, que se acercó a los barriles.

El capitán le cogió por un brazo.

—¡Cállate!

—¡No hablo!

—También te permito que sorbas, pero guarda el secreto o te tiro al mar.

Bazán sorbió también el moscatel, y sorbió tanto que, de pronto, cayó a tierra como un muerto.

—Mejor es así —dijo el capitán Varak—; así no habla...

Nos fuimos a dormir discretamente ebrios.

Pero seguro que Bazán no continuó mudo, porque al día siguiente el capitán Varak comprobó con horror que la cuba estaba casi vacía... La tripulación había encontrado de su gusto el moscatel y el ingenioso modo de sorberlo...

Avistamos Trieste.

Mi primer crucero había terminado. Fueron veintinueve días de trabajo y de fatigas, pero también de óptimas impresiones.

Mi capitán se acercó, y apoyando la palma de su mano en mi espalda, dijo;

—Señor Emilio, ha llegado la hora de despedirnos. La casa de sus padres le espera. Supongo que no me olvidará. Le confieso que es un magnífico segundo... El primer viaje es siempre inolvidable. Quizá un día u otro nos volvamos a encontrar en el inmenso mar. Es valeroso y hábil y la fortuna no dejará de ayudarle...

La voz del coloso se había enternecido. Sus pupilas adquirieron una vaga expresión de bondad. Sentí repentinamente que la garganta me apretaba y los ojos se humedecían.

Dos lágrimas asomaron también en los de él.

Le estreché fuertemente la mano.

En la goleta de aquel grotesco coloso había experimentado las primeras durezas de la vida de mar, pero había recibido muchas enseñanzas útiles.

Me deshice del abrazo de mi madre. Ella me miró con ojos llenos de infinito amor.

—Emilio, ¿ahora te quedarás para siempre con nosotros? ¿Estás cansado de la vida del mar?

Yo sacudí la cabeza.

—Mamá, cuando se nace con esta pasión, no se extingue después del primer viaje. Mi carrera apenas ha comenzado. Lo que he visto no es nada, para lo que aún me queda por ver.

Entre tanto había entrado mi padre.

—Es inútil... Emilio es un testarudo... Quiere vivir entre penalidades, en lugar de hacer una vida cómoda.

—¿La vida cómoda? —dije—. ¡No hay en el mundo nada más odioso que la vida cómoda!

En efecto, siempre he odiado la vida cómoda, pero la vida cómoda siempre me ha odiado a mí... hasta cuando el trabajo me había dado el derecho a gozarla.

VIII

El «loco» de la balsa

Mi segundo viaje debía ser bien diverso del primero.

De pronto me encontré con uno de esos secretos que habían siempre halagado mi fantasía: entraba en el gran mar de las aventuras.

El «loco» de la balsa ha sido un insoluble misterio en torno del cual he fantaseado mucho durante mi vida, y si hasta ahora no he escrito una novela sobre ello, ha sido, sobre todo, porque me ha faltado la lógica solución del problema.

Gracias a un amigo, seis meses después de mi primer viaje de prueba, pude entrar como segundo en un buque de tres palos.

El capitán del velero era un hombre habilísimo para conducir una nave, pero rudo y algunas veces bestial. Muchos rasgos le asemejaban al gigante Varak, por ejemplo, su amor por el *gin*, pero Giuffré —éste era su nombre— no tenía aquellos momentos de bondad que, de cuando en cuando, salían fuera de la envoltura paquidérmica de Varak. Giuffré era maligno y altanero, comprendí en seguida que no marcharíamos de acuerdo y que nunca habría cordialidad entre los dos. La experiencia comenzaba a enseñarnos que es preciso brujulear entre los hombres, como brujulea una nave entre los escollos. Todo hombre puede ser para otro un escollo, y es preciso saber evitar el choque.

Hacíamos ruta para Bombay, pero la meta estaba todavía lejana.

Había montado mi catalejo y exploraba el horizonte. Calma perfecta en el mar, una calma que producía en mi ánimo aquella extraña sensación de depresión que no sabría definir, pero que he experimentado después muchas veces en las ilimitadas soledades del océano.

De pronto, descubrí una balsa que flotaba en lontananza sobre nuestra ruta.

Observándola mejor con el antejo, me pareció que contenía alguna persona o cosa.

En efecto, al poco rato, la visión se hizo distinta: sobre la balsa iba un hombre completamente desnudo.

Di un grito de atención.

El capitán Giuffré acudió.

Le pasé el antejo.

Miró por él y después me volvió el instrumento tranquilamente.

—Es un hombre sobre una balsa.

—Sí, es preciso salvarle —dije.

—Me parece inútil, porque debe estar muerto.

—Muerto, vivo o desmayado, es preciso ver de lo que se trata... y, si es el caso, intentar el salvamento.

El capitán Giuffré hizo una mueca de asentimiento.

Acudieron algunos marineros. La balsa se aproximaba. A simple vista se podía distinguir sobre ella un hombre inmóvil.

—¡Está muerto!

—¡Muerto de hambre!

—Será una víctima de cualquier naufragio.

—Es probable. Botemos una chalupa y vamos a buscarle.

Fue arriada una chalupa con cuatro hombres que, remando vigorosamente, arribaron a la balsa.

Una voz, entonces, gritó desde la embarcación:

—¡Señor Emilio, el hombre está vivo!

—¡Traedlo al velero! —mandé.

Poco después me encontraba frente a un extrañísimo personaje.

Podría tener unos cincuenta años, lleno de manchas, la barba de una quincena de días, flaco, con ojos grises. Estaba completamente desnudo y tenía una sonrisa beatífica, como si, en lugar de venir de las soledades del océano, viniese de una fiesta.

Un marinero le había echado sobre la espalda un chaquetón viejo, y el hombre había inclinado la cabeza ligeramente, como para dar las gracias.

Le dimos de beber y comer. Comió ávidamente y bebió con el mismo gusto.

Entre tanto, intentaba interrogarle. Pero en la vida me he tomado un trabajo más inútil.

El hombre tenía un vocabulario inglés muy limitado y lo empleaba para responder a cualquier pregunta.

—¿Por qué se encuentra desnudo de ese modo en una balsa en medio del océano? — pregunté repetidas veces.

El hombre respondió en inglés:

—Jueves.

—¿Es víctima de un naufragio?

—Orquídea.

—¿Le ha puesto alguien en esa balsa?

—El perro no quiere comer la hogaza —y el hombre seguía sonriendo beatíficamente.

¡Aquel hombre estaba loco! Cuando hubo comido y bebido miró alrededor, como buscando alguna cosa. Vio un montón de paja, se echó en ella y se durmió.

En vano procuré sacar, de las pocas palabras pronunciadas por el demente, algún hilo para reconstruir su extraña aventura.

Mi cerebro se mortificaba en tan fatigosas como inútiles reconstrucciones. La más sencilla de todas para los tripulantes, era que el misterioso náufrago se había arrojado al mar en el momento de un siniestro y se había vuelto loco del susto. El naufragio no podía datar de más allá de una decena de días, a juzgar por la barba; pero este espacio de tiempo era más que suficiente para que un hombre se hubiera muerto de hambre, porque no era supponible que hubiese podido llevar consigo provisiones.

Pero otras hipótesis se presentaban con iguales apariencias de probabilidades. Podía tratarse, por ejemplo, de una venganza: el hombre, en tal caso, habría sido abandonado en la balsa en medio del océano por algún enemigo. O, también, por escapar a algún tremendo peligro, se había lanzado al mar y había encontrado, por casualidad, la balsa.

También el capitán concluyó por interesarse en el caso del hombre de la balsa, y llegó a la conclusión de que no podía averiguarse nada, y que era necesario dejar a las autoridades de Bombay el cuidado de desentrañar aquel misterio.

A menos que el loco recobrase de improviso la razón y pudiese contar la verdad, era necesario resignarse a ignorar la historia de aquel misterioso naufragio.

Pero el capitán Giuffré tuvo una idea que me repugnó.

—Puede ocurrir que este hombre sea un farsante —dijo, en cierto momento, sacudiendo la cabeza.

—¿Cómo dice? ¿Un simulador? —respondí.

—Sí; puede ocurrir que se finja loco y que se ría de todos nosotros...

—¿Y con qué objeto?

—¡Bah! Por ejemplo, que fuera un evadido de cualquier penal.

—¿Un evadido? ¿Y cómo se explica usted esa desnudez?

—El galeote se habría librado de su uniforme para no ser reconocido —concluyó el capitán Giuffré.

Cuando se formaba una idea en el cerebro del capitán Giuffré era muy difícil desarraigársela.

Se empecinaba en sus ideas hasta el punto de defenderlas ferozmente contra las objeciones más sensatas. En este caso, expuesta la hipótesis de que el hombre fuese un evadido, no retrocedió un punto, y así sostuvo conmigo una discusión encarnizada. No solamente esto, sino que, desde aquel momento, asumió contra el desgraciado una actitud extremadamente descortés e inquisitorial. No le perdía de vista un instante, con la esperanza de sorprenderle en algún descubierto que revelase la simulación de la locura. Recurría a las más extrañas comedias para cogerle en falso.

De noche hacía que cualquier marinero gritase:

—¡Fuego! ¡El barco se incendia! ¡Sálvese el que pueda...!

Pero, en vano. El hombre se despertaba, sonreía y se volvía a dormir, después de pronunciar una de sus frases vagas e incoherentes.

Otras veces el capitán se fingía furioso por la dificultad de resolver este enigma singular, y ordenaba a tres o cuatro marineros que le arrojasen al mar.

Los marineros le aferraban, le levantaban en alto y le zarandeaban como si realmente fueran a lanzarlo al agua; pero el hombre de la balsa continuaba sonriendo, con su eterna, desesperante sonrisa... Los marineros lo ponían en pie y el hombre clavaba su mirada atónita y perdida sobre el infinito horizonte.

Otras veces, el capitán le dejaba sin alimento un día entero, gritándole al oído de tarde en tarde que no le daría de comer si no abandonaba aquella estúpida comedia...

El loco respondía moviendo la cabeza:

—El perro no quiere comer la hogaza.

El capitán Giuffré se obstinaba en su idea cada vez más. Cuanto más negativos eran los resultados de sus experimentos, más se convencía de que aquel hombre era un refinado simulador y que tenía algún motivo imperioso y serio para obrar así... Esta obstinación comenzaba a irritarme de modo extraordinario. Tanto más cuanto que no reconocía al capitán Giuffré ningún derecho a encarnizarse contra un infeliz... Suponiendo, cosa poco probable, que el hombre de la balsa fuese realmente un presidiario evadido, ¿por qué se recreaba en atormentarle de modo tan brutal?

Y todas las veces que el capitán manifestaba algún nuevo proyecto para descubrir el embrollo y desenmascarar al simulador, como le llamaba, yo me encerraba en mi camarote en señal de protesta.

Un día el capitán Giuffré tuvo una gran inspiración.

Dijo que iba a recurrir a un remedio heroico para sanar al loco. Había tragado más ajeno y *gin* de lo conveniente y tenía la cara roja como una langosta cocida.

La gran inspiración era ésta: ¡hacer apalear al loco, hasta que confesase ser cuerdo!

El capitán Giuffré, como para desafiarme, me preguntó:

— ¿Qué me dice de esto, señor Emilio?

— Digo que no hará tal cosa.

— ¡Oh! yo no, pero haré que le apaleen dos marineros.

— No creo que a bordo de su barco haya dos marineros capaces de hacer de verdugos.

— ¿Cómo que no? ¿Quiere usted ver cómo los encuentro? Además, cuando yo mando, hay que obedecerme.

— Siempre que mande cosas razonables.

— Entonces, ¿quiere decir que yo no soy razonable?

— No digo eso... Pero usted comprenderá... que apalear a un desgraciado demente es una cosa un tanto cruel e inútil...

A estas palabras el capitán se puso lívido.

— Usted es el segundo y yo el capitán — rugió — ¡Quiero cumplir con mi deber!

— ¿El deber de usted?

— Sí; he recogido a un hombre, que puede ser un evadido, un delincuente fichado... Pues bien, tengo el deber de hacerle hablar, de sacarle, por las buenas o por las malas, la confesión de la verdad — calló un instante y después prosiguió —: ¿Quién me lo impediría?

— Yo.

— ¿Quién es usted? Usted no es nadie.

— ¡Soy el segundo de abordo!

— ¡Está en un error, señor! Usted era mi segundo, pero ya no lo es, porque rompo su contrato.

— Está bien, capitán. Cuando hagamos escala, seré libre.

Continuó gritando y lanzando denuestos toda la noche. Pero no apaleó al hombre de la balsa.

Al día siguiente, llegamos a la vista de Bombay.

IX

Combates a puñetazos

En Bombay el capitán Giuffré entregó a la autoridad el loco encontrado en alta mar, con un atestado que también firmé.

El hombre anónimo fue llevado al hospital, donde algunos días después fui a visitarle con la esperanza de poder, por fin, penetrar en su misterio; pero esta esperanza también se desvaneció. Y abandoné a su destino al loco de la balsa, también por un motivo a la par sencillo e importante: tenía que ocuparme con gran urgencia de resolver mi problema personal.

...Heme aquí, en la India, solo, con un pequeñito peculio destinado a gastarse en pocos días: solo, alejado algunos millares de millas de mi patria y sin contrata. ¿Cómo salir adelante?

La última conversación con mi capitán había tenido lugar en el puerto y había sido rápida y expedita.

- Ya está en libertad, señor Emilio.
- Precisamente así: en libertad.
- Ya verá lo fácil que le será embarcarse...
- Eso es cosa que sólo a mí interesa.
- Sin duda... Mi velero parte sin usted.
- Buen viaje.

Me volvió la espalda y se alejó.

No me he arrepentido nunca de aquello. Aquel hombre, con su cinismo y brutalidad, me hubiera arrastrado a cualquier violencia que habría sido causa de mi ruina.

Noté que durante la breve y poco afectuosa conversación con el capitán, un hombre se había parado con algún disimulo, examinando un libro, quizá una guía. Iba vestido a la europea, pero su fisonomía delataba en seguida su raza asiática.

El personaje en cuestión parecía interesarse más en nuestro coloquio que en el texto del libro que tenía abierto en la mano.

Cuando me separé del capitán Giuffré y me alejé, mirando de reojo vi que aquel hombre me seguía. No mostré notarlo y me dediqué a errar por el puerto.

Él continuó siguiéndome.

¿Que querría de mí?

Me había internado por la hermosa avenida de palmeras umbrosas que desemboca en el puerto y viendo que el hombre me iba a los alcances, me paré resueltamente a afrontarle.

Éste lo comprendió, me saludó garbosamente y me dijo en inglés:

- Usted perdone; no soy agente de policía.
- Entonces, ¿por qué me persigue?
- Para rogarle me conteste a una pregunta: ¿está buscando contrata?
- Sí.

— ¿Estaría dispuesto a aceptar una que yo le proponga?

— ¿Es armador?

— Casi.

— No le entiendo. ¿Tiene algún buque en el puerto?

— Ni siquiera esto.

— ¿Entonces...?

— Entonces... entonces, lo mejor será que ahora nos separemos, pero dentro de diez minutos podrá encontrarme en «Sailors», que es una taberna que se ve desde aquí.

Y me hizo una rápida señal. Me pareció que el misterioso personaje se había vuelto, de pronto, desconfiado. Me examinó mirando a su alrededor varias veces y se alejó. Entonces me di cuenta de que un hombrecillo ordinario y mal vestido espiaba al primero, parado junto a una palmera.

Vagué durante un cuarto de hora y después me encaminé al «Sailors».

En la pequeña taberna me esperaba el personaje que trataba de contratarme.

Me ofreció un bocadillo y una bebida que acepté gustoso.

— Le he dejado en la calle de un modo un poco brusco —dijo escanciándome la bebida—, pero comprenderá que era espiado.

— Ya me he dado cuenta de ello.

— No crea que soy un delincuente y que voy a proponerle alguna acción delictiva... Usted me preguntaba si tenía algún barco en el puerto. Pues bien, no... en este puerto no, pero mis naves están un poco lejos de Bombay; pero, si nos entendemos, no nos será difícil ir a ellas... Mi proposición concreta es ésta: ante todo un ascenso.

— Esa es, precisamente, mi ambición señor...

— En cuanto a paga, le propongo el cuádruple de lo que ganaba ahora.

— ¡Mejor que mejor!

— También le aseguro un buen porvenir.

— Gracias, pero...

— Es justo: tranquilícese, señor. No intento que acepte a ojos cerrados. Se lo diré todo.

Y tras de fijar en mí brevemente sus brillantes ojos negros y de lanzar en torno una mirada escudriñadora, el desconocido, con voz tenue, añadió:

— Voy a proponerle una empresa justa.

— ¿Cuál?

— Se trata de reparar una tremenda injusticia.

— ¿Sufrida por usted? —pregunté vivamente interesado por las proposiciones de aquel hombre, que me hablaba en un tono convincente.

— No por mí, sino por un hombre que está muy por encima de mí. Se trata, joven, de combatir por una noble causa.

No me imaginaba siquiera aproximadamente cuál pudiera ser aquella noble causa, pero el aspecto de mi comensal me infundía inexplicablemente confianza, acaso como consecuencia de mi ardiente temperamento que me hacía propenso a tomar partido por los débiles y los oprimidos.

Sin embargo, esperaba que mi interlocutor explicase mejor de qué se trataba, porque, en el fondo, no me había dicho nada en concreto. Lo que había dicho era, no obstante, suficiente para despertar todos mis sentimientos aventureros.

¡Iba a ser capitán! ¡Iba a mandar una tripulación! ¡Quizá tendría que dirigir mi nave hacia alguna gran hazaña!

De pronto, miré los ojos de mi comensal y dije:

—Tendría un verdadero sentimiento si su proposición no tuviera por fin una noble causa.

—¡Nobilísima, señor! Por otra parte, está en su perfecto derecho pretendiendo una inmediata explicación, antes de aceptar el enganche que le ofrezco. Debo, pues, revelarle un secreto, y lo hago porque me fío de usted.

En aquellos lejanos años de entusiasmos juveniles, la prueba de confianza de un hombre vencía en el acto mi desconfianza. Tendí la mano a mi comensal.

—Acepto. Después me dirá de qué se trata.

Me apretó la mano fuertemente.

—Gracias. Tiene usted un corazón muy generoso y no tendrá de qué arrepentirse. Pero, entre tanto, dígame... —y bajó la voz.

—¿Qué?

—Observe aquellos dos hombres que beben y alborotan en aquella mesa del fondo... Pero no demuestre que los está mirando...

Me volví con precaución, fingiendo buscar con la vista al camarero. Observé dos personajes que parecían borrachos y que se cambiaban bromas groseras en inglés.

—¿Qué me dice?

—Me parecen en camino de coger una borrachera morrocotuda —respondí.

—No, jovencito, están en pleno trabajo de espionaje.

—¿Cómo?

—La verdad. Están observándome, y si no encuentro el modo de ponerlos fuera de combate, va a ser difícil que podamos llegar a la nave de la que usted va a ser capitán.

—¿Por qué?

—Porque estos dos fingidos borrachos han sido mandados aquí por aquel hombre que me seguía por la calle.

—¿Tienen algún interés en que no llegue al barco?

—Evidentemente. Tienen encargo de transmitir a la policía inglesa lo que haga en Bombay.

Me estremecí mientras una gran luz nacía en mi pensamiento. Volvió a mi memoria la imagen de mi Dulcinea, que la hosca institutriz inglesa me había raptado. Mi odio ilógico e infantil por Inglaterra estalló con la sugestión del comensal y... del vino bebido.

—He comprendido —dije con voz excitada, pero vamos—. Salgamos... la noche es hermosa y...

—¿Y...?

—Y sería una cosa magnífica hacer perder nuestras huellas a esos espías, para poder embarcar... Es indispensable que no sepan, en absoluto, en qué barco partimos.

El desconocido pareció concentrar sus ideas; después me miró fijamente y me dijo rápidamente:

—¿Tiene buenos puños?

—Bastante.

—¿Le gustaría regalar algunos puñetazos a esos innobles esbirros?

— ¡A fe que no! La cosa sería de mi gusto.

— Si, por ejemplo, yo me durmiese sobre uno de los bancos del paseo que conduce al puerto y viera tres personas que se acercaban... y me registraban los bolsillos, ¿qué haría?

— Le defendería sin dejar descansar mis puños.

— ¿Ha comprendido en qué trampa quiero cogerles?

— ¡Creo comprender!

— Déme unos papeles cualesquiera... fingiré examinarlos y metérmelos en el bolsillo... Haga algo para llamarles la atención.

Estos extraños preparativos de una empresa misteriosa y no exenta de peligro, me seducían de modo extraordinario. Saqué unos papeles y al alargárselos a mi comensal tropecé a propósito con la botella, que cayó al suelo y se hizo pedazos. Los dos fingidos borrachos se volvieron a mirar. Mi comensal retuvo los papeles que le entregaba y se puso a examinarlos atentamente; después los metió en el bolsillo. Los dos ebrios fingidos habían visto la maniobra.

Mi anfitrión pagó, bostezando como rendido de sueño, y me invitó a salir. Dimos algunos pasos por la calle.

— Separémonos. Me sentaré en aquel banco y me... quedaré dormido.

— Está bien. Ya sé lo que debo hacer.

Nos separamos.

Atravesé la avenida y me escondí tras una palmera.

Vi que los dos borrachos se habían unido al tercer personaje y que seguían a mi compañero. Los dejé marchar adelante y después seguí el mismo camino. Un individuo dormía sobre un banco y tres hombres se acercaban a él. Uno de los hombres se había sentado junto al fingido durmiente. Me precipité sobre el grupo mientras mi compañero aferraba a uno de los espías por el pecho y le abrumaba a puñetazos.

Con una rapidez de la cual era maestro, hice llover sobre la cabeza y el estomago de los otros dos una buena dosis de puñetazos...

Parecíamos dos locos. Golpeábamos con un entusiasmo maravilloso y no cesamos hasta que los tres espías cayeron al suelo casi desmayados.

— Y ahora, amigo mío, ya estamos seguros de que esos perillanes no nos perseguirán. Andando.

Volvimos a tomar el camino del puerto.

El desconocido se dirigió directamente a un hombre que le esperaba y murmuró resueltamente:

— Acompáñanos al barco. Nadie nos sigue.

El hombre me examinó, sin decir una palabra, y luego se puso en marcha.

Algunos minutos después embarcaba con mi enigmático compañero en una de aquellas embarcaciones malayas que se llaman «prahos».

Iba embriagado por el vino, por los puñetazos propinados y por el misterio.

¿Adónde nos conduciría aquella nave? ¿Entre qué gentes me encontraba? ¿Por qué me había dejado inducir con tanta facilidad a embarcarme para una aventura cuyo objeto no conocía? ¿Era un loco o un ingenuo?

Acaso lo uno y lo otro.

No había querido saber con precisión para qué me enrolaba. Era demasiado tarde

para reflexionar. Pero mi compañero se había apercibido de mi tardía vacilación: me hizo entrar en un camarote y me dijo:

—Mientras nos preparan la cena hablaremos un rato. Usted tiene un alma generosa y se ha fiado de mí, ha demostrado la fuerza de sus puños y su valentía; pues bien, escúcheme... Ya a defender la causa de un rajah desposeído.

—¿Por los ingleses?

Por el hombre aquél pasó como un relámpago de admiración y heroísmo, y exclamó:

—Le he consagrado mi vida. Ahora le diré quién es nuestro jefe... Nuestro jefe...

Y se puso a hablar con voz vibrante de emoción y cólera. Con ojos de admiración y la boca entreabierta, le escuchó apasionadamente.

Sandokán

Cuando una potencia europea quiere apoderarse de un territorio dominado por un, así llamado, soberano bárbaro, comienza por declarar que es de urgente necesidad civilizar aquel territorio.

Entonces, el fin es tan excelso y humanitario, que todos los medios empleados para conseguirlo son, de antemano, considerados legítimos y dignos de encomio.

Las potencias del antiguo continente, y en especial la vieja Inglaterra, son fértiles en argucias para justificar su deseo de expansión y de conquista. En el caso presente se trataba precisamente de Inglaterra, que quería «civilizar» el territorio dominado por el famoso rajah. Este territorio ocupaba buena parte de la zona que se extendía al pie de las montañas de una isla con pintorescos nombres: Isla de los Perfumes, Isla de los Volcanes, Isla de los Venenos: Borneo, en resumen.

El rajah reinaba pacíficamente en su tierra, activando un comercio próspero, entre el amor y la lealtad de sus súbditos. Pero esto no podía bastar a Inglaterra y Holanda, que se entendieron en seguida para el laudable fin de llevar el... progreso al territorio del rajah. Enviaron tropas coloniales para enseñar las buenas costumbres a los súbditos del bárbaro soberano.

El rajah se defendió encarnizadamente en tierra, pero tuvo que abandonar el dominio de la costa del mar índico. Sin embargo, no quiso capitular y se refugió, con sus partidarios, en la parte montañosa de la isla. Entonces fue declarado rebelde con todos sus partidarios. Pero el proscrito no era hombre que se dejase doblegar tan fácilmente. Se trasladó a un islote de Malasia y allí concentró un puñado de guerreros heroicos y terribles que habían de preparar la restauración. Así nacieron los «Tigres de Mompracén», fieros malayos que no temían ninguna clase de peligros e incansables combatientes, con los que tuvieron que habérselas Inglaterra y Holanda...

El rebelde preparaba su venganza con sus Tigres de Mompracén. Santa venganza, porque su territorio había sido invadido, sus parientes muertos, muchos de sus súbditos maltratados, y muchos de sus bienes arrebatados.

Terminadas estas explicaciones, mi incierto amigo concluyó:

—La causa de mi jefe es justa. La ha aceptado sin conocerla. Ahora que la conoce, le libraré de su compromiso, si no quiere afrontar los peligros que aquélla presenta.

Aquí las realidades de la vida se sobrepusieron a mis propósitos novelescos. Comencé a experimentar la necesidad de ver claro y reflexionar. Fue como una ducha fría sobre mi ardor bélico.

—Comprendo sus sentimientos —murmuré evitando la mirada de mi interlocutor— y los apruebo... Soy italiano y... ya comprenderá usted... toda causa noble y justa me conmueve... ¡Nosotros hemos sufrido tantos años el despotismo y la injusticia! Pero en este caso, comprenderá usted...

—Entendámonos —interrumpió sonriendo el noble amigo—. No trato de arrastrarle a una empresa desesperada. Caer en manos de los ingleses significa para nosotros la

muerte, porque cornos considerados como rebeldes, pero para usted el caso sería distinto. Es sencillamente, un marino italiano a quien hemos ofrecido el mando de un buque, sin que conozca nuestros proyectos, y le hemos contratado haciéndole creer que se trata de una simple empresa comercial: el engañado, la víctima, es usted... Y si cae en manos de los ingleses o de los holandeses, no tiene nada que temer.

Al llegar a este punto protesté.

—Si consiento en acompañarle lo hago porque gracias a Dios no me falta el valor, y esas seguridades que usted me da no me agradan de modo alguno. Es otra cosa... lo que me obliga a reflexionar; pero, en estas reflexiones, no entra para nada el miedo... En una palabra, ¿cuáles serán mis obligaciones en el barco que he de mandar?

—Se las dirá el rajah en persona. A él le gusta conocer siempre bien a los capitanes de sus naves... Ahora, por lo pronto, cenemos, que tiempo tendrá luego para reflexionar...

Levamos anclas y partimos.

Bombay, sumergida en una luz de nácar, se iba alejando.

Mis ojos contemplaban el espectáculo siempre nuevo de una ciudad que desaparece en el horizonte, como tragada por las olas; y, entre tanto, mi pensamiento se debatía entre el sueño y la realidad. No lograba coordinar bien los acontecimientos que me habían ocurrido la noche anterior y los confundía con los que se habían desarrollado y multiplicado durante mi sueño. Pero tenía la sensación de que, finalmente, comenzaba para mí aquella vida de aventuras que siempre había deseado, ahora volvía a mis oídos el recuerdo dulce de la voz maternal, que me repetía los hermosos relatos heroicos que habían inflamado mi mocedad; y en mi cerebro se condensaba poco a poco la formidable figura de mi abuelo, del valeroso aventurero que había combatido siempre por las causas justas y nobles.

¡También iba a hacer como él! Pero, ¿quién me daba derecho para ello? ¿Podía yo, ciudadano de un país libre e independiente, inmiscuirme en una lucha que no solamente no se relacionaba con mi patria, sino que, por el contrario, afectaba directamente los intereses de una nación amiga de Italia?

¡Ay de mí!, los razonamientos cada vez fueron menos lógicos y menos consistentes. ¿Cómo se va uno a contener y seguir la lógica fría de la razón, cuando se tienen veinte años y una imaginación demasiado romántica?

Lo que ahora voy a contar, parecerá invención más o menos ingeniosa de un escritor de fantasía. Yo mismo, hoy que han pasado tantos años, al evocar estos sucesos, me pregunto a veces si no habré tomado el sueño por realidad, si mi desatada pasión por las aventuras y mis fáciles entusiasmos no me habrán hecho ver y vivir episodios extraordinarios, forjados solamente por mi inquieta fantasía... No lo sé. Lo cierto es que, ahora, traslado aquí con perfecta fidelidad aquello que mi memoria me sugiere, e invito a los corteses lectores a juzgar por sí mismos de la posibilidad real de estos recuerdos míos.

Avistamos el islote de Mompracén, punto perdido en aquel inmenso archipiélago, sembrado de islas y de arrecifes, y desembarcamos.

¡Pero cuántas precauciones hubimos de tomar antes de alcanzar nuestra meta!

Teníamos que mantenernos a gran distancia de los buques ingleses y holandeses que

ejercían una activa vigilancia en aquella parte del océano Índico.

— En seguida iremos al refugio del rajah — me dijo mi guía, apenas desembarcamos.

Me proveyó de una carabina.

— ¿Está lejos de aquí? — pregunté haciendo una mueca.

Tenemos que caminar algunas horas: ha tenido que buscarse un sitio inaccesible, lejos de las miradas de los ingleses y de los holandeses, y del alcance de sus cañones — respondió mi guía.

— ¿Es seguro el camino?

— No podría garantizarlo. La cabeza del rajah rebelde y desposeído está puesta a buen precio, ya que los ingleses le consideran como pirata. Hay de vez en cuando miserables que, por avaricia de dinero, intentan dar algún golpe de mano, pero sus tentativas siempre fracasan.

Comprendí pronto de qué modo.

El abrupto sendero que conducía al refugio del jefe rebelde estaba jalonado por atentos centinelas, que salían de modo inesperado, de pequeñas cavernas, y daban el «¡quién vive!» y después desaparecerían a una señal de mi guía.

— Nadie que no sea conocido por los centinelas puede aproximarse al jefe. A la menor sospecha, aquéllos dan la voz de alarma que va pasando de uno a otro rápidamente, de modo que, en pocos instantes, la alarma llega a la gruta, mientras el primer centinela empeña una lucha con la persona sospechosa.

— ¿Inglaterra no bombardea con sus buques el refugio de su enemigo? — pregunté.

— Lo ha intentado, pero inútilmente.

— Sin embargo, el tiro de los cañones ingleses puede llegar hasta aquí...

— Sí, pero el jefe no duerme y ha encontrado el modo de hacer inútil el cañoneo enemigo. Pone falsos blancos. Con una habilidad sorprendente finge haberse refugiado en una gruta mientras se instala en otra. Los ingleses se han cansado de malgastar sus municiones. Un día el jefe les hizo una broma muy divertida. Se fingió muerto... sí, muerto por un cañonazo, ¡y ordenó sus funerales! Durante una semana el gobierno inglés creyó haber acabado con su enemigo mortal, pero luego... tuvo que convencerse de que el rajah estaba más vivo que nunca y siempre dispuesto a combatir.

Así charlando, llegamos a la gruta a donde se había refugiado el soberano de Borneo.

Los latidos de mi corazón se aceleraban.

¡Pronto me encontraría en presencia del hombre de quien se hablaba con tanta simpatía y tanto terror! No se tiene todos los días ocasión de conocer a un verdadero, a un auténtico rajah, desposeído y rebelde por añadidura.

El modo cómo me había visto envuelto en la peligrosa aventura, las palabras con que el guía había descrito al soberano, la impresión que me había producido las cosas vistas en el camino para llegar a la caverna, todo contribuía a excitar mi curiosidad y a hacerme pensar que me encontraba realmente en un momento decisivo de mi vida.

Entramos en una especie de vestíbulo, donde los nativos saludaron al guía pronunciando fuerte una palabra, cuyo significado no entendí.

— Sígame — dijo el guía.

Entramos en una espaciosa gruta.

El suelo y las paredes estaban revestidos de telas y tapices riquísimos. Mis ojos quedaron deslumbrados por los destellos de las estupendas armas que, suspendidas aquí y allá sobre damascos, adornaban las paredes.

Recibí una confusa impresión de todo, hasta que, inesperadamente, me encontré ante un hombre de arrogante aspecto, robusto y de formas hercúleas. Había salido de detrás de una cortina que el guía había levantado.

Dos ojos penetrantes y vivos se clavaron en mí.

El rebelde, que mis lectores habrán conocido en muchas novelas con el nombre de Sandokán, llevaba una amplia túnica de seda blanca, sujeta a la cintura por una faja de terciopelo rojo y oro, constelada de perlas de enorme valor.

Su leonina cabeza, adornada por una cabellera entrecana, estaba envuelta en un turbante de seda blanquísima sobremontado por un majestuoso penacho de plumas, también blancas, sujetas por un enorme brillante.

De su cintura pendían una cimitarra con vaina de oro engarzada de gemas, y dos relucientes pistolas.

Me saludó con verdadera majestuosidad, pero con gesto afable, al mismo tiempo, mientras sus luminosos ojos penetraban hasta el fondo de mi alma.

Eran los ojos de un concedor de hombres, y reflejaban audacia, genialidad y rapidez en las decisiones.

Hizo algunas preguntas sobre mi vida pasada. Sandokán hablaba en perfecto inglés, con vibrante y puro acento.

Después me miró silencioso. Sostuve aquella mirada hipnótica, en la que resplandecía todo el prestigio que el soberano ejercía sobre sus súbditos, y el examen debió serme favorable.

—Voy a confiarte el mando de uno de mis más rápidos prahos.

Me incliné, en señal de reconocimiento.

Sandokán continuó:

—Tendrás que realizar una misión difícil.

—Amo las misiones difíciles.

—Y, acaso, también peligrosa.

—Tanto mejor.

—¿Tienes miedo de los nombres? —Me preguntó Sandokán sonriendo.

—¿Cómo de los nombres? ¡No comprendo!

—Serás llamado «pirata»... probablemente.

—Ya lo había pensado.

—¿Y esa palabra no te horroriza?

—No, porque sé desde ahora que trabajaré por una causa justa.

—Te lo agradezco —dijo Sandokán—. Oye cuál va a ser la misión que te asigno. Armas no nos faltan, porque las fabricamos nosotros mismos; gracias a una rica mina de nitro de nuestra propiedad, tenemos pólvora en abundancia. Pero escaseamos de proyectiles. Poseer armas sin proyectiles es como poseer el plato pero carecer de víveres. No tenemos minas de metales y por eso tenemos que buscar el metal donde se encuentre.

»Nuestras minas son hoy las naves que ostentan bandera inglesa u holandesa, con las cuales estamos en guerra. Estas naves son presa legítima.

—¡Ciertamente!

—Queda así establecido que, en realidad, tú no harás de pirata. Se trata de dar caza a las naves enemigas. Lanzados al abordaje mis Tigres de Mompracén, capturarán los buques y se les despojará de todos sus metales, abandonando el resto.

»No somos salteadores; solamente queremos metal para fabricar proyectiles en defensa de nuestro derecho. Y es justo que tomemos a nuestros mortales enemigos los proyectiles para defendernos.

«Respetarás a todas las personas que vayan a bordo de las naves capturadas, no haciendo uso de las armas sino en caso extremo. Los Tigres de Mompracén no son asesinos: debemos ser generosos hasta con nuestros enemigos.

Las palabras de Sandokán vibraron en mi corazón como una apelación a la cual debía responder con entusiasmo. Pero no conseguí pronunciar una palabra.

Y Sandokán comprendió esta ingenua emoción en el resplandor de mis ojos; sonrió satisfecho y cambió con el guía algunas palabras en idioma indio.

Nos retiramos a otra gruta donde nos fue servida una discreta comida. Pero le hice poco honor: el entusiasmo que me invadía me había quitado el apetito.

Todavía creía ser presa de uno de mis sueños de muchacho...

XI

Noviciado de pirata

Le había caído simpático a Sandokán y al día siguiente del ingreso en aquel extraño e impresionante reino malayo conversó afablemente conmigo.

El Tigre de Malasia, como todos le llamaban, tenía las cualidades características de los grandes dirigentes: conocía a fondo el alma humana y sabía el modo de dominarla. Si el destino le hubiera hecho nacer en otro ambiente, el malayo hubiera sido un portentoso soberano y un extraordinario gobernante.

Sandokán habló de mi «noviciado de pirata».

—No debes asustarte del trabajo —me dijo con dulzura—. Comprenderás, a las primeras pruebas, que con un poco de astucia y de práctica que el oficio de pirata, no es difícil y esto gracias al «crédito de la firma».

Le miraba sin comprender el significado de estas palabras.

—Me explicaré, capitán —continuó Sandokán—. Te digo que gracias al «crédito de la firma» vuestras empresas serán fáciles. Naturalmente, no se puede hacer el pirata sin correr riesgo y sin poner en peligro la piel. Pero los Tigres de Mompracén han sabido crearse un renombre tan terrible, que, a su aparición, las gentes se apresuran a dejarse despojar con el mayor agrado... El lugarteniente que te asigno conoce al dedillo el oficio y espero que estarás contento con él; es uno de mis partidarios de más confianza y más leal.

Sandokán habló en seguida de varias cosas, dejando en mí una extraordinaria impresión.

¿Dónde estaban mis propósitos de prudencia? ¿Dónde mis titubeos? Todas aquellas intenciones las había dejado en el viaje de Bombay a Mompracén.

Desde los primeros momentos de mi viaje me di cuenta de que las palabras del soberano desposeído no habían sido dichas con ánimo de engañarme, ni para inducirme más fácilmente a empresas de piratería.

Las naves holandesas e inglesas se dejaban despojar de todo el metal que había a bordo, con la más extraña mansedumbre.

Apenas la tripulación enemiga conocía nuestras intenciones, se resignaba a su propio destino sin prolongar una discusión que hubiera sido inútil.

Este resultado se debía al terror que por todos los mares habían extendido los Tigres de Mompracén. El «crédito de la firma», como decía irónicamente Sandokán, servía magníficamente para evitar enojosas situaciones y el empleo de las armas.

A decir verdad, feroces rostros de los Tigres eran un buen factor de pronta victoria; infundían temor aun a distancia al hombre más valeroso. En aquellas caras talladas en bronce se marcaban los signos de la mayor crueldad. Pero como la orden era no verter sangre más que en caso de absoluta necesidad, los Tigres reprimían su impaciente deseo de lucha y de estrago y se portaban con las tripulaciones enemigas como resignados ejecutores de órdenes demasiado civilizadas; registraban, saqueaban, pero con mucha delicadeza; y alguna vez sonreían rechinando los dientes, como simios.

Los marinos ingleses sabían que cuando el destino los ponía sobre la ruta de los prahos de Mompracén era necesario aceptar de buen grado los azares del oficio.

Pero al terror se unía cierta admiración hacia estos hombres que no temblaban ante ningún peligro.

Pude comprobar bastantes veces que nuestros adversarios, después de dejarse expoliar de todo el metal que llevaban a bordo, ofrecían bebidas y cigarros a los rapiñadores, tanto, que a veces se creaba entre unos y otros hombres una especie de cordialidad...

Era el «crédito de la firma» el que obraba estos milagros. Y hasta hubo un marinero portugués, enrolado en una tripulación holandesa, que, después de un abordaje, se pasó a nuestro campo.

Cuando la operación de... requisita que había mandado estuvo terminada y dejamos en libertad a la nave enemiga, interrogué al portugués, quien tenía un nombre bonito y sugestivo: Campoamor.

— ¿Por qué abandonas tu tripulación? —le pregunté.

— Porque me gusta más hacer de pirata.

— Pero, amigo, nosotros no somos piratas en el sentido que tú crees. Nosotros atacamos las naves que son enemigas de nuestros amigos.

— Muy bien —respondió Campoamor—, pero lo hacen de un modo que me gusta.

— ¿Sabes que si los holandeses te atrapan te colgarán?

— Lo sé, pero para colgarme tienen que atraparme y en medio de los Tigres de Mompracén la cosa es imposible.

— ¿Por qué es imposible?

— Porque los Tigres no se dejan atrapar.

— ¿Entonces tú los crees invencibles?

— Son unos demonios.

Y Campoamor formó también parte de los Tigres.

La aureola de terror que circundaba estas empresas las hacía sumamente fáciles.

Así mi noviciado de pirata se desenvolvió sin ningún acontecimiento notable.

Hasta me parecía un poco aburrido actuar de pirata con tanta comodidad y anhelaba que ocurriese algún incidente que trajese mayor riesgo a nuestras empresas.

Cuando el lugarteniente me oía decir estas cosas sonreía de modo enigmático.

Mis lectores conocen ya a este hombre, a este valiente que Sandokán me había dado por lugarteniente.

Era el que en mis novelas he presentado bajo el nombre de Tremal-Naik.

Algún lector de mis libros, al leer aquí este nombre arqueará las cejas sorprendido: «¿Cómo? ¿Tremal-Naik no es un personaje imaginario?».

No, Tremal-Naik, como muchos héroes de mis novelas de aventuras, no es un ser imaginario... Mis historias son solamente en parte inventadas, pero en mucha parte también son inspiradas en la realidad.

Tremal-Naik era, verdaderamente, un hombre excepcional.

Vigoroso y arrogante, alto y con músculos de acero, este malayo ejecutaba con sencillez las acciones más sorprendentes. No he visto nunca un hombre más ágil que él

para trepar por un mástil, para asaltar el costado de una nave, o para dar caza a una fiera.

Las energías de este joven Tigre estaban alimentadas por un fuego inextinguible.

Poseía, además, un extraño predominio sobre sus Tigres. ¡A una señal suya se hubieran arrojado todos en medio de las llamas!

Tremal-Naik me había iniciado en el oficio de pirata con un ardor espontáneo. Sonreía cuando me lamentaba de la excesiva tranquilidad con que transcurría nuestra vida.

—No te impacientes —decía—. Cuando menos lo esperes surgirá lo que deseas...

»Hasta ahora hemos navegado viento en popa, pero no dudes que Inglaterra y Holanda nos dejarán mucho tiempo tan tranquilos y que aún tienen que darnos mucho que hacer.

—¿Prepararán alguna acción decisiva?

—Eso no cabe duda. Aparte de esto, nuestro praho tiene suerte, pero no creas que todos los otros prahos lo pasan tan tranquilo...

Efectivamente, unos días después, haciendo escala en Mompracén, para entregar nuestro botín de guerra, supimos que uno de nuestros prahos había sido hundido por un buque inglés, que una decena de Tigres habían sido hechos prisioneros y seguro que habían sido colgados.

La noticia hizo bullir la cólera en el alma de Sandokán.

Cuando el sultán perdía alguno de sus Tigres experimentaba un agudo dolor y crecía en él el odio contra Inglaterra y Holanda. Entonces daba orden de que se incrementara el número de asaltos a las naves enemigas.

En esta ocasión la cólera de Sandokán fue verdaderamente espantosa. Le vi en su refugio, con los cabellos erizados, los ojos llameantes, oprimir con mano convulsa su cimitarra, mientras paseaba excitado, como un león en la jaula.

De pronto se paró, clavando la mirada en Tremal-Naik y en mí.

—Querría vengarme de alguna manera de este descalabro —dijo con voz trémula de furor—. ¿Qué dices a esto?

—No hay más que un medio, Sandokán —respondió el amigo favorito del ex sultán.

—¿Cuál?

—En la primera ocasión, haremos prisioneros a un buen número de ingleses y holandeses.

—¿Para ahorcarlos?

—No, para guardarlos como rehenes permanentes. Si ahorcan a un Tigre, nosotros ahorcaremos a diez de ellos. Diez dientes por un diente.

—Lo apruebo, porque es demasiado feroz el dolor que esos perros me han hecho sufrir —murmuró Sandokán.

Luego, después de un momento de silencio:

—No tengo costumbre de ensañarme con los enemigos. Hasta ahora me he contentado en tomarles todo el metal que necesitaba, pero si ellos quieren que Sandokán se muestre verdaderamente como el Tigre de la Malasia, Sandokán se mostrará.

Pasado el primer ímpetu de ira, Sandokán sabía recuperar siempre su sangre fría, sin la cual le hubiera sido imposible preparar sus vastas empresas que requerían también un sereno criterio estratégico.

En cierta ocasión me preguntó qué pensaba de mis primeras armas de... pirata.

—El oficio —contesté— me parece fácil y tranquilo.

—En efecto... ya te lo había dicho, pero no te forjes ilusiones. Acaso desde este momento cambien las cosas de aspecto. Por las informaciones que he podido recoger, parece que los ingleses han resuelto acabar conmigo y capturarme vivo o muerto.

—¡Eso no ocurrirá nunca! —exclamó Tremal-Naik.

—Gracias por tu convicción, Tremal-Naik. También espero que esto no suceda, pero no debemos dormirnos. Es necesario aumentar nuestro botín de guerra.

Y volviéndose a mí, sonriendo:

—Espero de ti buenos resultados. Sé que también odias a Inglaterra.

—Es verdad.

—¿También has sido víctima de algún abuso?

No supe qué contestar.

Me pareció un poco inocente hablar al Tigre de Malasia de mi primer amor... y de la institutriz inglesa.

—Odio a todos los pueblos que con pretexto de llevar la civilización, cometen actos de despotismo contra poblaciones tranquilas —respondí con tono heroico.

Inútil es decir que mi singular experiencia en cuestiones de política fue muy apreciada por Sandokán.

Al día siguiente debíamos comenzar un nuevo crucero por los mares indios, con el animoso Tremal-Naik. Y, en efecto, en seguida tuvimos un abordaje cuyas consecuencias ejercieron tanta influencia en mi vida.

XII

La miss de la fusta

El praho navegaba por las aguas del mar de Java con buena velocidad y estaba al acecho de que cualquier suceso viniese a romper la monotonía del viaje.

Tremal-Naik estaba absorto en sus pensamientos. Su mente recorría quizás los tiempos de su infancia, transcurridos en la jungla negra, de la que sentía, de cuando en cuando, la nostalgia... La mayoría de Tigres cantaba las melancólicas y extrañas canciones malayas, para matar el aburrimiento que poco a poco les invadía.

Hacía, en efecto, varios días que la calma más completa hacía interminables las jornadas de a bordo.

Pero aquel día debía cesar la calma.

El vigía lanzó el clásico grito que siempre hace estremecer a los marineros:

— ¡Nave a la vista...!

Saltamos en pie. Las canciones malayas cesaron. Tremal-Naik salió de sus nostálgicos pensamientos.

Pronto apareció en el horizonte un hilo de humo que anunciaba un buque de vapor con rumbo hacia nosotros.

— Bandera holandesa — exclamó Tremal-Naik.

— ¡Es lo que queremos! — murmuré.

El amigo de Sandokán ordenó con voz enérgica:

— ¡Cada uno a su puesto de combate!

Los Tigres, con la agilidad que los distinguía, se lanzaron a los cabos, prontos a arrojarse, como un solo hombre, al abordaje.

En sus semblantes de cobre reluciente se leía el violento deseo de asalto; sus manos temblaban por la fiebre de sentir próxima la presa.

¡Venganza! ¡venganza! Los diez Tigres que Inglaterra había ejecutado les incitaban a emplear en el asalto el ímpetu de su extraordinaria ferocidad.

Si os dijera que, mi deseo de medirme con el peligro, no experimentaba en aquellos momentos ninguna emoción, mentiría como un negro. Pero supe contenerme. En tanto, Tremal-Naik, estimando oportuno refrenar el impulso furibundo de sus hombres, para evitar una masacre (yo acogí aquella orden con un suspiro de alivio), dijo:

— ¡Tigres de Mompracén, no quiero sangre!

— ¡Debemos vengar a nuestros diez hermanos! — respondió el más viejo de los malayos, implorando con los ojos el permiso para vengarse.

— Los vengaremos — dijo Tremal-Naik —, pero no hoy. Éstas son las órdenes de nuestro jefe: ¡No matéis!

Los Tigres estaban acostumbrados a obedecer. Sabían que Tremal-Naik no les permitiría trasgredir las órdenes de Sandokán. Temblando, prometieron limitarse a la presa del metal.

Navegábamos viento en popa y de este modo nos acercamos rápidamente a la nave enemiga.

Los Tigres tenían preparadas las canoas para botarlas al mar.

Cuando estuvimos a tiro de fusil, Tremal-Naik dio la señal del asalto.

Los Tigres se calaron al mar dejándose resbalar por los costados del praho.

En tanto, los que quedaron a bordo, botaban las canoas, dentro de las que saltaron los Tigres.

Nuestra maniobra infundió, en seguida, sospechas a la nave enemiga, la cual izó las señales preguntándonos quiénes éramos, de dónde veníamos y qué cosa estábamos haciendo.

Naturalmente, no respondimos a aquellas preguntas.

Pero era como si hubiéramos respondido, porque las canoas, rebosantes de Tigres, continuaban, bajo el empuje de los remeros, acercándose al buque.

Asistía a la acción desde el praho, mientras en tomo mío se preparaban los Tigres que quedaron a bordo, para una segunda oleada de asalto.

Pero, como casi siempre sucedía, tampoco esta vez fue necesaria la violencia.

La tripulación del buque holandés había comprendido: era preciso resignarse, para evitar un cuerpo a cuerpo con los Tigres.

Apenas éstos hubieron trepado, como ágiles simios, por los costados del vapor, se adelantó el capitán, convencido de que debía rendirse.

Por pura formalidad preguntó:

— ¿Qué significa esto?

Pero sabía perfectamente de qué se trataba.

Tremal-Naik contestó con irónica cortesía:

—Capitán, tengo el honor de anunciarte la visita del lugarteniente de Sandokán. Yo mismo, precisamente. Y le explicaré el motivo de mi visita. Pero entre tanto declaro este buque botín de guerra.

Seguía la escena con ansiedad, mirando ávidamente con los gemelos de alcance.

En seguida me di cuenta de que tripulación y pasaje eran presas de un temor indescriptible. Los Tigres, obligados por las órdenes de Tremal-Naik a refrenar sus impulsos de represalia, se vengaban lanzando al enemigo miradas espantosas y amenazándoles con sus cuchillos. Entre los pasajeros había muchas mujeres y una de ellas, al ver aquello, se desmayó.

El capitán se adelantó, con paso que no me pareció muy seguro. Sin duda, también él sufría el influjo de la leyenda que corría por los mares a cuenta de los Tigres de Mompracén.

Después supe que el capitán había preguntado:

— ¿Qué quiere de nosotros?

Tremal-Naik declaró fríamente:

—Que se consideren prisioneros, usted y sus pasajeros.

El capitán se puso lívido.

—Por algunas horas solamente —continuó Tremal-Naik—, hasta que haya cumplido enteramente mi grato deber de aligerar su buque de todo el metal que transporta. Terminada esta operación, el buque le será devuelto... Debo, no obstante, hacerle una observación muy importante: a la primera señal de rebelión por parte de la tripulación, los Tigres de Mompracén se lanzarán al asalto. ¿Me comprende?

El capitán calló. En aquel preciso momento una joven viajera se había puesto a su

lado.

Miró a Tremal-Naik con profundo desprecio, mientras una sonrisa de altanería aparecía en sus labios. Tremal-Naik, como me explicó después, quedó un momento perplejo, mirando a la bella pasajera. No pudo sustraerse a un sentimiento de admiración por aquella joven que, a diferencia de todas las demás personas de la nave asaltada, demostraba un descaro y una despreocupación valerosa.

Era un magnífico ejemplar de señorita anglosajona: alta, esbelta como un junco; de piel blanca, mórbida, aterciopelada como los pétalos de un lirio. Su blonda cabellera parecía un río de oro. Los ojos, profundamente expresivos, despedían relámpagos por debajo de los movilísimos arcos de las pestañas.

Tremal-Naik comprendió que en aquel momento corría el riesgo de desprestigiarse si mostraba perplejidad: con un esfuerzo desesperado concentró sus energías y ordenó a sus hombres que procedieran a la requisita de todo el metal.

—¡A la menor señal de rebelión —añadió—, no tengáis piedad de nadie!

Después Tremal-Naik volvió su mirada a la pasajera inglesa.

Ésta le interpeló bruscamente:

—¿A qué sube usted a este buque?

—A requisar el metal, miss —respondió *Tremal-Naik*.

—¿Qué es eso de requisar el metal? Querrá usted decir a saquear el metal. Pero es inútil discutir con los piratas de un buque de pasajeros... —dijo la muchacha.

—Éste es un barco enemigo: ¡es un legítimo botín de guerra!

La muchacha se echó a reír a carcajadas.

—¡Ja, ja! ¿Usted cree de veras que el forajido a quien usted sirve puede llamarse un jefe de Estado?

—Miss, él reinaba sobre un pueblo que era feliz en servirle y obedecerle —rebató ofendido Tremal-Naik.

—¿Un pueblo? ¡Bárbaros cortadores de cabezas, querrá usted decir!

—¡Y que ustedes, los ingleses, han tratado de exterminar para apoderarse de nuestras tierras!

De los ojos de la miss se desprendió una llamarada de violencia; toda su figura pareció retemblar de desprecio inmenso: no pudiendo dominarse, levantó rápidamente una fusta que tenía en la diestra, y azotó repetidamente la cara del malayo.

Desde el praho, vi aquel gesto loco y tuve un momento de terror. Tremal-Naik no era hombre para aguantar una afrenta semejante...

Pero, sin embargo, no ocurrió nada.

Tremal-Naik se pasó la mano por el rostro azotado y estalló en una risotada.

—Miss... he conocido en la jungla algunos tigres menos ágiles y rápidos que usted...

De todos modos, la felicito. ¿Viaja por recreo?

La muchacha, un poco confusa, murmuró:

—Voy a Borneo a buscar a mi tío... Pero, ¿qué le importa a usted?

—Querría rogarle, miss, que aceptase un puesto en nuestro praho... Un breve retraso en su llegada a Borneo no creo que le traiga ningún perjuicio... Deseo hacerle conocer a nuestros «cortadores de cabezas» más de cerca: deseo que pueda juzgar con más serenidad nuestra guerra contra los opresores. Usted, inglesa, volverá entre los suyos con ideas muy

distintas...

La miss interrumpió violentamente:

—¿Y si me negase a seguirle?

Tremal-Naik bajó la cabeza y no respondió. Pero su silencio fue elocuente para la muchacha, porque, golpeando el puente con sus piecitos, exclamó:

—En fin, ¿qué importa? Viajo para instruirme. Así tendré algo que contar a mi tío...

Y, de este modo, con el cargamento de metal, los Tigres transbordaron a bordo de nuestro praho una presa estupenda: miss Eva Stevenson.

XIII

¡Eva!

Durante todo el día la orgullosa muchacha estuvo encerrada en el camarote que le habíamos asignado.

A la hora de comer le hicimos saber que tenía libertad para venir a nuestra mesa.

Respondió al mensajero que no tenía apetito y que prefería subir más tarde al puente a fumar un cigarrillo.

—Es soberbia, pero es graciosa —dijo Tremal-Naik, y clavándome sus ojos maliciosos añadió con tono de ligera ironía—: Debías trabar conocimiento con ella. Sube luego al puente.

—¿Para qué?

El indio se encogió de hombros y pareció absorto en la meditación. Por fin murmuró tranquilamente:

—Cuanto más ásperas y orgullosas parecen las mujeres, más agradable es la tarea de domarlas. Tú eres joven, querido amigo. ¿Por qué no lo intentas? Ésta sería otra victoria sobre Inglaterra... Una victoria placentera... Te aconsejo que lo ensayes. Luego me dirás.

Acerca de lo primero protesté que Inglaterra me era perfectamente indiferente y que ciertos juegos sentimentales no me gustaban. Pero después..., cuando acabé de comer..., me levanté de la mesa y calladamente subí al puente. ¿Por qué? ¿Qué impulso me empujaba? ¡Quién sabe!

Era una noche paradisíaca y las constelaciones chispeaban en el cielo divinamente azul. En aquella suave claridad, la figura de la bella inglesa me aparecía como una imagen de ensueño.

—¿Es usted el capitán de este buque? —me preguntó de pronto, viniendo a mi encuentro y tendiéndome la mano.

—Sí, miss... —y estreché la manita de la inglesa con una gracia tímida, de la que no me hubiera creído capaz.

—Pero, ¿usted... no es de este país? —continuó después de encender un cigarrillo y aspirar largamente su oloroso humo.

—No, miss... soy italiano.

—¡Ah, italiano! —cambió repentinamente el tono de voz y me habló en mi lengua con graciosa sencillez—, ¡Conozco Italia! Estuve cuando niña, cuatro años en Fiesole... Y usted, ¿es florentino?

—No, soy veronés.

—No conozco Verona. ¿Es bonita como Florencia?

—No sé. Para nosotros, los italianos, todas nuestras ciudades son bellas... Pero cada una tiene recuerdos y características especiales...

Siguió un breve silencio.

—¿Y cómo es que se encuentra aquí... en medio de piratas malayos?

—Es una historia extraña... pero es inútil que se la cuente. Me encuentro aquí porque estoy enfermo de una tremenda enfermedad...

—¡Oh, se curará usted!

—La enfermedad de las aventuras...

—Sí, también yo amo las aventuras. *Yes*. De niña leí a Cooper... y después a Mayne-Reid... Oiga, señor: me va a hacer el favor de presentar mis excusas a ese malayo a quien azoté con la fusta. Reconozco que hice mal: fue una imprudencia. ¡Y además, quién sabe! Acaso la causa de estas gentes sea justa. Soy una muchacha impulsiva, impaciente, pero no soy mala.

—Estoy seguro de que el lugarteniente del rajah agradecerá sus excusas...

Seguimos hablando, en medio de aquella paz, de aquel silencio, mientras las aguas y el cielo cantaban su poema de amor.

A ruego de la miss, conté mi historia por entero; y me pareció que mis palabras deleitasen y conmoviesen a la bella oyente.

El final fue, que cuando cesé de hablar, ella acercó su cara a la mía, y con una voz sutil que nunca olvidaré aunque pasen mil años, me dijo:

—¡Qué contenta estaría si pasara algún tiempo con usted... para compartir aventuras y peligros!

—Miss, ¿y su tío?

—¡Mi tío... esperará!

La muchacha abandonó al viento perfumado del alba una fina risa argentina.

Y la aurora nos halló, sobre el puente del praho, pálidos y emocionados, pero con una imprevista alegría en el alma. ¡También salía el sol dentro de nosotros!

XIV

La selva de las acechanzas

Inglaterra y Holanda habían intensificado la lucha para vencer al incansable Tigre de la Malasia.

Después de un período intenso de correrías por el mar por parte de los prahos, a las órdenes de Sandokán, para proveerse del metal que necesitaba, fue forzoso disminuir los abordajes.

Algunos prahos habían sido hundidos en el océano índico, cañoneados por el enemigo: otros Tigres habían sido hechos prisioneros y ahorcados; muchas vigiladas playas de Mompracén estaban ahora demasiado por soldados ingleses y holandeses, para que no fuese posible atracar en ellas.

Los prahos se vieron obligados a mantenerse alejados; con frecuencia escaseaban los víveres y las tripulaciones llevaban una vida penosa. Sandokán tuvo que refugiarse en la cumbre de la montaña, en una caverna laberíntica, donde su estado mayor organizaba las guerrillas.

Algunos capitanes habían recibido órdenes de abandonar los prahos en bahías seguras y defendidas, y retirarse a los montes con las tripulaciones para cansar al adversario con una guerra de guerrillas.

Yo fui de éstos.

Y conmigo estaba miss Eva, mi dulcísima amiga.

Miss Eva...

Estas memorias no deberán salir a la luz pública hasta después de mi muerte y la muerte de aquella mujer que, después de mi retirada de la vida errante, escogí como afectuosa compañera de mi dolorosa existencia... No hay necesidad de que insista sobre esta necesidad... Todos comprenderán mi reserva.

Y si en las conversaciones privadas no hice nunca referencia a esta parte verdaderamente extraña y novelesca de mi vida, la razón es obvia: no quería que el eco de estos hechos llegase a mi familia, para no infligir un injusto dolor a la madre de mis hijos. Acaso mis libros que tuvieron fortuna, especialmente para mis editores, la hubieran tenido mayor si hubiera declarado en seguida que muchos argumentos desarrollados por mí en las novelas tenían una base de verdad en la vida por mí vivida.

¡Miss Eva!

¡Extraña y noble criatura! Mujer capaz de los mayores heroísmos, compañera de mis peligrosas aventuras, ánimo viril en un cuerpo de niña... Pronta a la venganza y a las generosas revanchas...

Sandokán había oído hablar de ella y quiso conocerla. Por otra parte, también era vivo el deseo de miss Eva de ver al Tigre de la Malasia, aquel hombre legendario de quien se hablaba con emocionante admiración en toda la India inglesa.

La conduje a la caverna de Sandokán.

Aquella jornada fue memorable para los Tigres de Mompracén, que habían

rechazado un asalto enemigo, y miss Eva había seguido la acción a mi lado, con un ardor que admiró a todos... Vestida con traje masculino, parecía un bellissimo Tigrecito: su magnífica cabellera iba sujeta y recogida por un gorrito con escarapela; de su costado pendía una pistola y sus ojos ardientes revelaban el entusiasmo por el peligro y por la lucha.

En presencia del temido Tigre de Malasia, miss Eva no desmintió su sangre fría. Confirmó con serenidad el episodio de la nave que habíamos asaltado y de los golpes que asestó en pleno rostro a Tremal-Naik.

—Le odiaba, señor —dijo ella—. Durante la travesía algunos pasajeros hablaban de usted como de un cruel cortacabezas: decían que no quería reconocer en modo alguno las ventajas de la civilización inglesa y que era necesario suprimirle a toda costa. Estaba imbuida del odio que todos sentían contra usted. Cuando el lugarteniente Tremal-Naik ordenó el asalto al buque que me llevaba donde mi tío, sentí la necesidad de rebelarme.

La tripulación se rindió cobardemente. El capitán temblaba. Los pasajeros se preparaban a abandonar todos sus bienes en las manos de los Tigres de Mompracén. ¡Yo sola hice frente a los expoliadores...!

Y aquí miss Eva esbozó una sonrisa elocuente.

—¡Pero también fui botín de guerra!

—Voluntaria —añadí yo.

—Comprendo —dijo Sandokán en tono malicioso—, os hicisteis presa mutuamente... Pero quien gana aquí soy yo —añadió haciendo una reverencia caballeresca—, porque he conquistado para mi causa al Tigre más gentil.

Sandokán regaló a miss Eva un rico collar de perlas y una carabina finamente adornada y añadió:

—Los tiempos son muy difíciles. Dos naciones, una de ellas poderosísima, han jurado mi fin. Pero me llamo Sandokán y mis Tigres me defenderán contra todo el mundo... el momento decisivo ha llegado: hay que retirarse a las cimas de los montes y atraer al enemigo a la selva. Es necesario preparar una emboscada: atraerle al país de las fiebres y las penalidades. ¡Si venzo, queridos amigos, mi fortuna está hecha?

Y Sandokán se despidió.

Al día siguiente partimos con Tremal-Naik al mando de trescientos Tigres, escasos de municiones, de víveres y de medicinas. Nos arrastramos con frecuencia por los montes, perseguidos por los soldados coloniales, ingleses y holandeses. La verdad es que, a veces, me preguntaba por qué me habría metido en aquellos riesgos, entre aquellas dificultades, y por qué no habría buscado un cauce más cómodo para mi sed de aventuras.

Por fin conseguimos el intento que nos habíamos propuesto y que se atenía a los planes de Sandokán; esto es, arrastrar al enemigo del otro lado de la divisoria hasta donde comenzaba la intrincada selva. Pero quedábamos reducidos a unos pocos: un centenar a lo más... y todos extenuados, lacerados y hambrientos... Pero nadie se quejaba. Los Tigres sufrían resignados por su jefe.

Habíamos conseguido, atraer al enemigo, según nuestros propósitos... Pero mientras la parte más numerosa de los seguidores de Sandokán, con Tremal-Naik como jefe, caía sobre los angloholandeses, un pequeño grupo de insurrectos, entre los que estábamos

nosotros, seguidos por una columna de enemigos, tuvimos que refugiarnos en los linderos de la selva.

¡Pobre miss Eva! Había hecho esfuerzos sobrehumanos demostrando un temple de excepcional vigor; pero cuando llegamos estaba reducida a un andrajo.

Nuestras reservas se habían agotado: no teníamos víveres. Los Tigres supervivientes debían reservar las últimas municiones para cazar animales.

El enemigo había cesado de perseguirnos, pero no nos quedaba otra salida que la selva, atravesada la cual volveríamos a encontrar la playa, donde, según lo convenido, nos esperaba un praho.

Pero atravesar la selva no podía decirse que fuera cosa fácil.

Los Tigres que nos servían de guía y que la habían atravesado otras veces, afirmaban que era muy peligrosa por los gases pestilenciales de sus pantanos y por las muchas fieras que la habitaban.

Pero no había otro camino que escoger.

El regreso, volviendo a subir la vertiente, era empresa imposible, y, por otra parte, era necesario a toda costa llegar al praho que nos esperaba.

Nos contamos. Todavía habíamos disminuido: una cincuentena y no más. Entre éstos estaban el portugués Campoamor, que no se había querido separar de nosotros, y el indio Mutri, agilísimo y valeroso Tigre que conocía la selva y que nos era leal.

Nos internamos decididos a afrontar cualquier peligro.

Mutri nos precedía, miss Eva y yo seguíamos sus pasos, detrás venían nuestros compañeros.

En aquella ocasión fue cuando asistí a un espectáculo verdaderamente espantoso, y del cual he hecho mención en algunas de mis novelas.

La noche era magnífica.

La luna proyectaba torrentes de luz casi azul, pintando el terreno descubierto con un cabrilleo que parecía de agua.

Un río mugía sordamente en lontananza y de esta parte llegaba hasta nosotros una fresca brisa que hacía oscilar las gigantescas hojas de las palmeras, de los cocoteros y de los plátanos silvestres.

El indio Mutri advirtió:

—Conviene seguir el río mientras podamos.

Siguiendo el ruido de las aguas llegamos al río. Un extraño conjunto de sonidos llegaba a nuestros oídos. Las fieras, bajo la luz lunar, habían abandonado sus guaridas y se entregaban a la caza.

Extraños rugidos sonaban siniestramente en la profundidad de la floresta y espantosos lamentos se propagaban bajo la bóveda del follaje: ladridos, silbidos estridentes, berridos angustiosos, se sucedían en fantástico concierto.

Miss Eva, en sus frecuentes sobresaltos, se apretaba contra mi costado. Mutri y los otros Tigres, habituados a aquellos rumores de la selva, no se preocupaban por ellos. Pero yo no estaba tranquilo; aquella música infernal me impresionaba siniestramente.

De improviso la atención de Mutri pareció abstraída por un hecho nuevo. Se había inclinado hacia el suelo escuchando.

Le interrogué.

— ¿Qué oyes, Mutri?

— ¿No oyes, sahib, un extraño ruido? — me dijo.

Me puse a escuchar.

— Sí; parece el fragor de una cascada.

— No — dijo el malayo —; deben ser gigantescos paquidermos que avanzan. En este caso, bueno será que adoptemos nuestras precauciones.

— ¿Cuáles?

— ¡Subimos a los árboles! Y no hay que perder tiempo.

En efecto, el extraño ruido se iba acercando.

Rapidísimamente, Mutri trepó por un árbol gomífero, y con una agilidad que hubiera envidiado un acróbata, se colgó por los pies a una nudosa rama, y cabeza abajo, extendió sus brazos.

— ¡Dame a miss Eva, sahib!

Yo la levanté y Mutri la tomó, tirando de ella con fuerza hacia arriba.

Al mismo tiempo, yo y todos los Tigres nos pusimos a buen seguro subiéndonos unos metros sobre las ramas de los árboles que se entrelazaban.

Entre tanto el fragor aumentaba rápidamente. Se oían chasquidos de ramas de árboles tronchados como al paso de un huracán destructor.

Mutri lanzó un grito.

— ¡Son búfalos salvajes! ¡Ay si se aperciben de nuestra presencia! Nos darían una carga tan furiosa que arrasarían de golpe toda esta vegetación... ¡Que nadie haga fuego...! Aquí están... ¡Sujetaos firme a las ramas!

Una treintena de búfalos avanzaban con furia infernal, abriéndose una trocha en la floresta a grandes golpes de las enormes cabezas armadas de astas que se curvaban hacia atrás.

En lontananza resonaban numerosos rugidos.

Parecía que un espantoso ciclón se abatiese sobre la selva.

Los pesadísimos animales, como otras tantas catapultas, tronchaban cuanto se les ponía por delante, dejando un gran surco detrás de su paso.

Pero aquélla era solamente la vanguardia.

El grueso formado por un centenar de hembras con una veintena de crías, desfiló, desembocando por grupos y siguiendo la gran trocha abierta por sus predecesores en las plantas gomíferas.

La manada había pasado. Descendimos.

Su paso había traído para nosotros la ventaja del gran camino abierto en la selva, que nos evitaba costear el río. Tranquilizados, porque el peligro había desaparecido, intentamos reposar algunas horas.

Pero otro peligro mayor aún que el anterior se preparaba.

Las noches en las selvas tropicales son terribles.

Entre sus brisas y sus hálitos calurosos, se mezclan sutiles venenos que se infiltran en la sangre del hombre.

Se creería que la selva quiere defender su virginidad. Que quiere conservar intacta su impenetrabilidad, y cuando el hombre, a hachazos, o por medio del incendio devastador,

se abre un hueco en su intrincada espesura, ella se venga haciendo penetrar en su cuerpo dormido el veneno sutil destilado por mil plantas maléficas.

La selva no ama al hombre que viene a sorprender sus profundos secretos. La selva odia la civilización y se opone a su penetración con las barreras de sus silencios y más todavía con los venenos que expande.

Al alba nos levantamos admirando el magnífico espectáculo de la aurora, alegrado por un concierto delicioso. Las fieras de los rugidos espantosos, saciadas con la buena caza nocturna, callaban y dejaban libre desahogo a la festiva algazara de las aves, que exhalaban de sus plumados pechos la inmensa alegría de vivir.

Mis Tigres salieron a buscar bayas y frutos silvestres. Mucho camino nos separaba todavía del mar y convenía pensar en vivir.

Mutri dijo:

—No hay que confiar mucho en la desaparición de los búfalos salvajes, porque algunas veces vuelven sobre sus pasos.

—¿Tú crees que vuelvan a deshacer su camino?

—Recuerdo que así ha ocurrido algunas veces.

Y añadió filosóficamente:

—Como nosotros, los hombres, los búfalos se proponen una meta, corren a ella, y luego, desilusionados, vuelven atrás. De todos modos, nosotros los oiremos acercar y tendremos tiempo para ponernos a salvo.

Los Tigres buscadores de bayas ofrecieron a miss Eva los frutos recogidos; ella agradeció el obsequio, pero no pudo llevar a la boca la pulposa fruta.

Se había puesto horriblemente pálida.

Una repentina inquietud se apoderó de mí.

—¿Te sientes mal, Eva?

Miss Eva movió la cabeza de modo negativo.

—No me dices la verdad, Eva. Tú estás enferma...

Miss Eva quiso alejar de mí toda duda.

—Sigamos la marcha —dijo con resolución—. No tengo nada... todavía estoy fuerte... Pronto llegaremos al mar y encontraremos el praho que nos habrá enviado Sandokán.

Reanudamos la marcha.

Pero el mar estaba lejos todavía. Un mal presentimiento me había asaltado. No hubiera podido precisar en qué sentido, pero tenía miedo. Un miedo que no había experimentado en mi vida.

La sepultura en la selva

—Eva, ¿te sientes mal? —le pregunté de nuevo, cogiéndole una mano.

Ella sonrió estoicamente y negó con la cabeza.

—Me ocultas el sufrimiento que te aflige —continué—. Tu pulso marcha al galope... acaso tienes fiebre...

—No, Emilio; será una indisposición pasajera —respondió la hermosa joven, intentando dar a su voz una entonación de seguridad—. Sigamos nuestro camino... Llegaremos al praho.

—¿Te sientes con fuerza para caminar?

—Sí... sí...

Pero las fuerzas no la ayudaban: vacilaba pálida y exhausta.

Entonces Mutri se ofreció a llevarla a hombros.

Ella aceptó.

Así marchamos algunas horas, siguiendo el rastro de los búfalos, pero, al llegar a cierto punto, éste se desviaba. Los búfalos habían tomado una dirección transversal a la que nosotros debíamos seguir para llegar al mar. Nos vimos obligados a seguir por en medio de la intrincada selva, y abrimos trocha a fuerza de machete. Avanzábamos con gran fatiga, no obstante el celo de los Tigres que querían, a toda costa, sacar a Eva de las asechanzas del bosque.

El sol llegaba a su ocaso.

Nos detuvimos en un pequeño claro con intento de pasar allí la noche. Se tomaron todas las precauciones para alejar el peligro de ataques por parte de las fieras. Los Tigres vivaquearon en círculo limitando el claro: a la menor señal de peligro habrían dado la alarma.

Comenzó el terrible coro de la selva. Las fieras volvían a su caza nocturna. Los aullidos ponían en mi ánimo una ansiedad que iba en aumento.

Miss Eva se había acostado junto a mí y me tenía estrechado entre sus brazos, procurando disipar el tormento que me asaltaba.

Sus carnes abrasaban y su respiración se había hecho anhelante y casi estentórea.

¡Caí en la mayor desesperación!

...No oía nada. Había cesado para mí el coro salvaje de la selva. No oía más que el respirar angustioso de la heroica criatura.

Este estertor parecía llenar con su terrible ritmo toda la floresta.

—¡No te mueras... no te mueras querida Eva! —exclamaba arrodillado junto a ella.

—No, no me muero... —balbuceaba—. No puedo morir, quiero volver a ver el alba desde nuestro praho... como aquella vez...

¡Y ni una medicina; nada!

Estaba condenado a asistir, impotente, a esta terrible agonía.

La fiebre iba aumentando... parecía devorar rápidamente a la linda criatura que se había sacrificado por mí.

—¡No te mueras! —gritaba yo—. ¡No te mueras!

Un sollozo a mi lado hirió mi oído. Era Campoamor que lloraba.

Sobrevino el delirio.

Frases incoherentes salían de la boca de la joven. Nombres para mí desconocidos, episodios lejanos o recientes y una frase que repetía con frecuencia: «¡El amor... siempre... y después, la alegría de morir!».

En el delirio pasaban por su mente, sumida en la inconsciencia, visiones de batallas y de asaltos.

Entretanto, yo le cubría la cara de besos.

¡Hubiera querido infundirle mi vida, transfundirle toda mi juventud para salvarla! ¡Oh! ¡Hubiera muerto en la floresta para que la buena y generosa criatura hubiera encontrado el camino de retorno a su casa y a las familias que la esperaban!

Las horas transcurrían entre un desgarrador martirio. El alba iluminó el cielo. Aquélla fue el alba más trágica de mi vida.

Los Tigres habían abandonado sus puestos de guardia y se arremolinaban en torno a la moribunda.

El coro alborozado de las aves había sucedido a los alaridos de las fieras. Miraba la adorable cara que cada vez se ponía más blanca y me parecía que una mano de hierro me oprimía el corazón.

De pronto su cuerpo fue sacudido por un estremecimiento, cerró los ojos y torció la boca; después, lentamente, se fue poniendo rígida. Caí a su lado como un cuerpo muerto, sin lanzar un grito.

Me pareció, y acaso fuese ilusión de mis sentidos, que hasta el coro loco de las aves callase. Una ola de emoción pareció atravesar la selva entera.

Me sumergí por largo tiempo en una tática plegaria.

Los Tigres habían cavado una profunda fosa: allí fue enterrada miss Eva, envuelta en todas las telas que poseíamos.

Aquella sepultura, bajo la bóveda espesa del follaje, tenía algo de solemne.

Mi pensamiento se serenaba poco a poco.

Pensaba que la gran alma de mi compañera había volado a una existencia más bella y luminosa: parecía oír salmos a lo lejos.

—¡Pronto me reuniré a ti! —murmuré.

Rellenaron la fosa y la cubrieron de flores silvestres.

En el corazón de la selva devoradora, hay ahora una tumba, sobre la cual algún atrevido explorador podrá leer todavía, grabada en la corteza de un árbol, esta sencilla inscripción:

EVA STEVENSON

Ruega por nosotros

La selva ha cobrado el cuerpo bellissimo de una mujer, pero no su alma.

El alma de miss Eva no está sepultada en la selva. Ella revolotea ahora en los mundos

de la eterna bondad.

...Reanudamos el camino en silencio.

Ninguno de nosotros osaba hablar. Ninguno de nosotros temía ya las insidias de la selva.

Caminábamos como sonámbulos...

Después de tres días de marcha, un rumor nos sacó de nuestro ensimismamiento.

Era el tronar de los cañones.

¿Qué había ocurrido?

¿Nos habían rodeado los enemigos?

El estruendo de los cañonazos venía de la playa, donde debía esperarnos el praho.

Mutri escuchó.

— Sahib... alguien avanza por la selva — dijo.

Todos escuchamos.

— Sí. Alguien se abre camino por la selva — repitió.

— ¿Serán nuestros enemigos?

— No lo creo. De todos modos, les haremos pagar cara nuestra piel.

El ruido se acercaba cada vez más.

El secreto de Campoamor

Suspendimos la marcha y nos pusimos a escuchar atentamente. Los repetidos hachazos decían que no nos habíamos equivocado. Algunos hombres avanzaban oblicuamente hacia nuestra dirección.

De pronto cesó todo ruido. ¿Qué ocurría?

—También ellos han advertido nuestra presencia —dijo Mutri— y esperan.

Levantó su hacha y la dejó caer tres veces sobre el tronco de un árbol. Después se detuvo un instante. En seguida repitió la misma maniobra. Otra pausa y después repitió cinco golpes.

Poco después, igual número de hachazos se dejaron oír a manera de respuesta.

—¡Son de los nuestros! —gritó Mutri.

—¿Por qué lo supones? —pregunté.

—No lo presumo —respondió Mutri—. Es la contraseña convenida con los nuestros, en el caso de buscarnos en la selva.

—Ahora lo recuerdo. Lo había olvidado.

Mutri se puso entonces a gritar desaforadamente una palabra malaya, a la cual respondieron los amigos.

El semblante de Mutri se desencajó.

—Nos dan una mala noticia, comandante. ¡Sandokán y nosotros estamos rodeados!

Poco después, diez Tigres aparecieron de lo más intrincado de la espesura, desgarrados y ensangrentados.

Hacía dos días que vagaban por la selva buscando nuestro rastro. Los había enviado Sandokán con un mensaje.

Lo leí. El escrito decía aproximadamente así:

«El enemigo nos tiene cercados. Pero por la parte de la isla a donde vosotros os dirigís, su línea es muy débil. Tremal-Naik la ha cortado y ha salido al mar en un praho, donde os espera siguiendo mis órdenes, en una zona fuera de peligro a... (aquí los grados de longitud y latitud). Confío en que vosotros también podáis llegar de cualquier modo a la playa, donde vuestro praho os está esperando. Tremal-Naik está encargado de proveer de víveres a mi ejército... Te prevengo que las escuadras inglesa y holandesa aliadas bloquean todas las salidas al mar. ¡Valor y suerte! Sandokán.»

—¡Valor y suerte! —exclamé—. El valor lo tengo... la suerte, sería el ir a reunirme con Eva.

Reforzados con los diez Tigres, proseguimos la marcha, y al empezar la tarde salimos de la selva...

Mandé diez hombres como vanguardia. Los disparos de arma de fuego, que casi en seguida se hicieron oír, nos avisaron que los nuestros habían tomado contacto con el

enemigo y que éstos debían estar escalonados desde el lindero de la selva hasta el mar.

—¡Adelante! —grité—. ¡Es necesario atravesar la línea inglesa! ¡Adelante!

Los Tigres no tenían necesidad de excitaciones. Un furor leonino los invadía. Anhelaban el momento de poder cortar alguna cabeza enemiga. Mutri, Campoamor y yo nos pusimos al frente y, seguidos por los Tigres que lanzaban horribles gritos que exasperaban su furor y aumentaban el miedo en los enemigos, nos lanzamos a la carrera en medio de las filas adversarias. Fue una carga atrevida que impresionó al enemigo, el cual sentía aún el escozor de la derrota que le había infligido Tremal-Naik.

Aunque me esfuerzo ahora en reconstruir el conjunto de aquella inverosímil aventura, no consigo recordar sino una confusa mezcolanza de horrores y de alaridos... veo espantosas luchas cuerpo a cuerpo... veo a mis Tigres blandir sus kris malayos, armas terribles de hoja flameada; veo cabezas de soldados coloniales caer en el polvo con un golpe sordo, veo el terreno enrojecido por la sangre...

Los enemigos habían atacado al principio con coraje. Nuestro número era exiguo y ellos esperaban haber dado cuenta de nosotros en un momento. Pero cuando vieron las cabezas de algunos de sus jefes rodar por el polvo, fueron invadidos de loco terror. Ante sus ojos, los Tigres debían ciertamente multiplicarse como negros demonios... El enemigo emprendió la fuga, dejándonos el camino libre hasta el mar...

—¡Victoria! —gritó Mutri.

—¡Perros! —gritó Campoamor, apoyándose con dificultad en el brazo de Mutri. Había sido herido de un balazo y no podía sostenerse en pie.

Mutri, que era fuerte como un búfalo, lo levantó y se lo echó a la espalda.

Corrimos a la bahía donde estaba anclado el praho, viendo todavía, según nos aproximábamos, que huían algunos soldados que lo ocupaban. La derrota de sus compañeros los había aterrorizado...

Subimos al praho.

Mientras Mutri metía en un camarote a Campoamor inspeccioné con rapidez la nave para asegurarme de que no había ninguna sorpresa ni habían dejado los ocupantes alguna mecha encendida.

—¡A la mar! ¡A la mar! —gritaban los Tigres, ebrios por la reciente victoria y asaltando los víveres que el enemigo había abandonado en el buque.

El praho levó anclas.

—Intentamos un imposible —dije, señalando con la mano al horizonte.

En efecto, en lontananza se perfilaban los barcos de guerra ingleses y holandeses, que nos esperaban a la salida, para hacernos pagar cara nuestra victoria en tierra.

—Pues hay que intentar lo imposible —dijo Mutri—, Por otra parte, no tenemos otra opción. Y el tiempo que hacía era un buen presagio.

En efecto, del sudeste soplabla un viento fresco que embistiendo en plena popa a nuestro praho, le hizo correr como una golondrina hacia la locura. Porque se necesitaba realmente estar loco para lanzarse así en medio de dos flotas enemigas, en una absurda tentativa para alcanzar el mar libre.

«Pronto iremos a pique —pensaba—. Me uniré así a la que me espera... El destino no ha querido que muriese en tierra; quiere que muera en el mar... ¡Hágase la voluntad del destino!

Y esperaba la muerte, invocándola.»

La noche caía repentinamente, porque estábamos próximos a la zona tropical, donde el día y la noche alternan sin tregua de crepúsculos. Pero las dos flotas pusieron en acción sus reflectores escudriñando en las tinieblas la miserable cáscara de nuez que nos transportaba.

De una nave inglesa partió un cañonazo.

Fue la señal del inicio de un furioso bombardeo. Los proyectiles caían como granizo en torno del praho, sin tocarle ni rozarle siquiera.

Parecía que su misma debilidad le protegiese.

Lo imposible se realizaba. El praho pasó velozmente entre los dos fuegos enemigos. Estaba aturdido de estupor. La absurda tentativa se realizaba en medio de nuevos gritos de victoria de los Tigres.

¡Estábamos en alta mar!

Y a salvo. El mar no había atendido mis votos.

Sentí que me tocaban el brazo: era Mutri.

—Campoamor se muere —me dijo—. ¡Vamos a consolarlo!

Bajamos al camarote. El moribundo me miró con lánguida mirada llena de inefable tristeza. Me tomó una mano... Una frase débil como un suspiro salió de los labios.

—¡Me uniré el primero a Eva!

No habló más. Se moría.

Volvimos al puente.

—¡Pobre Campoamor! —murmuró Mutri—. Ha querido revelarme un secreto, que tú no has comprendido.

—¿Un secreto?

—Sí, ahora te lo puedo decir.

Una repentina luz brilló en mi cerebro.

—¿Se había enamorado de miss Eva? —pregunté. Mutri inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—¿Te lo ha dicho?

—Sí. Estaba desesperado. Parecía loco y quería confesártelo todo para que le castigases.

—¿Castigarle?

—El pobre muchacho se consideraba culpable aunque no hubiese manifestado su secreto, ni siquiera a miss Eva.

—¡Pobre Campoamor!

Le sepultamos en el mar. Cuando desapareció en los abismos del océano, se me hizo un nudo en la garganta: me pareció que junto con él desaparecía alguna cosa del recuerdo de Eva.

El praho continuaba navegando, empujado por un viento favorable. Nos acercábamos a la situación geográfica señalada en la carta de Sandokán; en aquella zona debía encontrarse el praho que llevaba a bordo a Tremal-Naik, el valiente lugarteniente, al que las alternativas de la guerra le habían separado de nosotros.

Amanecía.

Mutri y yo nos habíamos dormido en el puente en un ligero sueño.

El vigía nos despertó:

—¡Nave a la vista!

Nos pusimos en pie de un salto y apuntamos con el anteojo.

—¡Es el praho de Tremal-Naik! —exclamó Mutri.

La bandera de señales estaba izada.

Poco después Tremal-Naik abordaba nuestro praho.

Hacia algún tiempo que no nos veíamos. Nos abrazamos.

Tremal-Naik había cambiado poco de aspecto. Seguía conservando su indómita energía.

En pocas palabras nos comunicamos cuanto nos había ocurrido.

El malayo se encerró en profundo silencio cuando le conté la muerte de Eva. Después dijo:

—¡La muerte de la adorada niña es un siniestro presagio para nosotros! ¡Descanse en paz en la eternidad! —y continuó—. La situación de Sandokán es muy difícil... Ha sido arrojado de todos sus refugios en la isla, empujado cada vez más hacia la montaña... Sus tropas carecen de víveres y municiones. Si nosotros no acudimos en su ayuda, se verá perdido. El cerco que le rodea va estrechándose cada vez más y los ingleses y holandeses darán pronto cuenta de él... ¿Qué podemos hacer?

—Proporcionarle víveres —respondió Mutri.

—Pero, ¿cómo llevárselos? —preguntó Tremal-Naik.

—Eludir la vigilancia del mar, desembarcar y avanzar por la montaña, dando una nueva batalla —propuse.

Tremal-Naik lo aprobó. Se combinó una acción común por el mar, en caso de que cualquier buque enemigo apareciese a la vista.

Tremal-Naik regresó a su praho.

Durante algunos días llevamos una vida activa a bordo. Los dos prahos no se perdían nunca de vista.

Por fin el vigía anunció una nave.

Era inglesa. Me puse en comunicación por medio de señales con Tremal-Naik y nos preparamos para la empresa.

También esta vez ordenó el abordaje con intención de saquear no solamente el metal sino también los víveres. Confieso que tuve que sostener una lucha interior. Pero la lógica de la situación me convenció. Los enemigos procuraban a toda costa sitiarnos por la falta de alimentos; ¿no era justo que nosotros nos proveyésemos de víveres a sus expensas?

El ataque a la nave inglesa tuvo éxito con facilidad, como siempre. No tuvimos que vencer ninguna resistencia. Nos llevamos los metales y los víveres, pero dejamos a la tripulación y al pasaje en condiciones de no pasar hambre, dejándoles la cantidad de vituallas necesaria para llegar al puerto más cercano. Cumpliendo mi orden no fueron tocadas las joyas ni el dinero. El botín se cargó en los dos prahos y pusimos rumbo a la isla de Mompracén.

La atención de los aliados se dirigía principalmente hacia aquella zona de la isla, último refugio de Sandokán.

La parte norte, en cambio, estaba completamente descuidada, porque el desembarco, debido a las malas condiciones del mar, era difícil.

Hicimos escala, con grandes precauciones, en aquel punto que era el indicado por Sandokán como lugar de encuentro si hubiera conseguido descender de la montaña para internarse en la selva.

—Pero, ¿cómo podremos saber si su plan tuvo éxito? —le pregunté a Tremal-Naik.

—Sandokán —contestó—, si consigue penetrar en la selva, ya encontrará medio de hacérselo saber. Nosotros debemos esperar aquí hasta que venga algún correo suyo.

—¿Y si no viene?

—Si no viene es señal de que Sandokán no ha conseguido su propósito y está todavía cercado en la montaña. En este caso no nos queda nada que hacer sino intentar una empresa difícil, por no decir desesperada: llevar los prahos al sur, intentar el desembarco, cortar otra vez la línea enemiga y subir de nuevo a la montaña.

Por fortuna, no tuvimos que recurrir a este último proyecto, de ejecución casi imposible. Al día siguiente, un centenar de Tigres aparecieron en la bahía trayendo la noticia de que Sandokán había penetrado en la selva.

El jefe de la centuria llevaba también una carta para Tremal-Naik y para mí, donde nos ordenaba entregar los víveres a los Tigres; que uno de los prahos esperase la llegada de un nuevo capitán, ya reclutado, y que yo y Tremal-Naik volviésemos a partir con el otro praho, a la requisa de más provisiones.

Sandokán terminaba su carta diciendo que él no se rendía a los invasores y que si osaban venir a buscarle a la selva, los recibiría como se merecían.

Seguimos las órdenes de Sandokán. Esperamos la llegada del nuevo capitán, al que entregamos uno de los prahos, dándole por lugarteniente al bravo Mutri.

Tremal-Naik y yo volvimos a partir con el otro barco hacia nuevas aventuras.

La partida no fue festiva.

El recuerdo de Eva me angustiaba; y me sentía un poco cansado de aquella vida errabunda y peligrosa; el deseo de volver a ver mi Italia y la familia se apoderaba poco a poco de mi corazón... Sin embargo, no quería abandonar a Sandokán. Tenía la esperanza en un desquite, en una restauración de su reino, en cuyo caso me habría asegurado un porvenir.

¿Quién sabe...?

Con un hombre semejante, no se podía nunca decir que una partida, por desesperada que fuese, estaba perdida.

Me hice fuerte y deseché estos tristes pensamientos.

XVII

El naufragio

En mi vida marinera numerosas veces las borrascas pusieron en peligro los barcos a mi mando y mi propia existencia: pero quiero recordar aquí una sola, porque de ella dependió mi destino en lo sucesivo, además de que fue espantosa.

Hoy, pensando en ella, me maravillo de haber salvado de aquel cataclismo la razón y la vida.

Con el leal y valeroso Tremal-Naik recorrí el archipiélago malayo en afanosa caza de víveres para las gentes de Sandokán, a las que el bloqueo enemigo conducía al hambre.

La vida de los valerosos Tigres, defensores de los soberanos derechos de Sandokán, estaba confiada a nuestro praho, al que hasta ahora había acompañado el éxito, consiguiendo, gracias a no sé qué suerte especial, escapar a los cañones enemigos.

Navegábamos, aquella tarde, por un mar amenazador y bajo un cielo que no presagiaba nada bueno para nuestro crucero.

Un malestar extraño me invadía aquel día. No era un malestar físico, aunque ya se incubasen en mí los gérmenes de la fiebre; era más bien un malestar moral del que no descubría el motivo. ¿Sería acaso que me cansaba de aquella vida de continuo peligro? No. El afán de los viajes y de las aventuras no se debilitaba en mí. Era más bien una extraña sensación de remordimiento por lo que estaba haciendo. Defendía de buena fe una causa que consideraba y considero aún como justa y sagrada; los míos no eran actos de piratería, sino sencillas operaciones de guerra contra el enemigo; sin embargo, hubiera preferido dedicar mis fuerzas, mis actividades y mi valor en empresas distintas. Y después, como ya he escrito antes, la nostalgia de la patria se había apoderado de mí... Transmití mis dudas a Tremal-Naik.

El malayo no me comprendía.

—¿Estás cansado de esta vida? Verdaderamente es fatigosa —me dijo distraídamente.

—No estoy cansado... Pero es que me parece que este continuo saqueo de naves...

—¿Saqueo? Pero, si debemos comer y si nuestros enemigos nos asedian, ¿no es justo que les tomemos el alimento para no morir?

—Justísimo... Pero..., en fin...

—¿Qué crees? Si los ingleses o los holandeses nos echaran mano, a las pocas horas estaríamos colgados...

—¡Indudablemente!

—Entonces quiere decirse que nosotros somos más generosos con ellos, porque no les ahorcamos —contestó Tremal-Naik.

La conversación quedó interrumpida. Algo tremendo se estaba gestando sobre nuestras cabezas.

Nubes gigantescas cubrían casi por entero la bóveda celeste mientras la noche llegaba con rapidez.

De una calma insidiosa, el viento surgió repentinamente, alcanzando una violencia extrema, removiéndolo el mar hasta los últimos límites del horizonte.

Enormes olas coronadas de espuma se formaban con una violencia fantasmagórica... Me parecía asistir a una batalla de gigantes.

La tripulación, al principio indiferente, por su costumbre de presenciar tempestades marinas, comenzó a intranquilizarse: el espectáculo, verdaderamente terrible, era para infundir espanto en los seres más fuertes.

Tremal-Naik también había perdido su calma habitual. El progreso espantoso de la borrasca atemorizaba: se hubiera dicho que a nuestro alrededor se acercaban los castigos más pavorosos.

Ensordecidos estallidos de truenos rodaban por un cielo negro: los relámpagos iluminaban con su luz lívida los caballones que parecían entrecuchar en un combate furioso. El pobre praho, a veces levantado a una altura vertiginosa, volvía a caer de improviso en el fondo de un abismo. Parecía que el universo entero se hubiese desquiciado y que todos los elementos dinámicos de la tierra se hubieran dado cita en aquel punto para aniquilar el orgullo del hombre.

También el viento de la locura debía pasar por en medio de los bravos Tigres. Como presas de furia repentina, se estremecían gritando. Se golpeaban entre ellos, acusándose unos a otros de haber provocado el cataclismo. Nunca habían presenciado un fenómeno semejante... Y pensaban en cualquier misteriosa intervención de los dioses malignos.

Tremal-Naik había conjurado a sus Tigres a no mostrarse cobardes, pero él mismo no conservaba su sangre fría.

—¡El praho se deshace! —gritaba.

—Todavía no —respondí—. ¡De todos modos lucharemos!

Frente a aquella espantosa borrasca me sentía relativamente sereno.

Me había precipitado velozmente a la rueda del timón para hacer un milagro: mantener en equilibrio el mísero casco y cortar con la proa el mar salvaje. Pero era una empresa difícil.

Era inútil la lucha. No había más salvación que entregarse al destino. Recé. La costa no estaba lejana, pero, no obstante, era imposible alcanzarla. De pronto un rayo partió el palo mayor haciéndole caer al mar.

El praho bailaba sobre la cresta de las olas locamente. Con un poderoso golpe de timón intenté apuntar a la costa, cuando una violenta oleada arrastró al mar algunos Tigres, golpeando contra el costado como un ariete espantoso.

En el costado se había abierto un boquete y por él, con gran estruendo, entraba en la bodega un torrente de agua.

—¡Tremal-Naik —grité—, ordena que los hombres tapen la brecha!

Al oír mi orden pareció que, por un momento, una sensación de calma enérgica se propagase por la tripulación. Muchos Tigres luchaban con esfuerzos inauditos contra la irrupción de las olas.

¡Pero todo esfuerzo resultó vano!

Entonces me asaltó un irrefrenable deseo de llorar.

Era el llanto de la desesperación. Todo se había perdido. Dentro de pocos instantes nos habríamos hundido en los abismos del océano.

Tremal-Naik corrió hacia mí.

—Capitán, la brecha no se puede tapar. La costa está próxima; pero, ¿cómo vamos a poder llegar con todos los hombres?

—Ésa es mi angustia, Tremal-Naik —respondí sollozando.

—¿Qué podemos hacer?

—¡Echar al mar la chalupa!

—Capitán —continuó Tremal-Naik—. ¡Eso será desencadenar una matanza a bordo...!

En efecto, los Tigres habían salido de la bodega y se precipitaron salvajemente sobre cubierta. Todos sus instintos feroces se despertaron bajo la acción del terror que infundía la infernal tormenta. Una furiosa pelea se empeñó entre ellos por la posesión de la chalupa.

Tremal-Naik, con sus hombres más leales, intentó, desenvainando el kriss, detener aquella lucha feroz. Pero fue inútil. Entonces grité:

—¡Sálvese el que pueda!

Tremal-Naik y yo nos arrojamos ciegamente el agua mientras la lucha por la conquista de la chalupa se desarrollaba con mayor ferocidad entre los Tigres. El praho se inclinaba tres cuartos y las olas se abatían más furiosas sobre el mísero leño.

El espectáculo era verdaderamente trágico y su horror no se me ha borrado todavía.

Los Tigres más valientes se lanzaban al agua, pero muchos desaparecían bajo las olas. Otros fueron aplastados contra el costado de la nave, mientras que los que quedaban a bordo se disputaban, en el coronamiento del puente, los pedazos de madera, los barriles y otros restos, a golpes de kriss...

Nosotros, con el corazón traspasado de dolor, veíamos impotentes aquel espectáculo de horror.

Entre tanto, el praho había comenzado a agonizar: en pocos instantes las olas llegaron a bordo, y poco a poco se fue a pique llevándose detrás unos sesenta hombres...

¿Qué nos quedaba hacer? Ponemos a salvo, ya que nos veíamos ante lo inevitable. Dirigimos un triste recuerdo a las víctimas que el océano se había tragado... y embarcamos en la chalupa que flotaba sobre las olas en unión de algunos Tigres, de los que por una misteriosa selección del destino, eran también los más valerosos y los más leales... Éstos se pusieron a remar vigorosamente, y después de una noche interminable, alcanzamos la costa.

¡Estábamos salvados! ¡Pero, a qué precio...! Casi toda la tripulación se había perdido: el fracaso de nuestra empresa era completo.

—El destino ha querido que nos salvemos —dijo de pronto Tremal-Naik—. ¡Es señal de que el destino espera todavía algo de nosotros!

Pero esta confianza no bastó para reanimarme. Presentía que se aproximaba el fin de aquella vida de salteador.

El cielo se había serenado, el océano había vuelto a la calma. Pero otra gran tempestad se desencadenaba en mi interior. Y de improviso, mi espíritu se volvió como por natural impulso a la patria, a la familia y, especialmente, a mi madre.

Me pareció que una mano se posaba suavemente sobre mi frente y que una dulce voz

me decía:

—Emilio... ¿por qué me has abandonado?

Aquella mano, con su dulce presión, me invitaba a arrodillarme.

Lo hice, y doblé la cabeza. Recé. No sé cuánto duró mi plegaria. Cuando levanté la cabeza encontré la severa mirada de Tremal-Naik.

—Volvamos a la selva —dijo con voz sombría—. Tenemos necesidad de procurarnos algún alimento.

Nos dirigimos hacia ella.

Sólo entonces observé que los Tigres habían podido salvar con ellos sus armas.

XVIII

El «Bagh»

Tremal-Naik se ocupó en el acto de extraer de una magnífica palma llamada «santor», un exquisito zumo azucarado: practicando una pequeña incisión en la corteza, el zumo mana lentamente. Nos acercamos uno a uno a la benéfica fuente restauradora. El jugo del santor contiene elementos contra la sed y que, al mismo tiempo, reponen las energías vitales.

Me sentí en seguida bastante mejor física y moralmente.

Avanzamos por la selva, alimentándonos de bayas y frutas, que se hallaban en abundancia.

Caminamos así todo el día; pero cuando llegó la noche, una visible inquietud apareció en los semblantes de aquellos compañeros de desventura. Pregunté el motivo a Tremal-Naik.

—En estos parajes —respondió el malayo— abundan los tigres y son especialmente peligrosos por la noche... Ésa es la causa de que mis Tigres comiencen a inquietarse. Ellos saben que las fieras hambrientas no nos darán tregua esta noche.

—Me parece exagerada esa inquietud —observé.

—¿Cómo exagerada?

—Montando una buena guardia y adoptando nuestras precauciones, el peligro que podamos correr no me parece grave.

—Acaso tengas razón. Lo que ocurre es que, en cuanto llega la noche, nosotros experimentamos temores que son fruto de nuestra superstición...

—De todos modos, encenderemos un buen fuego -dije- montaremos la guardia por turno y al menor asomo de peligro estaremos todos dispuestos a recibir como se merece la visita de las señoras fieras...

Cuando acampamos, estábamos cansados y exhaustos.

Ordené que se encendiese una gran hoguera.

El Tigre Ketj fue el primero en montar la guardia.

Entrada la noche un maharajato que había relevado al buen Ketj, se precipitó hacia nosotros, gritando con voz emocionada:

—¡Sahib! ¡Tremal-Naik!

Nos despertamos sobresaltados.

—¡El «bagh»... el «bagh»... se acerca!

Nos pusimos en pie de un salto.

No sé por qué, pero este aviso que ponía en angustioso estado a mis compañeros, no me asustaba lo más mínimo.

Era la primera vez que las peripecias de mi vida andariega por tierras salvajes me ponían ante un ataque de fieras, y tenía curiosidad por tomar parte en un acontecimiento semejante. Porque, en fin... prefería combatir contra las fieras a combatir contra los hombres...

—¡Alimentad el fuego! —ordenó Tremal-Naik—. Estad todos preparados a saludar la

llegada del «bagh».

—Si está hambriento —dijo Ketj— no nos dará tregua en toda la noche... ¡No se marchará sino cuando se haya comido a uno de nosotros!

—¡Es verdad! —confirmaron todos.

—Estas bestias feroces, cuántos estragos han hecho en la India —dijo Ketj—. ¡Cuando entran en una aldea, hacen verdaderas matanzas!

—Acaso contra seres inermes —exclamé—, pero contra los hombres armados, las fieras tienen poco que hacer.

Mi calma infundía valor a los Tigres.

—Además, ahora veremos —añadí—. Si esta bestia importuna se empeña en turbarnos el sueño, le meteremos un par de balas explosivas en el vientre.

Entretanto había salido la luna y nos inundaba con su luz.

Tremal-Naik, con su vista de lince, a la que nada se escapaba, erguido y con la carabina empuñada, observaba el límite de la selva, formado por árboles de enorme tronco y follaje oscuro y espesísimo, y de matorrales de «kalamo», hierba dura que alcanza a veces una altura de quince pies.

Esta hierba constituye un magnífico refugio para las fieras que en ella se esconden traidoramente.

—¿No ves nada, Tremal-Naik?

—Nada, capitán —respondió el malayo clavando su mirada en la espesa frondosidad.

—¿No te parece que los kalamos se agitan ligeramente...? No hay viento... luego...

—No, capitán. Los kalamos están completamente inmóviles. Es una ilusión de tus ojos.

Un malayo un poco separado de nosotros olfateaba el ambiente.

—No me equivoco, sahib. El bagh está próximo.

—¿Cómo lo sabes?

—Percibo el olor.

—Si lo dice ese malayo seguramente la fiera está cercana —respondió Tremal-Naik—. Su olfato no engaña nunca; toda su inteligencia está en la nariz.

—Entonces, estemos preparados para hacer fuego.

—Estoy seguro de mi puntería y el pulso no me tiembla.

El malayo repitió:

—¡El bagh está muy próximo!

Tremal-Naik observó con mayor atención al kalamo.

—Ahora mismo se ha emboscado.

—Es verdad... también veo que los kalamos se mueven. Esta vez no se trata de una ilusión visual.

Como si la fiera hubiese comprendido que su presencia se había descubierto, abandonó toda cautela.

Un ronquido grave y pavoroso se había dejado oír entre los kalamos. El tigre, a la vista de la hoguera y de los hombres en guardia, seguramente tenía miedo. Pero como sucede con frecuencia a los seres humanos, el miedo determina, como reacción, la amenaza.

Los rugidos de la fiera se hicieron más amenazadores: éstos llenaban de pavor a los Tigres. Pero estoy seguro que el mismo terror se albergaba en el corazón de la fiera. En mi movida vida de mar y tierra, he hecho muchas veces la observación de que los animales al acecho uno del otro, son impulsados por el miedo a precipitar el ataque, creando así una curiosa paradoja. Con frecuencia el que ataca primero es el que tiene más miedo.

El bagh tenía muy buenos motivos para procurar asaltarnos: el primero de ellos, el hambre. Si la fiera no hubiera estado hambrienta, su primer movimiento hubiera sido el de huir precipitadamente. El tigre no gusta, en mi opinión, de este deporte de lujo: asaltar por el solo gusto de hacerlo. Cuando se decide a hacer este esfuerzo, que no debe ser fácil, es porque el estómago se lo demanda.

El hambre, el hambre solamente, es el móvil que empuja a la fiera al ataque.

¡Y no sólo incita a la fiera, sino también, muchas veces, al hombre!

—¡Atención, sahib — gritó Ketj—, el tigre va a llegar!

—Le daremos la bienvenida — dije apuntando con una espléndida carabina de cañón damasquinado y pavonado. Era la carabina que Sandokán había regalado a miss Eva.

Pasaron algunos minutos de nerviosa espera.

Durante algún tiempo el más profundo silencio reinó en la selva. Después, el silencio fue rasgado por un rugido más grave y más siniestro. Pareció que la fiera había calculado el efecto dramático de aquel silencio seguido de la repetición del rugido amenazador. Si el intento del bagh era éste, debo reconocer que lo había conseguido.

Una inquietud notable nos invadió a todos. El ronquido de la fiera hambrienta produce en los hombres un extraño efecto físico: parece que todo el cuerpo es recorrido por un escalofrío de horror.

Pero, en aquel momento, el mismo escalofrío estremece a la fiera.

—¡El tigre avanza, sahib! — dijo Ketj.

—Ahí está — añadió Tremal-Naik.

A pocos pasos, entre los espesos matorrales, apareció el tigre.

Era un magnífico ejemplar, musculatura poderosa y grupa sólida, uno de los más grandes y espléndidos tigres reales que Tremal-Naik había visto hasta entonces.

El cuerpo enorme se contraía para dar el salto.

—¡Fuego! — ordenó Tremal-Naik.

Retumbaron algunos disparos.

El tigre, que ya había dado el salto, volvió a caer a tierra lanzando un aullido de dolor, pero después, como concentrando todas sus energías, dio un nuevo salto y se arrojó sobre el malayo, derribándole con sus poderosas garras.

El tigre y el malayo formaron una espantosa masa; el malayo se agitaba desesperadamente presa de la fiera herida.

Tremal-Naik, con un prodigioso salto, llegó al espasmódico ovillo de miembros humanos y enfiló su largo kriss en la oreja del tigre.

La fiera cayó como fulminada.

Un suspiro de alivio salió del pecho de los Tigres.

Pero el bagh había hecho una víctima. El pobre malayo había pagado la venganza de la fiera herida: pocas horas después el desgraciado moría.

Cavamos una fosa y le enterramos.

—¡Pobre malayo! —dijo Tremal-Naik—. Tenía un extraordinario olfato para los tigres; pero los tigres debían tener un extraordinario olfato para él. Este le ha elegido como objetivo y, ya herido de muerte, ha tenido fuerza para saltar sobre él.

Reanudamos el camino en silencio.

Mi pensamiento estaba de nuevo con miss Eva.

También, mi valerosa compañera de aventuras, yacía en el regazo de la floresta... como el pobre malayo.

¿Qué pasaba en mi interior?

Llevábamos pocas horas de marcha cuando me sentí presa de un extraño malestar.

La fiebre me atacaba a traición.

¿La selva había, esperado aquel día para escuchar mis deseos?

Tremal-Naik observó:

—Tienes fiebre... Pero es ligera: no hay absolutamente ningún peligro.

—¿Lo crees así?

—Estoy seguro de ello.

—¿También deberé quedar enterrado en la selva?

—No. Tú debes vivir para defender todavía nuestra causa.

—¡Qué flaca defensa! —exclamé—. La última empresa ha fracasado miserablemente. El praho se ha perdido. Sesenta Tigres han ido a parar al abismo... Sandokán esperará en vano nuestros aprovisionamientos... ¡Qué desastre!

—Ciertamente que los acontecimientos no nos son propicios —respondió Tremal-Naik—, pero no hay que perder el ánimo. Debemos llegar como sea al campamento de Sandokán.

—¡Suponiendo que a estas horas no esté también prisionero del enemigo! —murmuré.

—En este caso, no renunciaré.

—¿Qué quieres decir?

—Si ha sido hecho prisionero, será necesario liberarle— y Tremal-Naik tuvo una explosión de fiereza y de audacia.

Después se inclinó sobre mí y preguntó:

—¿Te sientes muy mal?

—No... me parece que la fiebre disminuye.

—Ya te he dicho que no es nada... Es difícil que un europeo atravesase esta selva sin ser traidoramente atacado por la fiebre. Pero tu naturaleza es fuerte y podrá con el mal.

Mientras caminábamos a pequeñas etapas, el buen Ketj cazaba «argus», que son hermosas aves adornadas con grandes plumas y tienen una gran semejanza con nuestros faisanes.

Hicimos un alto. Los Tigres encargados de la cocina prepararon los argus para asarlos. Encendían el fuego de un modo sencillo e ingenioso. Cortan una caña de bambú en sentido longitudinal y en la superficie convexa practican con el cuchillo una pequeña muesca. Después frotan esta muesca con el borde cortante de la otra mitad de la caña, en la que pronto se prende fuego y comunica la llama a los filamentos de junco colocados bajo la entalladura, a modo de yesca.

La fiebre había cesado y un discreto apetito hizo gustoso el asado de argus. Luego

continuamos el camino y llegamos a un punto de la selva, donde tuve ocasión de asistir a un espectáculo interesantísimo.

Me había alejado algo del grupo para distraerme cazando argus. Pero a las primeras detonaciones un indescriptible coro de gritos se propagó por toda la selva.

El primer pensamiento que se me ocurrió fue que había caído en medio de alguna desconocida tribu salvaje y que aquel griterío ensordecedor era la señal de un inmediato ataque.

La idea de acabar despedazado por salvajes estaba muy lejos de hacerme reír y confieso sinceramente que en aquel momento fui presa de mayor terror que cuando el ataque del tigre.

Eché a correr precipitadamente para unirme a mis compañeros.

Los feroces gritos, en tanto, iban aumentando en intensidad.

—¡Tremal-Naik, Tremal-Naik! —grité angustiosamente.

—¿Qué sucede? —contestó mi lugarteniente saliendo de un espeso matorral.

La sonrisa vagaba sobre sus labios.

Aquella sonrisa me pareció en extremo rara.

—¡Somos atacados por una tribu salvaje! —continué, gritando y gesticulando.

La sonrisa de Tremal-Naik se acentuó.

—¡No es eso, capitán!

—¿No oyes el griterío? ¡A las armas! Hay que defenderse.

—Estás en un error —dijo Tremal-Naik, reventando de risa—. Esos gritos no deben producirte la menor preocupación.

Pero la algarabía aumentaba en intensidad, llegando a ser espantosa.

—Mira: con tu carabina has turbado la tranquilidad de millares de «budengos».

—¿Quiénes son los budengos?

—Los budengos son los buenos budengos —respondió riendo Tremal-Naik—. ¡Mira!

Y con una mano me señaló un espeso grupo de pombos, planta que produce una especie de naranja.

Entonces vi, en medio del ramaje, agitarse unos bellísimos monos de negro pelaje, brillantísimos, con la cabeza cubierta de una especie de casquete aterciopelado, que se prolonga hasta el mentón, formando una barba ridículísima.

Los gritos fueron cesando poco a poco. Los budengos volvieron a jugar con sus hijuelos y a quedarse tranquilos, como los había visto Tremal-Naik momentos antes de que los espantase con mis disparos. También los pacíficos habitantes de la selva se pusieron a ejecutar extraordinarios ejercicios de acrobacia, manteniéndose agarrados a las ramas por medio de sus largas colas.

Los extraños animales tenían un aspecto verdaderamente humano. Parecían barbudos filósofos que, para dar solaz a sus largas meditaciones, se entretuviesen en practicar los más extraordinarios ejercicios de agilidad. Era un espectáculo que invitaba a reír y reflexionar al mismo tiempo.

—Los budengos —explicó Tremal-Naik—, son los más pacíficos simios de este mundo, pero cuando alguien los asusta con armas de fuego, lanzan gritos verdaderamente salvajes, que pueden engañar a los europeos.

—¡Te confieso que he pasado unos momentos de verdadero miedo!

—Lo he visto —dijo Tremal-Naik—. Pero eran ellos, los pobres budengos, que tenían miedo de ti, o al menos de tu disparo. Porque no temen al hombre sino cuando le oyen tocar esa clase de música... que debe resultar poco agradable para sus oídos.

—Como tampoco resulta agradable para los nuestros... Pero ¡qué monos más graciosos! ¡Juegan con sus pequeños, como otros tantos padres de familia... con toda la barba!

—Pero los budengos tienen una desgracia...

—¿Cuál?

—Que tienen una carne muy sabrosa, y por esa razón los cazadores de la selva van tras ellos.

—¿Para comérselos?

—Indudablemente. Por eso gritan de terror cuando oyen disparos de carabinas. Ya saben que lo que esto anuncia no es nada bueno para ellos.

—Pueden vanagloriarse de haberme dado un mal rato —dije.

La aventura de los budengos había proporcionado a la comitiva cierta alegría.

Se reanudó la interminable marcha por la selva.

Los malayos son caminantes infatigables; parecen dotados de un don particular: les basta una horita de descanso y un poco de jugo azucarado de santor, para recobrar la indomable energía de antes. Pero no estaba dotado de esta prerrogativa fisiológica. No podía, como hacían ellos, transponer los arbustos con saltos de verdaderos acróbatas y penetrar, sin ser desgarrado por las espinas, en los más intrincados matorrales. Caminaba como podía. Las pocas horas de descanso que hacíamos no eran suficientes para reponerme de las fatigas. La fiebre me molestaba sólo de vez en cuando, pero se emboscaba insidiosamente en mi organismo, aumentando así la fatiga de los esfuerzos que realizaba.

Después de algunos días de esta terrible marcha forzada, estaba extenuado. Según los cálculos de Tremal-Naik, que era practiquísimo en las selvas, faltaban todavía cuatro días para llegar al campamento de Sandokán, deseando que los ingleses y los holandeses no le hubiesen cercado y, como temíamos, lo hubieran hecho prisionero.

Pero esto no era fácil, porque, si así hubiera sido, las tropas enemigas, para conseguir el bloqueo, hubieran temido que pasar por donde habíamos pasado nosotros, y de esto no había ningún indicio.

Si Sandokán hubiese sido atacado únicamente por el lado opuesto, habría encontrado el modo de escapar y hacerse seguir por el enemigo hasta el lugar de la selva por donde precisamente atravesábamos.

Había cerrado la noche.

Acampamos. Tenía verdadera necesidad de descanso. Me sentía agotado y toda mi heroica resolución de llegar al campamento de Sandokán sería vana a causa de mi debilidad física, si no reponía las fuerzas gastadas.

Me dormí en seguida. Pero estaba escrito que no había de poder descansar. Un acontecimiento tan terrible como imprevisto estalló en medio de la noche.

XIX

En el círculo de fuego

Estaba de guardia Ketj.

El malayo se precipitó hacia mí, gritando:

—¡Fuego!

Ya nos había despertado antes un tiro de fusil.

—¿Fuego? —repetí maquinalmente—. ¿No lo hemos encendido nosotros para alejar las fieras?

—¡No! ¡Quiero decir que a muchas leguas de aquí la selva arde!

Tremal-Naik se había puesto en pie de un salto. Sus ojos se dirigieron hacia arriba. También me levanté asustado.

Una roja claridad se extendía por el cielo como ligera niebla sangrienta.

Con agilidad de jaguar, Tremal-Naik se encaramó a un árbol. Pasado un cuarto de hora se oyó su voz desde lo alto.

—¡Capitán!

—¿Qué ves, Tremal-Naik?

—¡La selva debe haber sido incendiada en todo su perímetro!

—¿Estás seguro?

—Desde aquí diviso perfectamente la roja línea de fuego en un círculo de muchas leguas.

—¿Y el campamento de Sandokán? —pregunté con ansiedad. —Está cogido dentro, lo mismo que nosotros.

A los pocos instantes descendió Tremal-Naik de su observatorio. Cuando estuvo en tierra, dijo;

—Este incendio es indudablemente obra del enemigo.

—¿Lo crees así?

—Estoy seguro de ello. El fuego en círculo a tan gran distancia no puede explicarse de otro modo. ¡He ahí cómo nuestros enemigos propagan la civilización!

—Querrán asarnos como nosotros hacemos con los argus —dije—. Pero creo que Sandokán no será de esta opinión.

—Sandokán intentará abrirse una brecha entre las llamas.

—¡Será lo que nosotros tendremos que hacer también!

—Y cuanto antes lo hagamos mejor —gritó Ketj—. ¡Sino, en lugar de ser asados como argus, seremos comidos vivos y crudos!

—¿Qué quieres decir? —pregunté lleno de estupor.

—¡Tremal-Naik sabe bien lo que quiero decir!

—El fuego rechaza las fieras hacia el centro del círculo —explicó Tremal-Naik— y en este momento huyen hacia nosotros... buscando también ellas el modo de escapar del peligro del incendio.

—¿Cuál es, para nosotros, la posibilidad de salvación? —pregunté.

—Las probabilidades de salvación no son muchas —respondió melancólicamente el

malayo.

—No es una noticia alegre.

—Para evitar las fieras, podemos trepar a los árboles, pero entonces no podríamos escapar al incendio que va gradualmente acercándose al centro.

—La única vía de salvación está al este, donde las aguas del río impedirán el avance del incendio hacia aquella zona. No nos queda otro camino de escape, si bien éste será seguro... Pero no hay que perder tiempo ¡Tenemos que ponernos en marcha... y caminar lo más rápido posible!

Tremal-Naik dio la orden de partida.

Pero más que una partida fue una fuga. Los Tigres, con saltos prodigiosos, superaban arbustos y obstáculos.

Tremal-Naik y yo avanzábamos con más calma en medio de la noche, cada vez más luminosa y más trágica. Las previsiones de Tremal-Naik no tardaron en confirmarse: rugidos lejanos y todavía confusos, de fieras, llegaban hasta nosotros en un concierto que tenía algo de fantástico.

Veía con la imaginación, en la candente periferia de la selva, la carrera loca y desesperada de las fieras que se precipitaban hacia nosotros. La infernal estampida podía continuar algunas horas, pero, ¿y después? Después, todos los animales de la selva, los simios, los búfalos, los tigres... se encontrarían en una fantástica y horrenda reunión de terror... y este terror, sin duda, los haría aún más feroces. Se arrojarían unos contra otros en furibunda lucha y los más tremendos alaridos llenarían la bóveda del cielo llameante. i

Así continuaría la horrenda carnicería hasta que las llamas, embistiendo cada vez más despiadadamente los árboles resinosos de la floresta, convirtiera la pelea espantosa en un brasero de carnes nauseabundas, en medio de los gemidos lúgubres de las bestias que agonizaban.

¿Y nosotros? ¿Qué sería de nosotros?

Despedazados por las fieras... abrasados por las llamas.

En mi fantasía, el cuadro se dibujaba con espeluznante nitidez. No conseguía dar otra solución a esta nueva aventura, que ni en mis más audaces sueños de vida extraordinariamente agitada hubiera nunca podido imaginar.

—¡Capitán, si logramos llegar al río, estamos salvados!

—¿De qué modo, Tremal-Naik? Aunque lleguemos al río no podremos cruzarlo, porque la otra orilla está incendiada... ¿Y si después el incendio pasase a este lado del río?

—No es posible... Si llegamos al río, seguiremos su corriente.

—¿Con qué medio?

—Construiremos una balsa con troncos de árbol.

—Si tenemos tiempo para ello.

—Naturalmente.

—¿No oyes cómo se acercan los rugidos de las fieras?

—Es verdad: pero somos relativamente afortunados porque por este lado no es posible que se lancen contra nosotros y preferirán ladear el río.

Como por encanto, había cesado en mí todo cansancio.

Cuando me acosté estaba extenuado: al despertar en plena noche me sentía lleno de

energía.

Poseía, sencillamente la energía que nace de la desesperación. El hombre, antes que rendirse a la muerte, encuentra siempre en sí un tesoro latente de energías que allí estaban inactivas. La naturaleza seguramente provee a todos los seres vivientes de una reserva que no se utiliza sino en los momentos, verdaderamente graves, de peligro. Sin poseer la agilidad portentosa de Tremal-Naik y de los malayos, yo daba saltos y hacía unas flexiones que nunca me hubiera creído capaz.

En pocas horas habíamos recorrido más distancia que la que ordinariamente hubiéramos hecho en un día.

Había llegado el alba.

Un alba roja a causa del incendio que iba aumentando en intensidad. Las llamas, es verdad que aún estaban lejos de nosotros, pero ya me parecía sentir su reverberación.

Los rugidos de las fieras hostigadas por el fuego aumentaban de tono. Evidentemente, la horrible fuga proseguía con diabólica furia. Perdimos de vista a los Tigres.

Éstos, en su espanto por verse presa de las llamas, se habían entregado a una fuga precipitada.

¿Llegarían al río? Me alegraba suponerlo.

Pronto llegaríamos también nosotros, según opinaba Tremal- Naik, y esta esperanza nos ponía alas en los pies. Pero Tremal-Naik estaba inquieto, especialmente por Sandokán. ¿Qué había sido de él? ¿Habría conseguido salvarse?

Pero en este caso debería haber seguido nuestro mismo camino. Tremal-Naik estaba seguro de que Sandokán habría hecho igual razonamiento, esto es, que la única vía de salvación estaba por la parte del río.

La suposición de que no hubiera advertido la horrible estratagema del enemigo no era posible.

Durante las noches sus centinelas habían, seguramente, dado la alarma al aparecer la sangrienta claridad del cielo; y sin duda también habría hecho subir a algún observador a lo alto de un árbol para avizorar el peligro.

De todo esto, Tremal-Naik, que conocía la astucia y la prudencia de Sandokán, no tenía duda.

Pero, entonces, ¿por qué no se oía el estrépito de su gente en fuga? Por más que escuchaba, mi lugarteniente no conseguía percibir ningún indicio de lo que esperaba. No oía sino los rugidos de las fieras, cada vez más vecinos. ¡Ninguna voz de los hombres de Sandokán, en huida hacia el río!

Esto resultaba inexplicable para Tremal-Naik, que conocía la rapidez de decisión y ejecución de Sandokán. Según sus cálculos, si el Tigre de la Malasia había advertido el incendio al anoecer (y era lo probable, porque tenía su campamento en una especie de altiplano), a aquella hora debía habérsenos reunido.

—Llegaremos, de cualquier modo, al río —dijo Tremal-Naik—. Puede ocurrir que Sandokán vaya por un camino más corto.

Después de algunas horas de marcha nos encontramos en la orilla del río. En la otra ribera las llamas consumían la selva.

Inmensas y rojas lenguas de fuego se elevaban al cielo; se oía el crepitar de los árboles y el ruido seco de los troncos que se derrumbaban. A pocos pasos del lugar donde nos hallábamos, el río hacía un recodo.

Decidimos trasladarnos allí para observar un largo tramo de la corriente del río.

¡Nada, nada! Ninguna traza de Sandokán.

¡Pero, de improviso, tuvimos que convenir en que el plan estratégico del enemigo era de un diabólico ingenio! Los ingleses y holandeses esperaban a Sandokán en la franja por donde era únicamente posible salvarse del incendio.

Le esperaban en esta brecha. Pero Sandokán, que en cuanto a estrategia no tenía menos que sus enemigos, había advertido seguramente el juego de éstos, y esquivando caer en la trampa, intentaba, sin duda, seguir una vía de escape más ardua, pero acaso más segura.

Todo esto, en pocas palabras, me dijo Tremal-Naik, apenas divisamos una barcaza cargada de soldados ingleses y holandeses, remontando la corriente.

«¡Sigue adelante, no te ocupes de mí!»

Pocas y explícitas fueron las explicaciones que me dio Tremal-Naik, porque lo que en aquel momento se imponía, era ponerse a cubierto de la vista del enemigo.

Nos ocultamos tras un espeso grupo de árboles desde donde podíamos observar, a través del follaje, la marcha de la barcaza enemiga.

No debía, seguramente, tratarse más que de una vanguardia. Era, en efecto, un pequeño grupo de hombres mandados en reconocimiento; quizás los mismos que se habían encargado de incendiar la selva por la parte del río. Nosotros así lo supusimos.

De todos modos, no eran momentos para perder el tiempo en comentarios inútiles.

— ¡Han notado nuestra presencia! — susurró Tremal-Naik.

— En efecto, la barcaza intenta cortar diagonalmente la corriente.

— Quieren desembarcar para cazarnos en el bosque...

— Supongo que nosotros no les esperaremos.

— Muy bien pensado, capitán, pero, ¿por dónde podemos huir?

— No sé... Ciertamente sería absurdo abandonar el camino que hemos recorrido con tanta fatiga para llegar al río.

— Sería absurdo y peligroso. Fieras por una parte y hombres no menos feroces por la otra — dijo Tremal-Naik.

— Pero, nuestros Tigres, ¿qué fin habrán tenido?

— Es probable que al llegar al río hayan sido descubiertos.

— ¿Habrán presentado combate?

— No lo creo. Habríamos oído algún tiro.

— Es verdad.

— Lo más probable es que hayan seguido el curso del río, manteniéndose escondidos entre la maleza.

La barcaza, en tanto, se acercaba a la orilla.

— ¡Escondámonos!

Nos internamos en la selva, pero con el propósito de seguir costeano el río. ¡Habíamos perdido de vista a los enemigos, pero bien pronto volveríamos a verlos!

Una bala pasó silbando cerca de mis orejas.

— ¡Nos disparan! — exclamé volviéndome.

Un grupo de holandeses nos perseguía, dando tropezones a cada paso.

Redoblamos la velocidad de nuestra carrera.

Siguieron otros disparos, pero afortunadamente, empleando un sistema de fuga malayo, conseguimos ponernos a cubierto de los tiros enemigos.

De pronto oí a Tremal-Naik que decía:

— Sigue adelante, capitán... No te preocupes por mí. Piensa sólo en tu salvación; te aseguro que pensaré en la mía.

Me volví, siempre huyendo.

No vi a mi lugarteniente pero sí a los perseguidores. No hice caso de la extraña

desaparición de Tremal-Naik. Continué mi fuga teniendo cuidado de esconderme de vez en cuando detrás de los árboles.

No oía ya ningún disparo. Me volví.

Nadie me seguía. ¿Qué había ocurrido?

Era imposible que pudiese adivinarlo. Y tampoco ahora podría dar una explicación exacta de lo ocurrido. La suposición más lógica que hoy puedo hacer es que Tremal-Naik intentó una fuga lateral, para llamar sobre sí toda la atención de la tropa perseguidora.

Pero es una suposición lógica que me llena de infinita pena. ¡Tremal-Naik acaso se sacrificó por mí! Desde aquel momento ya no le vi más.

Las últimas palabras que oí de su boca, fueron aquellas proferidas en el instante misterioso en que desapareció entre la espesura. ¡Valeroso, noble, fuerte y fiel Tremal-Naik! No he podido pagar tu generosa amistad más que de un modo: haciéndote el protagonista heroico de algunas de mis novelas... ¡La juventud italiana te ha admirado en las gestas novelescas y valerosas que son aquellas ejecutadas por ti en la realidad de tu vida consagrada a la causa de tu rajah!

¡No he podido hacer otra cosa por ti, ágil y extraordinario hijo de aquella India que tú me hiciste conocer en toda su belleza y en todo su horror! ¡Desde aquel momento terrible, no te volví a ver! ¡Pero estoy seguro que te sacrificaste por mí!

¿Acaso los enemigos te cazaron en la selva? ¿Te hicieron prisionero? ¿Te mataron?

¡Pobre Tremal-Naik! ¡Inolvidable amigo!

Continué en mi huida impelido por ciega furia, espoleado por la terrible visión del fuego y por la idea de que, si no era perseguido por los hombres, sería muy pronto alcanzado por las fieras.

Huí corriendo, durante algunas horas.

De improviso me volví a encontrar en la orilla del río. El fuego había cesado en la margen opuesta, o al menos en aquella parte de la selva. Permanecí algunos instantes como absorto en profunda meditación. ¿Qué camino tomaría?

¿Qué explicaciones iba a dar si encontraba soldados ingleses y holandeses?

Estaba en ansiosa incertidumbre.

En aquel sitio el río discurría con mayor lentitud.

Decidí atravesarlo en parte nadando y en parte vadeándolo.

En la selva opuesta, devastada por el incendio reciente, no correría ciertamente el peligro de encontrar hombres ni fieras. Verdad es que tampoco encontraría medios para sustentarme, pero en aquel momento no pensaba en esto. Lo importante era evitar el peligro de la persecución.

Alcancé, con no poco trabajo, la orilla opuesta, sin encontrar cocodrilos: acaso el terror que les producía el fuego los mantuviese clavados en el fondo del agua.

Llegado a la orilla, no tuve más que seguir el curso del río.

La selva, casi carbonizada, presentaba un aspecto triste y obsesionante.

La monotonía era rota de cuando en cuando por pequeños claros que, escapados al incendio milagrosamente, conservaban su verdor.

En aquellos minúsculos oasis descansaba y restauraba mis fuerzas, porque alguna vez encontraba plantas del benéfico san- tor. Practicaba en ellas la consabida incisión y

chupaba con avidez el zumo azucarado que me devolvía fuerza y vigor. Realmente hubiera preferido un alimento más consistente, pero era bueno pensar en ello en aquellas circunstancias.

Tropezaba con frecuencia con restos de animales casi carbonizados, que no habían tenido la fortuna de escapar. Hubiera podido comer de aquellas carnes, pero aplazaba siempre este recurso para el caso en que no me fuera posible alimentarme de frutos.

Caminé, hasta que repentinamente llegó la noche.

Estaba rendido. Las emociones sufridas en la jomada habían agotado mi fluido nervioso.

Caminé todavía hasta llegar a uno de los pequeños oasis de que he hablado. Me tendí en medio de la maleza y quedé dormido.

Dormí con pesado sueño hasta que llegó el día.

Mi primer pensamiento fue dirigir una mirada a la otra orilla del río.

El incendio continuaba progresando inexorablemente; lo que los clásicos llamaban «la aurora con sus dedos de rosa» era ahora el resplandor de una tremenda llamarada que se elevaba hasta el cielo. Mi pensamiento corrió en seguida a Sandokán, a Tremal-Naik, a los Tigres y a todos mis extraños compañeros de riesgos y trabajos. ¿Dónde se encontrarían? ¿Habrían conseguido escapar al ataque combinado del triple enemigo: las fieras, el fuego... y el hombre civilizado? Hubiera dado la mitad de mi sangre por saberlo. Pero, por más que dirigía la mirada en derredor, no encontraba nada que pudiera darme una respuesta.

De pronto tuve que esconderme de un salto detrás de unos arbustos.

La barcaza cargada de holandeses corría veloz por el río, arrastrada por la corriente.

Era indudable que los soldados volvían a su nave que les esperaba en el mar.

Miré con atención para ver si entre aquellos hombres estaba prisionero Tremal-Naik, y lancé un suspiro.

Los holandeses no habían hecho ningún prisionero. Tremal-Naik había escapado a la persecución. Así, al menos, me hubiera gustado: esta esperanza me sostendría para continuar mi fuga.

¿Por qué no esperarlo?

Pronto la barcaza desapareció de mi vista.

Me quedé perplejo.

No era conveniente llegar a la desembocadura del río, donde era casi seguro habría un destacamento holandés. Era mucho más prudente dirigirse a la playa, manteniéndome bastante separado de la desembocadura del río.

Es verdad que no era personalmente conocido de aquella gente. Pero, ¿cómo hubiera justificado mi presencia en aquellos lugares, yo, un extranjero?

Era necesario urdir alguna complicada historia de la cual en aquellos momentos no hubiera podido improvisar el argumento. Encontraba mucho más sencillo y seguro, para no caer en manos del enemigo, mantenerme a debida distancia de ellos.

El mar sí quería volver a verlo: el mar había ejercido sobre mí, primero el hechizo de las aventuras y ahora la sugestión de la salvación.

Me interné en la selva carbonizada, que, no obstante, cada vez iba siendo más verde, y entre tanto me obsesionaba el pensamiento de una atrevidísima fuga de aquella

mortífera isla malaya. ¿De qué modo huiría?

¡Ay! ¡La fiebre maligna que iba saturando mi sangre no había neutralizado la fiebre loca de las aventuras!

La idea que se iba formando en mi cerebro mientras me acercaba a la playa, atravesando la floresta, era muy sencilla, según mi modo de ver de entonces. Se trataba de bien poca cosa: construir de cualquier modo una rudimentaria embarcación y darme a la vela —con qué vela, no hubiera sabido decirlo— hacia Europa... La cosa me parecía posible y de justicia. ¡La fortuna no podría desatender una tentativa semejante, efectuada por un hombre que quería llegar a su patria!

XXI

Retorno

Pero la fortuna, aunque es ciega, algunas veces tiene mayor inteligencia que los hombres que la ven y la invocan.

¡La fortuna no quiso que iniciase la hazaña y me hizo caer desvanecido en el lindero de la selva, en estado de completa inanición!

No me había alimentado sino de bayas y de esperanzas; pero éstas no habían sido suficientes para reponer las enormes pérdidas que había sufrido mi organismo, ya puesto a dura prueba en las precedentes penalidades.

Apenas estuve a la vista del mar, un velo negro pareció caer por todo el horizonte: perdí toda noción de tiempo y lugar... y me dejé caer pesadamente a tierra.

—Es un indio...

—Y precisamente malayo.

—¡Estáis locos! No tiene ni sombra de malayo.

—¡Será portugués!

—¡Español!

—¡Francés!

—¡No: eso no! No tiene tipo francés.

—Es inútil, porque nadie en el mundo lo puede decir mejor que él y está, precisamente, abriendo los ojos.

Efectivamente, estaba abriendo los ojos mientras este rápido diálogo en francés penetraba confusamente en mis oídos.

Cuando mis ojos estuvieron completamente abiertos, un hombre grueso, de rostro rudo pero honrado, orlado de una gran barba gris, se inclinó sobre mí observándome.

—Estamos divagando vanamente —dijo en francés con acento bretón—. ¿A qué país pertences?

—Italiano —respondí en francés.

—¿Eh...? ¡Qué casualidad! Ninguno ha dicho que fuese italiano —dijo el bretón— y es lógico... La verdad sale siempre a flote, pero, a veces, está mucho tiempo en el fondo...

Miré asombrado alrededor: estaba tendido sobre un cajón, en el puente de un velero.

—¿Quieres decirnos qué hacías acostado ahí abajo? —preguntó una voz.

—¡En seguida! El pichón tiene necesidad, probablemente, de picotear alguna cosa... Antes de hablar es necesario darle aire al fuelle.

Me ofrecieron un almuerzo abundante, que devoré con una voracidad que alegró a la tripulación, y bebí de un trago una botella de vino que me obsequiaron. Y poco después me encontré reanimado.

El estado de completa conciencia volvía a mí. No tardé en comprender que el velero estaba fondeado frente a las playas de la isla de Borneo; veía a lo lejos la línea negra del bosque incendiado.

El bretón era el capitán de aquella nave. Su cara me inspiraba confianza y simpatía. Si me interrogaba, estaba decidido a decirle toda la verdad.

El velero era francés: no debía, por tanto, temer nada.

—¿Quién eres?

—Soy el capitán mercante Emilio Salgari.

A estas palabras el bretón sonrió complacido.

—Su vestimenta —respondió— no me decía nada bueno. Cuando mis marineros le encontraron abandonado en el límite de la selva, le tomaron por uno de esos locos de Mompracén.

No pude contener una sonrisa.

—Sé que usted no me denunciará: su cara me lo dice. Pues sí, sus marineros tienen buen olfato.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que soy, precisamente, uno de esos locos de Mompracén.

—¿Se burla de mí?

—De ningún modo, ¿por qué había de hacerlo?

—Ha dicho usted que es italiano.

—Veronés.

—¿Y capitán mercante?

—Sí, señor, capitán mercante, como puede ver por este papel.

Saqué del bolsillo de la blusa el diploma que llevaba siempre conmigo y que estaba en un estado lastimoso.

El capitán lo examinó con atención.

—Es verdad... ¿Y cómo va ese asunto de Mompracén?

El bretón hizo traer más vino; toda la tripulación se agrupó a mi alrededor.

Relaté, del modo más sencillo y más claro, toda mi odisea y el relato interesó vivamente a toda la tripulación... tanto, que al final los oyentes convinieron en que no había hecho del todo mal en pertenecer a los Tigres de Mompracén. Pero el capitán hizo observar juiciosamente que no estaría fuera de peligro hasta que nos alejásemos de la isla.

—Espero, capitán —exclamé—, que no me abandonará. ¡Déme un puesto entre su tripulación!

—Le pondré a prueba como segundo, pero sin compromiso —respondió—. He tenido que recalar aquí para arreglar una avería, pero pronto levaré anclas... Le enseñaré el *María* (es el nombre de este bueno y valiente barco) al que quiero tanto.

El capitán bretón pronunció estas palabras con un tono de sencillez conmovedora, como si hablase de su novia.

María era un velero de tres palos, sólidamente construido, pero lleno de gloriosos remiendos.

Levamos anclas.

La isla homicida se alejaba de mí, de mi corazón, y una cortina de niebla iba separándome de mi pasado. Abandonaba una peligrosa vida de gestas absurdas... y una multitud de pesares y de recuerdos.

El destino lo había querido así al poner en boca de Tremal-Naik aquellas palabras definitivas: «Sigue adelante... no te preocupes de mí».

Había huido. Me había salvado. El destino me había arrojado exánime a tierra para que el buen capitán Pierre me recogiese y me llevase al barco del dulce nombre: *María*. ¿Qué podía hacer? A medida que me alejaba de la isla de los venenos, experimentaba aquella impresión de ensueño de que ya hablé cuando describí mi partida de Bombay.

Entonces experimenté la impresión de empezar un sueño... Ahora tenía la impresión de salir de él.

Toda la historia del Tigre de Mompracén, ¿no habrá sido más que un largo sueño?

¿Sería, verdaderamente, el pirata de tantos barcos holandeses e ingleses a los cuales despojábamos sus tesoros? ¿Sería el comandante del praho que desafiaba la ira de la artillería enemiga? ¿Fui el compañero de aquella extraña y valerosa miss Eva?

Y el rajah desposeído y perseguido, el fiero Sandokán, ¿no es un personaje de ficción?

El capitán Pierre me dio una palmada en el hombro con su ancha mano.

—¿Siente usted abandonar el archipiélago malayo? —me dijo.

—No capitán... estoy contento. ¡Únicamente tengo el remordimiento de no haber podido salvar a mis amigos!

—¡Curiosos amigos había hecho!

—¡Le aseguro que son buenas personas y de corazón generoso!

—Sí... cuando resisten a la tentación de cortar a uno la cabeza... —exclamó el capitán.

Después corrigió—: Verdaderamente, esos hombres defienden su territorio... ¡Bien...! ¡Pero ya puede decir que se ha librado de buena...! La vida en el mar es ya por sí pródiga en emociones, pero usted había elegido, para su carrera, una especialidad demasiado peligrosa.

—Es verdad. Una imprevista serie de circunstancias me llevó a lo que, acaso, no debía haber hecho. Pero no tengo ningún deseo de volver a empezar. ¡Amo siempre la vida de mar, pero la querría algo más tranquila... como la que usted lleva, por ejemplo...!

—¡Oh! No crea usted que mi viejo *María* ha corrido siempre por la mar como sobre aceite... No... he tenido que soportar muchas tormentas y luchar para salvar el *María*. Pero en fin...

Y el buen capitán me contó sus peripecias: tempestades, choques contra los escollos, hambre, escorbuto, naufragios... y a cada desventura añadía:

—¡Pero ya! Todo eso es agua de melisa en comparación con la furia de los Tigres de Mompracén.

Estuve dos años con el capitán Pierre. No me sucedió ninguna aventura digna de mención.

Viene a mi memoria una observación que hice muchas veces en la mar. Las peripecias que ocurren a una nave son siempre del carácter de su comandante. Si el capitán es un tipo amante del riesgo y del peligro, es muy probable que la nave secunde esta tendencia. Si el capitán es tranquilo y prudente, también la nave se comporta sobre la misma línea. Los sucesos de la vida tienen el color del protagonista de los mismos.

Durante estos años de navegación tuve solamente que luchar con algún ataque de fiebre tropical. Fueron terribles ataques que me condujeron a un estado lamentable.

La vida del mar se me hizo casi imposible.

Sentía una gran necesidad de reposo, de intimidad, de existencia tranquila.

En pocos años de vida marinera había reunido una infinidad de impresiones: los hechos de que había sido protagonista eran suficientes para constituir un magnífico desahogo a mis ansias de aventuras. ¿Qué más podía desear?

Me despedí, en Marsella, de mi buen capitán Pierre y regresé a Italia.

Los ojos del «pirata» no pudieron reprimir sus más dulces lágrimas cuando desembarqué en Génova. No se vuelve a ver, después de tantos años, Italia sin sentir que brota del corazón un manantial de amor y de devoción.

Aventuras periodísticas

Con el abandono del mar comenzó un nuevo período de mi vida, período en el cual gocé momentos de verdadera felicidad, ¡ay de mí!, muy breves, y en los cuales nació en mí la necesidad de escribir.

¿La necesidad de escribir? He aquí una frase que, con referencia a mí, tiene un doble sentido.

Sentí primero la necesidad de escribir para dar desahogo al cúmulo de impresiones que había recogido durante mi vida aventurera. Pero, después, la necesidad moral se convirtió en necesidad material, en la triste necesidad de cambiar por pan páginas escritas.

Desprendiéndose de mi largo abrazo a mi retorno a la casa paterna, mi madre me había dicho:

—¡Cuántas cosas tendrás que contarme, Emilio mío! Durante tu permanencia en la India, no has escrito sino raras veces y siempre te explicaste un poco vagamente... Ahora debes contármelo todo.

—Sí, querida mamá, te lo contaré todo... un poco aprisa —le había contestado, sustrayéndome a la mirada maternal.

Pero no se lo conté todo.

Durante mi período febril de actividad malaya —digámoslo así—, estaba tan absorbido e identificado en mi papel, dedicado a defender una justísima causa, que no me daba cuenta de las dificultades que encontraría para contárselo a mis padres y a los amigos...

Ahora, en cambio, reintegrado a una atmósfera diversa, en el seno de mi familia, entre gentes serenas y laboriosas, viviendo una existencia tan opuesta a la otra, me sentía como cohibido para decir la verdad.

¿Cómo hubiera podido explicar a mi madre, dama de exquisita sensibilidad, que, durante mis navegaciones malayas, no me había dedicado a la marina mercante, sino a otra ocupación que podía llamarse «piratería»?

Esta palabra habría asustado a mi madre. Difícilmente hubiera podido convencerla de que cuanto había hecho era justo y que la causa que defendí era digna de admiración.

Y los mismos amigos, los desconocidos, mis antiguos compañeros de esgrima y de gimnasio, ¿qué habrían pensado si les hubiera referido los abordajes, junto a mis Tigres, de naves cuyas tripulaciones se rendían a nuestra sola aparición, tanto era el terror que esparcían aquellos corsarios malayos?

Me daba completa cuenta de que, en nuestro ambiente, no se hubiera apreciado en su justo valor el sentimiento «donquijotesco» que, además de la necesidad de vivir, me había llevado a seguir la suerte de un hombre que los pueblos civilizados consideran un bandido.

Sucede muy a menudo en la vida, que se invierte la propia concepción moral al

cambiar de ambiente. Se ve uno entonces cohibido para exteriorizar ciertos entusiasmos que podrían dar lugar a equívocos peligrosos.

Por más que me hubiese esforzado en explicar los móviles que me arrastraban a aquellos famosos «abordajes», y por mucha pasión que hubiese puesto en defender las acciones de mis aventuras, era evidente que una sola palabra hubiera definido mi vida marinera de aquel tiempo: «piratería».

Por eso me impuse a mí mismo la consigna de callar. Únicamente me reservé el dar a conocer en forma indirecta mis aventuras durante la permanencia en el archipiélago malayo. Esta forma indirecta sería la novela.

Entretanto, para satisfacer la curiosidad de mi madre, me limité a contar episodios de tempestades, naufragios, desembarcos imprevistos en las islas desiertas... Callé todo lo que hubiese podido provocar inquietudes en su alma delicada.

Y así hice también con cuantos me interrogaban respecto a los episodios más notables de mi vida marítima.

Pero en mi fuero interno meditaba el propósito de resarcirme de aquel silencio y andaba maquinando argumentos y bosquejos de novelas, en las cuales haría figurar a los personajes por mí conocidos en los lugares visitados, añadiendo, naturalmente, episodios y nombres imaginarios y ocultando mi personalidad en algún ficticio personaje.

Este propósito no era determinado solamente por la satisfacción de revivir mentalmente mis aventuras: otra idea me guiaba.

Sentía una profunda antipatía por aquella clase de literatura que casi todos los escritores y autores proporcionaban al público juvenil en aquella época. Las insulsas novelas llenas de sentimentalismo, que abarrotaban el mercado librero, no servían para otra cosa, en mi opinión, que para confundir cada vez más la mentalidad de la juventud italiana, que me parecía demasiado débil e inerte.

Me parecía que los escritores debían dedicar sus esfuerzos a otros argumentos más dignos. Los jóvenes italianos leían ya demasiadas novelas extranjeras de género sentimental y romántico; tenían necesidad de libros que templasen en ellos el sentido viril, que los preparasen a una vida de independencia, al sentimiento de la libertad personal, que les despertara la afición a los viajes, a los riesgos, a las hermosas aventuras.

Siempre había considerado la afición al mar como una poderosa fuerza que beneficiaría a Italia: ¿por qué nuestros escritores hacían gala de ignorarla?

Todos estos pensamientos afirmaron en mí el propósito de dedicarme con fervor a escribir algunas novelas, en las que los personajes serían, en gran parte, conocidos míos.

Así encontraría una compensación espiritual a aquella inaplacable necesidad de aventuras que todavía me dominaba. Las ideas no me faltaban, mi conocimiento de aquellas lejanas y atrayentes regiones era bastante profundo, la memoria me auxiliaba discretamente y la imaginación era alimentada por la misma irritación, que me había obligado a abandonar, en el momento más crucial, aquella vida aventurera.

Me ensimismé en el trabajo con el mismo frenesí con que me había entregado a la vida marinera. Redacté apresuradamente muchas notas sobre los lugares que había visto y conocido, sobre el desarrollo de los hechos por mí vividos y la ampliación novelesca que de ellos se sacaba.

De todos estos apuntes saqué finalmente la idea de mi primer libro.

Lo titularía *Los misterios de la Jungla Negra*.

Entre tanto, me entusiasmaba la idea de ingresar en el periodismo, y fui admitido como cronista en el *Arena* antiquísimo periódico de Verona.

Desempeñaba con fervor y celo mi cometido, pero no por eso descuidaba la labor en tomo a mi novela.

Eran frecuentes las polémicas entre el *Arena* y el *Adige*.

La esgrima había sido una de mis aficiones y, a juicio de todos, me batía bastante bien. Siempre he sostenido que la esgrima debe formar parte de todo plan educativo; esta noble gimnástica estimula la facultad de pronta decisión y sirve para educar la voluntad. Aparte de lo beneficiosa como ejercicio físico, la esgrima lleva consigo el beneficio moral de hacer al hombre decidido, pronto a la defensa; sirve, además, para desarrollar el sentido intuitivo. Los asaltos de esgrima nos ponen frente a la astucia de los otros, y pronto se aprende a conocer las falsas intenciones de los adversarios y el objeto a que tienden.

Volviendo a mi caso, diré que un redactor del *Adige* no perdía ocasión de zaherirme con sus pullas de mejor o peor ley, y comencé a molestarme.

Un día me encontraba en el café Dante, en la plaza dei Signori. Sorbía tranquilamente un refresco. El individuo entró en el café y me dirigió una mirada provocadora, seguida de una sonrisa burlona.

Se sentó y pidió un refresco.

Me levanté calmoso y lento. Me acerqué a su mesa y dije:

—Me imagino, señor, que su guiño será una invitación a que le dé mi respuesta.

Él suspendió la bebida. Me miró de modo despreciativo y dijo:

—No se incomode... no pretendo ninguna respuesta de un marinero de agua dulce.

—En cambio, pienso que no le sentará mal una contestación —añadí.

Y le largué una bofetada tan bien dada, que el imprudente joven cayó hacia atrás con la silla en que se sentaba. Entonces me incline y le alargué muy cortésmente mi tarjeta de visita.

Escogí mis padrinos, y después de una larga tramitación, todo fue convenido. Mi adversario eligió el sable de combate, no dando importancia, al hecho de que, siendo yo mozalbete, en la «Bentegodi», de la que era socio, había vencido en varias competiciones.

En la ciudad se hablaba mucho del altercado y la historia llegó a oídos de mi madre.

La víspera del desafío me abrazó calurosamente y con lágrimas en los ojos me requirió renunciar a aquel duelo.

—¿Qué dices, madre...? Lo que pides es absurdo.

—¡No te batas, Emilio! Tengo un mal presentimiento.

—¿No batirme? ¡Esto es imposible! Me convertiría en la mofa de los periodistas.

—¡No importa! Lo mejor será que abandones el periodismo.

—¡Abandonaré el periodismo, pero antes debo batirme!

Me desligué de aquel abrazo y huí.

Las lágrimas de mi madre me destrozaban, pero la idea de no batirme resultaba completamente absurda.

Y nos batimos.

Los tristes presentimientos de mi madre no se realizaron. Después de cuatro furiosos asaltos, mi adversario cayó en brazos de sus padrinos con el rostro bañado en sangre.

Mi sable le había producido una herida bastante profunda, cuya señal quedó en su frente para toda la vida. Así, aquel caballero pagó bien caro el gusto de dar bromas de mala ley.

Menos caro pagué yo mi sablazo... pero lo pagué.

Creía que todo habría terminado con el encuentro, pero me equivoqué... Pasados unos días me encontré con una citación para comparecer ante el tribunal de Venecia con objeto de sincerarme de lo ocurrido.

El tribunal me condenó a una multa de cincuenta liras y a cincuenta días de prisión en una fortaleza.

Cumplí mi condena en la fortaleza de Peschiera. Pero fue una pena soportable.

La cumplí jugando partida tras partida con los oficiales de la guarnición, comiendo discretamente y bebiendo mejor.

A propósito de duelos, me acuerdo ahora de otro muy cómico, tenido con mi amigo Nane.

Estábamos en el círculo «Bentegodi».

Habíamos bebido algo más de la cuenta.

Al bailar, el pobre Nane me empujó.

—¡Al cuerno los malos bailarines! —exclamé.

—¡Al cuerno tú! —gritó Nane.

—¿Cómo? ¿Qué dices?

—Digo que me dejes tranquilo.

—Te dejaré tranquilo cuando me des tus excusas.

—¿Excusas por qué?

—Por haberme empujado.

—No lo he hecho a propósito, de modo que es inútil que te dé excusas.

—¿Y es eso una respuesta? ¿Acaso estás borracho?

Se había formado un corro a nuestro alrededor para hacer cesar la discusión.

Mis amigos no habían comprendido que bromeaba y que para castigar al buen Nane por su borrachera quería jugarle una mala pasada.

—¿Serás capaz de repetir esas palabras?

—¡Sí, lo confirmo... estás borracho! —y toqué ligeramente la cara de mi adversario, enrojecida por el vino.

—Tú me provocas... —balbuceó—, abusas de tu fuerza. ¡Y el que abusa de su fuerza es un villano! —dijo Nane trabándosele la lengua y tambaleándose.

—Toma entonces —exclamé. Y le presenté mi tarjeta de visita.

Mis compañeros ahora comprendían.

Algunos de ellos condujeron a Nane a un rincón y le dijeron:

—Tu sacrosanto deber es darte por ofendido.

—He sido ofendido.

—Y, entonces, debes batirte.

—Eso es otra cosa. Ese bribón de Emilio es capaz de ensartarme.

—No importa. Pero hay que dejar a salvo el honor.

—¿Y la piel?

—En suma, si te niegas a batirte, todo Verona se reirá de ti.

El pobre Nane, con la frente cubierta de sudor, concluyó por resignarse; escogió la pistola, diciendo:

—¡Sea lo que Dios quiera!

Se redactó el acta.

Dos días después recibí un billete así concebido:

«Querido Emilio: no hagamos una cosa inútil: siempre hemos sido buenos amigos. Nane».

Yo respondí así: «Caballero: he sido ofendido e intento lavar la ofensa con su sangre y con su muerte, si Dios me ayuda en este encuentro; pero Dios seguramente me ayudará, porque el honor es sagrado. Emilio».

Tres días después, en Campagnola, un lugar desierto, nos encontramos sobre el terreno.

Las pistolas estaban preparadas. Nos quitamos las levitas sin mirarnos siquiera.

Cuando estuvimos solamente en camiseta, nos batimos. Pero mi adversario no había notado cierto engrasamiento de mi pecho. Pronto nuestros hombros se tocaron y los padrinos dijeron:

—¡Ustedes ahora!

Dimos maquinalmente cinco pasos y el buen Nane, con loca precipitación, se volvió y descargó el arma homicida.

Prorrumpí en un alarido, llevándome la mano al pecho violentamente como para contener un chorro de sangre que realmente brotó. Y caí dando un suspiro que pareció un berrido de elefante.

Nane se precipitó hacia mí, mesándome los cabellos y gritando:

—¡Emilio! ¡Emilio! ¿Qué he hecho?

Y cayó también a mi lado, besándome y abrazándome desesperado.

—¡Por todos los bisontes! —exclamé incorporándome—, ¡tú me sofocas!

En mis horas de tristeza recuerdo la mueca que en aquel momento hizo el buen Nane; todavía no he encontrado en mi vida otro manantial de risa más irresistible. El atontamiento, el asombro, la rabia, la alegría. Nane resumía un cómico conjunto de todas estas emociones.

Reímos más de un cuarto de hora; por fin, un padrino dijo:

—Esta risa nos ha producido un tremendo apetito; ¡vamos a almorzar!

—¡Naturalmente, pagará Nane!

—¡Ah, bribones! —exclamó éste—. Pagaré gustoso... ¡porque si te hubiera matado, habría tenido que pagar mucho más!

Y celebramos un simpático almuerzo en honor de Nane, perforador de vejigas llenas de sangre.

También mi vida de periodista fue pródiga en aventuras.

Me acuerdo de una que dio mucho que hablar.

Se veía en la Audiencia de Venecia un proceso importante. El director me mandó a

hacer la reseña.

Terminado este trabajo, con algunos colegas decidimos hacer una excursión a Trieste en el vapor correo.

Apenas desembarcados, entramos en el primer café que vimos. Cinco oficiales austríacos se nos enfrentaron mirándonos de modo descaradamente insolente.

En seguida me ensombrecí. El irredentismo era en nuestra familia una tradición. Las miradas de aquellos caballeros herían profundamente mi orgullo de italiano y despertaron en mí rencores atávicos.

Acudió en mi mente, como un símbolo de odio, el martirio de la veronesa Aschieri, a la que las patrullas de reconocimiento austríacas habían matado de un bayonetazo en el vientre, cuando la mártir estaba próxima a ser madre.

Un impulso de rebelión me asaltó. Mi sentimiento se transmitía a mis compañeros.

—Es necesario enseñar un poco de educación a estos croatas —dijo uno.

—Se han reído de nosotros, riámonos de ellos —propuse.

Y todos nos echamos a reír a coro, mirando a los oficiales austríacos.

Uno de éstos comprendió. Se levantó y se dirigió hacia nosotros.

—¿Son ustedes italianos?

—¡Tenemos ese honor! —respondí.

El camarero traía en aquel momento la botella de vino que habíamos pedido.

El oficial austríaco intimó al camarero a que volviese a llevarse el vino.

—¡Traiga usted cerveza y cecina para estos mandolinistas hambrientos! ¡Cerveza y cecina!

Rápidamente, como si hubiésemos recibido una orden de guerra, agarramos las sillas que teníamos al alcance de la mano y las descargamos sobre los invasores de nuestro país.

Las botellas y vasos volaron, las luces fueron apagadas y entre los gritos y el alboroto alguien sacó una pistola, mientras los oficiales, empuñando sus sables, trataban de caer sobre nosotros, decididos a rompernos la cabeza.

Una detonación... un fognazo... y uno de aquellos miserables cayó herido.

Huimos precipitadamente cada uno por donde pudo.

Encontré mi refugio en casa de unos italianos que me tuvieron escondido durante algún tiempo, hasta que, disfrazado de cazador, pude regresar sano y salvo a casa.

La viveza de mi temperamento no se atenuaba.

Las pasadas aventuras me habían avezado al peligro y la vida cotidiana me parecía insípida y monótona.

Un nuevo suceso contribuyó, finalmente, a dar salida a mis sentimientos: ¡el amor!

No había olvidado a la bella Dulcinea que Inglaterra me había raptado... no había olvidado a la extraña y hechicera miss Eva, que fue mi heroica compañera de aventuras ecuatoriales.

No... pero la aparición de un nuevo motivo de amor hizo revivir en mí todos los mejores sentimientos.

Había entonces terminado la novela *Los misterios de la Jungla Negra*, y para experimentar el efecto que tendría en el público, la envié a la *Gaceta de Vicenza*, que la había aceptado con entusiasmo prometiéndome una equitativa retribución.

En efecto, la retribuyó con... cincuenta liras.
¡Comenzaba bien mis negocios editoriales!

XXIII

Galeote de la pluma

En el teatrillo Aporti, de Verona, se había organizado algunos años después de los sucesos narrados una compañía de aficionados, que actuaba cada domingo con fines benéficos. Yo era un asiduo concurrente de aquellas representaciones, con gran asombro de mis colegas, los cuales no comprendían que tuviese gustos tan «primitivos», y en vez de encaminarme a las representaciones de excelsos artistas prefiriese bostezar en el teatrillo Aporti.

Y lo bueno de esto es que no me limitaba a asistir como espectador a aquellas representaciones, sino que entretenía también a los lectores de mi periódico con articulos encomiásticos e ilustrativos, referentes al caso.

Las alabanzas iban claramente dirigidas a cierta actriz.

Y esto concluyó por llamar la atención del redactor jefe.

—Salgari, ¿usted intenta representar alguna obra suya en el teatrillo Aporti?

—¿Por qué lo pregunta?

—Porque veo siempre elogios dedicados a la «amada».

Y se echó a reír.

—No es mi «amada», pero me gustaría mucho que lo fuese.

En efecto, la causa de mi asistencia al teatrillo Aporti era una sola: el amor. ¡El amor más puro, más secreto y más de colegial!

Aída se contaba entre las más inteligentes y más bellas actrices de aquella compañía de aficionados de buena voluntad.

Sus ojos y su sonrisa agradable e infantil habían herido mi corazón profunda y románticamente. Pero no osaba descubrirle mi afecto.

El terrible capitán de los Tigres de Mompracén se había convertido en tímido corderillo ante la hermosa y dulce criaturita. Pero comprendía que a la muchacha no le era indiferente. Sabía que me debía los elogios hacia ella que aparecían en el periódico y me estaba agradecida, pero yo no le había dicho mi nombre. Cuando lo supo me miró en silencio, como impresionada y asombrada.

Después de unos minutos preguntó:

—¿Usted es Emilio Salgari?

—Yo soy.

—Pero, ¿lo dice usted formalmente?

—¿Pero qué no ha de ser formalmente? ¿Por qué no quiere que sea Emilio Salgari?

—Porque usted me daba miedo cuando era niña.

—¿Yo le he dado miedo? ¡No creía que fuese tan feo!

—No me refiero a su rostro. Hablo de aquellos famosos carteles que tapizaban hace años las fachadas de las casas de Verona. ¿No se acuerda? Eran grandes cartelones en los que había pintado dos ferocísimos tigres que despedazaban a dos negros y debajo ponía en caracteres de palmo: «¡Ciudadanos de Verona! ¡Alerta! ¡El Tigre de la Malasia viene de camino!».

—Me acuerdo... Eso fue un reclamo muy acertado de mi editor. Pero no comprendo...

—Es fácil de comprender: yo era entonces una niña... ya mayor, pero una niña.

—Una preciosa niña.

—No divaguemos... Pues bien, la vista de aquellos tigres me infundía terror y su nombre iba siempre asociado a aquel terror.

—¿Es posible? ¿Tenía usted miedo de unos tigres pintados?

—Figúrese usted que mi abuelo se valía de aquellas fieras para darme miedo y para impedirme hurtar la mermelada.

—¡Oh, qué graciosa! ¡Usted hurtaba la mermelada, y su abuelo...!

—Mi abuelo decía con acento terrible: «Ten cuidado, porque el Tigre de la Malasia te comerá si tú te comes la mermelada»; y yo, estúpida, lo creía y era buena.

—¿Y no ha vuelto a hurtar la mermelada?

—No hay que exagerar... la cogía igualmente, sólo que lo hacía con miedo a los tigres.

—¿Y entonces...?

—Entonces la mermelada parecía todavía más buena.

—¡Ah, ya comprendo...! el fruto prohibido. De ese modo mi nombre va unido en sus recuerdos al miedo a los tigres y a la mermelada.

El tono simpático y desenvuelto de la graciosa Aída me envalentonaba. Me lancé al abordaje con toda la energía de un Tigre de Mompracén.

—Señorita —dije—, ¡preferiría que mi nombre fuese unido al de usted!

¡Ya estaba hecho!

El abordaje se realizaba. ¡Ahora era necesario ver si la nave enemiga estaba resuelta a aceptar combate y arrojar al mar al pirata!

La señorita se puso roja como una amapola. Después supe que se había puesto roja de alegría. Asomó en su boca una sonrisa y contestó:

—En cuanto a eso... es necesario que hable de ello en mi casa.

Un día, después de haber perdido a mis progenitores, pensé abandonar el periódico *Arena* y dedicarme completamente a la literatura.

Entonces, casi solo en el mundo, ansioso de paz y de afectos, decidí pedir por esposa a mi Aída, y, en efecto, el 30 de enero de 1892 me casé con mi adorada Aída, la madre de mis hijos.

Acababa de escribir mi segundo libro, *El Rey de la Montaña*.

Aída lo había leído y su entusiasmo fue tal que me dijo:

—Emilio, querría decirte una cosa.

—Dila, querida.

—Tenemos que bautizar a nuestro primer hijo con el nombre de tu héroe.

—¡Aceptado!

Con una pequeña cantidad que había conseguido ganar, nos trasladamos a Turin. Fue mi primera etapa y aquí vino a la luz Nadir.

Errabundos aún, Cuorgne, pueblecito simpático del Piamonte, nos hospedó por algún tiempo; Génova fue mi nueva etapa: en Sampierdarena mi Aída concibió aquel diablillo de Romeo.

En Génova encontré mi primer editor, que me ofreció trabajo por una retribución irrisoria. No obstante, bajo el peso de la familia, tuve que contentarme con aquella oferta y me ligué con aquel hombre.

Sí, porque antes de poder iniciar mi trabajo tuve que comprometerme a escribir para el editor, y solamente para él, durante algunos años; y por añadidura había de exponerle en un extracto el argumento de cada volumen a fin de que él pudiese aprobar o no mi nueva novela.

¡Condiciones lastimosas y humillantes!

Ya pueden imaginar; tres mil míseras liras anuales era mi estipendio; y tenía que trabajar indefectiblemente día y noche para ganar aquella cifra, porque mi contrato me obligaba a entregar tres volúmenes al año.

¡Una verdadera monstruosidad! Sin embargo, las exigencias de la familia me imponían aquella inmensa tortura.

El pan; había que ganarse el pan. El editor me lanzó, es verdad, con deslumbradoras cubiertas, pero vendía ejemplares tras ejemplares... y yo... yo me atareaba en emborronar cuartillas y cuartillas para no morir de hambre.

Y así continué; la necesidad fue para mí como el lazo estrangulador de mis *thugs*.

Podría explicar muchas y amargas cosas sobre este tema; pero, ¿para qué? ¿Con qué objeto?

Cuando mis hijos fueron cuatro, mis penalidades se multiplicaron.

¡Aquellos que, como yo, se ven obligados a vivir de la pluma, me comprenderán!

¡Sólo ellos saben cuán doloroso calvario sube cotidianamente el escritor...! Pero hoy un pensamiento doloroso me atormenta.

Nada, nada podré dejar a mis hijos: ellos se verán obligados al duro trabajo para vivir.

Pero cuando ellos lo sepan, me perdonarán, estoy seguro de ello. Perdonarán a este desgraciado «galeote de la pluma» que hoy, fatigosamente, por respetar un compromiso, se coge la cabeza entre las manos, oprimiéndola con esfuerzo doloroso para que salga todavía de su cerebro alguna fantasía para cambiarla por pan y medicinas.

¡Ay de mí! ¡También en medicinas para la madre de mis hijos...! para la compañera de mi vida destrozada...

Epílogo

Los últimos años de mi existencia

Me siento agotado, quebrantado. Las noches insomnes me abaten más allá de mis fuerzas. He luchado con mi tenacidad habitual: siento que mi cabeza no funciona; el cerebro se ha secado antes de tiempo y, sin embargo, debo continuar: la familia tiene necesidad aún de mi inspiración, de mi trabajo agotador.

Mis hijos son aún muy jóvenes para ayudarme, para proporcionarme un descanso, que sería más que merecido. No he sabido en mi vida lo que es una diversión, nunca jamás; siempre el pupitre, el feroz e implacable pupitre que a cada momento quiere que trabaje y produzca nuevos libros, nuevas novelas. ¿Distracciones? ¿Placeres? Ninguno, absolutamente ninguno...

Mi Aída me infunde valor. Ella inspiró muchos trabajos, a ella debo gran parte de mi fama. Pero todos estos escritos, ¿qué beneficios me reportaron? ¿Cuáles?

La sombra, peor aún, la oscuridad.

Llega la vejez, nada tengo para pasarla tranquila: sólo la eterna pluma, el eterno tintero y mi inseparable cigarrillo. El alivio me lo procura el tabaco: cien cigarrillos cotidianamente me dan fuerza para sostenerme en pie, el alimento no.

1908

Me siento próximo al derrumbamiento: ¡la ceguera llama a mis puertas!

La fiebre de las selvas, la terrible fiebre adquirida durante mis peregrinaciones por las islas malayas, me debilita rápidamente. He pedido una demora a mi editor para descansar. Me la ha concedido, pero mi familia no debe sufrir por ello.

¡No tengo palabras, no tengo fuerzas! ¡Me espanta la ceguera! ¡Dios mío! En nombre de Dios imploro que esto no suceda, que no se me imponga este castigo...

¡Hurra para mis hijos, para mi pobre compañera, para todos!

1909

...Por fortuna he podido conjurar el peligro mediante los buenos cuidados que ha prodigado mi médico De Silvestre. ¡Soy casi feliz!

1910

(Salgari, en el año 1910, intentó suicidarse dándose una puñalada en el pecho, en una crisis de locura. Vivía entonces en una villita en la Madonna del Pilone, cerca de Turin.)

...Hijos míos, perdonad mi acto de insania. Sí, he atentado contra mi vida; habría cometido un grave delito privándoos de mi brazo; pero, en fin, son los disgustos, los ma...

No me juzguéis severamente. La lucha no es posible. Pierdo terreno diariamente; pierdo ánimos; las crueles fatigas, los dolores, las preocupaciones, me matan. Siento que la existencia se me escapa. Todavía procuraré tomar aliento, trabajar.

¿Podré resistir? Estoy demasiado enfermo, pero buscaré, lo haré todo por vosotros, hijos míos: daré las últimas ideas a mis fieles lectores, los cuales no me olvidarán, espero...

DICIEMBRE DE 1910

Ya no tengo nada que deciros... En mis precedentes páginas os lo he dicho todo, os he narrado mis pasiones, todas mis aventuras, mi mísera existencia, y ahora basta.

¡Esto se ha terminado!

El último golpe, la ruina de mi existencia, ha llegado.

He perdido cuanto tenía de más querido, ¡mi Aída! Aquella que todo lo compartió conmigo, aquella que sufrió con mis pesares, mi inspiradora, mi amiga, mi alma.

Ahora la he perdido; está demente. ¿Qué me queda en la vida?

¡Haz, Dios mío, que eres grande y misericordioso, que pueda superar esta horrenda tormenta, haz que no abandone a mis hijos!

¡Una tenaza me muerde, me aprieta duramente el corazón!

¡Es la neurastenia que me quita la voluntad de luchar!

Sin embargo, el pensamiento de mis hijos que están aquí... Ellos no saben nada de mis espasmos...

...Me siento perder, mi vida declina, ha llegado el fin, ha llegado el fin...

24 DE ABRIL DE 1911

...Hijos míos, vuestro padre camina hacia las tinieblas, hacia el destino fatal. No hay precipicio, no hay obstáculo que pueda detenerme, que pueda hacerme retroceder, no, ¡no hay nada absolutamente!

¡Cuántas lágrimas vertidas a escondidas, en las terribles noches en las que oía los alaridos de vuestra madre, los gritos de mi Aída, que no volveré a ver más!

...Nos hemos amado tanto, hasta la locura. Ella ha sufrido demasiado, pobre amor mío; su cerebro se ha rendido antes que el mío. ¡Puedo deciros que fue mi compañera fiel, fiel esposa y madre ejemplar! ¡Ahora que ella se separa de mí, ahora que me abandona, perdiendo la luz de la razón, ahora que se va de mi lado, no veo más que tinieblas, que horrores, que noche!

Lloro, lloro con vosotros por la triste desgracia que nos ha herido, que destruye mi pequeña felicidad. A ti, Nadir, que siempre has sido mi brazo derecho, confío a Fátima, a Romeo y al pequeño Omar; tú sabrás educarlos haciendo de padre... porque tu padre, que

en este momento escribe estas líneas, ya se siente morir.

Protege a tu madre, ocúltale la horrenda verdad y yo muero... contento. Allí... en lo alto, la esperaré... desde lo alto os ayudaré...

¡Y vosotros haceos honor! Trunco, trunco mi existencia rompiendo la pluma.

Que estas palabras sirvan de testamento: nada poseo, nada puedo dejaros; solamente mi recuerdo. Pero he dado a la Patria alguna cosa... ¡le he dado mis novelas!

El otro día he mentido diciéndoos que iba a ver al señor Mattiolo para activar algunos asuntos. No fue así, Nadir: fui a comprar un cuchillo, la hoja que ha de desgarrar mi cuerpo...

Os beso apasionadamente; besad a mamá en mi nombre y adiós para siempre. Mañana no existiré.

Vuestro padre, EMILIO SALGARI